

El Segundo Capítulo

MARA LUNA



El Segundo Capítulo

MARA LUNA



LISTA PARA MORIR

(2012)

No me gusta el mes de enero. En enero mueren muchos viejos, otros tantos se suicidan, y a pesar de que sea el inicio de un nuevo año, los principios generalmente son cuesta arriba. ¡Si hasta existe la expresión: la cuesta de enero!

Y fue precisamente un enero, el del 2012, cuando Rafael y yo decidimos divorciarnos después de 32 años de casados.

Esa mañana, tan pronto escuché el sonido del motor de su carro al salir de la cochera, tomé el teléfono y le marqué a mi comadre Pita, mi amiga desde que teníamos 17 años.

—¿Qué onda, Mara? ¿Y ahora qué mosca te picó? ¿Por qué tan madrugadora?

—Porque Rafael y yo nos vamos a divorciar —le dije casi sin aliento.

—¿¡Pero qué dices, loca!?! —dijo bajando la voz, no sabiendo si gritarme o reír.

—Lo que oyes, nos vamos a divorciar. Necesito hablar contigo.

—¡No puede ser! ¿Estás jugando? ¿Qué te pasa? —dijo atropelladamente, y después, reaccionando —. ¡Claro! Claro que sí. ¿Nos vemos en el Vips en veinte minutos?

—¡No'mbre! Dame chanza de bañarme y hacer una cita con la psicóloga.

—¿Y la psicóloga para qué?

—Queremos que nos diga cómo darle la noticia a Daniel y Larissa. Con Gina y Alex no va a ser tan difícil, ya son grandes y se los diremos por *Skype*, antes que a sus hermanos. Pero Daniel y Larissa sí nos preocupan mucho, apenas tienen diecinueve y dieciséis. Para ellos va a ser pesado.

—¡Ay, Dios! ¡Dios! ¡No lo puedo creer! ¡No lo puedo creer! —me dijo ya claramente angustiada.

—Bueno, te veo allí a las diez, ¡bye!

Y colgué el teléfono. Conociéndola bien, sabía que me podía echar una hora

más con ella si no colgaba. A Pita le encanta hablar por teléfono y yo lo uso solo para ponerme de acuerdo en cosas importantes. Las cosas me gusta hablarlas cara a cara.

Como sonámbula terminé la llamada, me bañé, arreglé y salí, cuando mis hijos aún dormían. Estaban en sus vacaciones de invierno.

—¿Pero qué pasó? —preguntó tan pronto se sentó frente a mí en el Vips.

—¿Ya sabes lo que vas a desayunar? —le pregunté, viendo aproximarse a la mesera que, sonriendo, venía a tomar nuestra orden.

—¿Qué? ¡Ah! ¡Sí! Un café descafeinado, papaya, y un *omelette* poblano, por favor.

—A mí, tráigame lo mismo —le dije tratando de que ya se fuera y nos dejara hablar en paz.

—Mara, estás muy tranquila, por favor dime qué pasó. ¿Cuándo nos vimos? ¿Hace dos o tres días? Desayunamos aquí el día primero del año y todo estaba bien entonces. ¿Qué pasó?

—¿Te acuerdas que te dije feliz que yo creía que a Rafael ya le había llegado la andropausia porque tenía casi cinco meses sin buscarme para nada y tú soltaste la carcajada?

—¡Sí! Me sacaste de onda porque tú y yo jamás hablamos de esos temas.

—Bueno, pues cuando me dijiste que para nada, que a lo mejor tenía otra mujer o estaba enfermo, me quedé preocupada. Sé que no tiene otra mujer. Rafael es el hombre más recto y honesto que conozco. Su vida es del trabajo a la casa o al tenis, y sus hijos. Así que pensé que estaba enfermo. Y hoy por la mañana le pregunté.

—¿Qué?! ¿Le preguntaste? ¿Qué le dijiste?

—Le dije: Oye, ¿no has pensado ir a ver a un doctor? Y él me dijo ¿por qué? Y le dije: pues porque tú y yo ya hace tiempo que nada de nada, y yo pensé que era normal. Pero fíjate que lo busqué en *Google* ayer. (Le dije que lo busqué en *Google* porque si se enteraba que lo había hablado contigo se me armaba). Y pues ahí dice que tal vez es algo con lo que un doctor puede ayudar. Entonces me dijo: yo no estoy enfermo. Y entonces le pregunté: Entonces lo que pasa es que ¿ya no quieres tener nada conmigo? Y me dijo SÍ. ¡Y entonces entendí!

—¿Qué entendiste?

—¡Lo infeliz que es! Lo infeliz que hemos sido todo este tiempo. Así que le

dije: ¿cómo ves si hago cita hoy con la psicóloga para que nos diga cómo decirle a los hijos que nos vamos a divorciar? Y él me dijo SÍ. Así, ¡rápido, sin pensarlo! Igual que como yo le dije vamos a dejarlo aquí. Rápido, sin pensarlo más.

—¿Pero por qué sin pensarlo? ¿Cómo se les ocurre?

—Porque nuestra vida ha sido la crónica de un divorcio anunciado, Pita. Era una decisión que habíamos venido posponiendo desde hace años. Varias veces te he dicho que las cosas no iban bien.

—¡Sí! Aunque, la verdad, tú me decías eso, pero cuando nos juntábamos a jugar cartas el fin de semana yo los veía como si nada. Los dos riendo y bromeando. Hasta pensé que eran cosas que solo tú traías en la cabeza.

—Así ha sido nuestra vida los últimos años, Pita. Pero tan pronto nos subimos al carro, se acaba la conversación. Igual a la hora de la comida todo parece normal, pero Rafael solo se dirige a mis hijos en la plática, y yo hago lo mismo. En ningún momento nos dirigimos el uno al otro. En las tardes llega del trabajo y se va al cuarto de la tele a ver el fútbol americano y no entra a la recámara hasta que yo ya estoy dormida.

—¡Ay, comadre! ¿Y tú, cómo te sientes? —me preguntó mirándome con mucho cariño y tristeza en los ojos.

—Me siento rara, como si no fuera yo. Estoy muy triste y muy asustada porque no sé lo que viene. Pero me sorprende estar tan tranquila. Le he tenido miedo a este momento toda mi vida de casada y, sin embargo, ahorita me siento tan en paz... No tengo ninguna duda en mi corazón de que esto es lo que debemos hacer.

—Oye, ¿y hablaron de dinero? ¿Te va a mantener? ¿Vas a regresar a trabajar o qué?

—¿De dinero? —le dije mirándola con sorpresa—, no, no hablamos de eso. No había pensado en ese tema hasta ahorita que lo mencionas. Pero no me preocupa, Rafael antes se corta un pie que desamparar a sus hijos.

—¿Pero tú? ¿Y tú? ¡Tus hijos ya están grandes! Por ley él no está obligado a ayudar mucho tiempo más.

—Ay, no sé, Pita, eso no me preocupa, ¡pues vuelvo a trabajar y punto! ¡Hasta eso! Me sirvió mucho haber trabajado hace unos años, porque ahora sé que, de hambre, no me muero. Es más, quizá por eso me siento tranquila. Porque antes, ese punto sí que me daba terror. Ahora sé que aunque gane poco, podría sobrevivir. Total, me voy a vivir con mis papás y me coopero

con la comida.

Por la tarde, ya sentados uno al lado del otro frente a la psicóloga, esta dijo:

—Ya habían estado aquí antes, ¿hace cuánto fue? Ya son años. Pensé que ya se habían divorciado.

—Estuvimos aquí hace cinco o seis años —le respondí yo.

—¿Y qué pasó? Creo recordar que tú, Rafael, habías dicho que te irías de la casa pasando Navidad.

—Sí, pero no me fui.

—Tal vez porque los niños estaban muy chicos aún — tercié yo.

—Rafael, ¿por qué crees que ahora sí estas listo para irte? —preguntó la psicóloga.

—Porque es la primera vez que Mara no ha llorado cuando lo decidimos — respondió él, mirándome de reojo.

Al salir de allí y dirigirnos al estacionamiento caminando, nos volteamos a ver y nos sonreímos como cómplices.

—Siento que se me ha quitado un enorme peso de encima —le dije.

—¡Y a mí! —se le dibujó una sonrisa de oreja a oreja, como en nuestros buenos tiempos.

Manejando de regreso a casa iba pensando que ese sería el momento ideal para morir. Me sentía muy en paz, ¿sería felicidad lo que estaba sintiendo? Habíamos hecho hasta lo imposible por salvar nuestro matrimonio. Pasamos muchas horas en el consultorio de esa psicóloga, fuimos a retiros matrimoniales con el padre Nicodemo y nada. Solo el amor a nuestros hijos y a nuestra familia nos mantuvo juntos por 32 años.

«Misión cumplida —pensé—. Cumplí lo mejor que pude con mi papel de esposa, madre, hija, hermana y amiga. Ahora sí, Dios, ¡cuando quieras! ¡Estoy lista! ¡Me gustaría ir al cielo ya!»

Entonces, no sabía que esos eran pensamientos suicidas pasivos. Pero en ese momento me sentía casi en la gloria. Como le había dicho a Rafael un rato antes, me habían quitado un gran peso de encima.

ADAPTÁNDOME AL CAMBIO

(2013)

Los siguientes días fueron los más difíciles. A Larissa y a Daniel les cayó totalmente por sorpresa y no lo tomaron nada bien; a Rafael y a mí nos partió el corazón verlos sufrir tanto, sin embargo, en ningún momento dudamos de nuestra decisión. Gina y Alex, de una manera u otra, ya lo esperaban, pues cuando estaban de la edad que ahora tenían sus hermanos pequeños, les habíamos hablado de nuestro plan de divorciarnos. Intención que nunca se hizo realidad sino hasta ese momento. Aparte, Gina ya tenía 30 años y Alex 26. Los dos vivían desde hacía tres años en Europa. Gina en Alemania y Alex en Dinamarca.

Pero entre todo lo malo, al menos Rafael y yo nos sentíamos muy en paz y por primera vez en mucho tiempo fuimos amigos de nuevo, como éramos antes. Las pláticas en la mesa volvieron a ser animadas y eventualmente hasta las risas regresaron.

Y digo eventualmente porque Rafael no se fue de inmediato, sino un mes más tarde, el lunes después del *Super Bowl*. Para entonces ya habíamos encontrado un departamento pequeño cerca de la casa, y entre Maribel, la nana de Larissa, y yo, llevamos para allá, poco a poco, las cosas de Rafael.

En ese tiempo le fuimos dando la noticia a nuestros compadres y amigos más cercanos. Y después yo a mis papás y a mis hermanos, eso también fue difícil.

—¡Estás loca! —me dijo mamá sentada a la mesa del ante comedor de su casa esa mañana— ¡No te puedes divorciar! ¿Acaso tu papá y yo te hemos dado un ejemplo diferente en nuestros 58 años de casados? Todo tiene solución en un matrimonio, mientras haya voluntad.

—Voluntad hubo por muchos años, mamá. No se puede decir que no lo intentamos. Pero no somos felices, somos compañeros de casa, solo eso. Ahora que tomamos la decisión estamos mejor.

—¿Y qué vas a hacer? ¿De qué vas a vivir?

—No te preocupes por eso, Rafael dice que todos vamos a seguir viviendo como siempre. Gracias a Dios en el negocio le está yendo mejor. Es más, me dijo que no busque trabajo, que es mejor que siga en la casa especialmente ahora, que nos separemos, por los hijos.

—¿Y qué dijeron tu suegra y tu cuñada Nora?

—Rafael me pidió que a su mamá no le demos ese disgusto. Así que yo hablé con Nora, le expliqué la situación y le pedí que ellas siguieran viniendo los sábados a comer a la casa, como si todo siguiera igual. Aunque Rafael se vaya, él seguirá viniendo a comer ese día con todos nosotros para que su mamá no note ningún cambio.

—Mira nada más, él no quiso darle ese disgusto a su mamá y bien que tú nos lo has dado a nosotros —me dijo parándose de la mesa y empezando a recoger los platos del desayuno que aún seguían ahí.

—Me conoces bien, mamá. Sabes que algo así no me lo podría callar. Y no sabes lo que me duele ocultarle a Lolita lo que está pasando, pero tengo que respetar los deseos de Rafael, es lo menos que puedo hacer después de lo bien que se está portando conmigo.

—Pues a ver por cuanto tiempo te dura el gusto —me dijo mamá aún molesta por la noticia.

El padre Nicodemo se entristeció también al enterarse. Lo conocía desde hacía 12 años y desde entonces, aparte de mi confesor, era mi mejor amigo.

—Siempre supe que no te quería —me dijo meneando con su cuchara el café que le habían servido en el Vips, mi lugar preferido para desayunar.

—¡Ay, padre! ¿En serio? —le pregunté asombrada por el comentario—, ¿y cómo lo supo?

—Pues cuando llegué a ir a tu casa a comer, y en el retiro al que fueron, jamás vi que hubiera un gesto de cariño hacia ti. Nunca te abrazaba o te daba la mano. ¡Vaya! Vi amistad, pero no amor. Y hablo de los dos ¡que conste!

—¿Entonces, usted está de acuerdo en que lo mejor para nosotros es divorciarnos?

—Pues mira, la Iglesia de ninguna manera prohíbe el divorcio, especialmente si la convivencia ya es imposible para la pareja. En el caso de ustedes, Larissa ya tiene dieciséis años, está chica todavía pero ya todos los demás están formados y son buenos muchachos.

—¿Aunque no vayan a la Iglesia? —le pregunté ansiosa, pensando que, en eso, sí que había fallado como madre, pues el padre Nicodemo siempre decía que la misión de una mujer era llevar a su marido y a sus hijos a Dios.

—Dios llega a cada uno en el momento apropiado, no los presiones. Ya hiciste lo que pudiste con ellos al sembrar la semilla de la fe. A su debido momento, Dios la hará brotar, tenlo por seguro.

Y le creí, pues eso me pasó a mí. Me acerqué a Dios justo después del nacimiento de Alex, y desde entonces fue mi fe la que me dio fuerzas para seguir adelante cada día. El padre Nicodemo, a quien conocí al ir a un retiro espiritual, me fue comunicando durante esos años a su Dios. Ese Dios amoroso, misericordioso y cercano a quien yo sentía más presente que nunca esos días.

El primer año de divorciada se me fue en un abrir y cerrar de ojos. Me refugié en mi fe, iba a misa diariamente y siempre que podía me quedaba un rato ante el Santísimo, haciendo oración. Ahí, ante el Sagrario, me sentía como en un oasis de paz donde nada ni nadie podía tocarme. Llegaba y me sentaba en un rincón y trataba de acallar mis temores. ¿Qué sería de mí? Mis hijos tarde o temprano se irían como sus hermanos y me quedaría sola; algo a lo que toda mi vida le tuve miedo. El apoyo de Rafael no sería eterno y yo estaba muy vieja para trabajar, especialmente si tenía muy poca experiencia laboral. Solamente un par de veces había trabajado para alguien que no fuera mi papá o él. Pero independientemente de todo eso, no tenía ánimo de nada.

Mi trabajo voluntario en la Iglesia como evangelizadora me ayudó a mantener ocupados mi tiempo y mi mente. Coordinaba un grupo de señoras a las que veía una vez por semana, y con quienes compartía mi fe. Llevaba más de 20 años haciendo lo mismo. Regularmente me asignaban un grupo al que acompañaba por cuatro años en su formación básica, así como me formé yo, hacía 25 años. El grupo que coordinaba cuando Rafael y yo decidimos divorciarnos estaba en su segundo año de formación.

Otra cosa que me ayudó mucho en ese tiempo fueron los amigos. Una mañana recibí una llamada de Eugenio, un amigo del Tec con el que me había reencontrado poco antes del divorcio y con quien de vez en cuando me iba a tomar un café.

—¿Cómo estás, preciosa? ¿Cómo te trata la vida? Yo aquí con un montón de trabajo, ya sabes. Se acercan los exámenes semestrales y ya te imaginarás, ¡ando hasta el gorro! Pero resulta que me llamó Layla, dice que ya se vino a vivir a Monterrey y que le urge vernos, pues anda toda desconectada.

—¿Layla? —le dije tratando de imaginar cómo se vería después de tantos años sin verla— ¡órale! Yo creo que no la veo desde que me gradué. De a tiro se desapareció.

—Sí, resulta que se fue a México a trabajar tan pronto se recibió. Luego estuvo casada por un par de años, divorciada como por 30 y hace poquito se volvió a casar con un viudo y se acaba de regresar a vivir a Monterrey. ¡Para que veas, amiga, al rato te encuentras un viudo tú también! Bueno, ya te di el *update* de su vida rapidito, pero a ver qué más nos cuenta ella. ¿Cómo andas para el jueves a las cinco? Para vernos en el Starbucks, ese que está al lado del edificio al que le siguen y siguen construyendo pisos arriba, aunque los clausuraron. Esa gente ha de ser pudiente porque les vale madre y ahí siguen con la construcción. A ver si no se les cae.

—¡Ah! sí, ya sé cuál —le dije riendo después de tanto dato que me dio— ando bien, ahí nos vemos. ¿Cómo ves si le aviso a Saúl? Él también la conoce.

—¡Me parece perfecto! Bueno, reina, nos vemos el jueves entonces. ¡Besitos!

Saúl tenía un lugar especial en mi corazón porque había ido al mismo viaje de estudios en el que había conocido a Rafael. Y viendo él que yo andaba loquita por Rafael, había ido la segunda noche a tocar a la puerta de su habitación y le dijo: “Solo quiero decirte que Mara es una buena muchacha, que por favor te portes bien con ella”.

Cuando Rafael me lo contó esa noche en la discoteca a la que fuimos todos, adopté a Saúl como mi hermanito en mi corazón.

El jueves fue de reencuentros, pues también tenía varios años sin ver a Saúl y nos pasamos un par de horas muy animadas, poniéndonos al corriente de nuestras vidas. Al estar despidiéndonos, después de haber acordado reunirnos cada mes para no volver a perder el contacto, Layla me dijo:

—Oye, Mara, ¿qué te parece sin nos vamos a caminar a la Calzada del Valle todas las mañanas?

—¿Todas? —pregunté con desazón— ¿pero para qué violencias?

—Ay, ¡no seas arrastrada, mujer! A nuestra edad tenemos que hacer ejercicio porque si no ¡nos oxidamos!

—¿Y cuándo quieres empezar? —Le pregunté aún no muy convencida, pero recordando que mi doctor siempre me decía que era muy importante el ejercicio, especialmente a mi edad.

—Pues ¿qué te parece el lunes? Ya me pasó Eugenio tu teléfono, así que te mando un *Whatsapp* el domingo para recordarte.

—Okay, okay, está bien. Hasta el lunes, pues.

El reencuentro con Layla me ayudó mucho en ese momento. Pues aunque Pita no me soltaba y nos veíamos al menos una vez por semana, su vida social estaba hasta el tope. En cambio Layla, recién llegada, no tenía tantos compromisos como Pita y estaba deseosa de tener algo que hacer. Después de haber vivido siempre dedicada al trabajo, ahora que se estaba dando tiempo para disfrutar a Gabriel, su marido, se daba cuenta de que necesitaba tener otras actividades aparte de eso. Y ¿cómo no?, después de haber sido toda su vida una persona tan activa.

—¡Ya me urgía la chorcha con amigas! —me dijo mientras caminábamos por la Calzada, una mañana de otoño— qué bueno que aceptaste venir a caminar conmigo.

—La verdad no pensé que me fuera a gustar tanto, jamás he sido deportista, y cuando llegué a intentarlo yendo al Deportivo no me gustaba, porque siempre sentía que no iba vestida apropiadamente. Allá todas las mujeres van guapísimas al gimnasio ¡y a mí eso me da tanta flojera! En cambio aquí la gente anda vestida más normal, así como yo.

—Nunca se me va a olvidar —dijo Layla riendo— que me dijiste: “nada más no esperes que vaya súper arreglada. Mis pants son de hace mil años y no me voy a comprar nuevos porque todavía están buenos, aunque hayan pasado de moda”.

—Bueno, Layla, lo tuve que aclarar porque noté que te gusta mucho la ropa y las bolsas de marca, y quise que decidieras si valía la pena juntarte con alguien que jamás se va a vestir como tú. Sobre aviso no hay engaño —le dije riendo.

—Por cierto ¿te acuerdas de Ludivina? Ella y yo fuimos muy amigas en la carrera.

—La conocí solo de vista —le dije haciendo memoria— acuérdate que yo solo me juntaba con Saúl, Flor y Dina. Y luego me casé de volada y ya no salí con amigos. ¿Por qué?

—Pues resulta que así como tú y Dina siguieron siendo amigas todos estos años, igual Ludy y yo. Ella se casó y vive en Puerto Vallarta. Su marido administra un hotel de su familia en Nuevo Vallarta y nos está invitando allá a que pasemos el fin de año con ellos. Solo tenemos que pagar nuestro vuelo y la cena de fin de año, porque las comidas y el alojamiento nos lo regala. ¿Cómo ves, te animas?

—Pero ¿cómo me va a invitar a mí si ni me conoce?

—¡Ella me dijo que los invitara! A ti, a Eugenio y a Saúl. Aunque ya sabes que Saúl y Linda no dejan a sus hijos por nada. Pero ¡tú y Eugenio pueden compartir una habitación! Ludy sabe que me estoy juntando con ustedes acá y no la conoces, pero es súper generosa y buena onda, ¡no te puedes imaginar a qué extremo!

—No, pues claro que sí me lo imagino —le dije pensativa— y me cae de perlas el plan, pues Daniel y Larissa se van a ir con Rafael a esquiar en fin de año, así no lo pasaré sola.

Este grupo de amigos vino a darle algo de versatilidad a mi vida social, que hasta el momento consistía en puras amigas. Así que fue un buen cambio reunirme con Layla, Eugenio, Saúl y ocasionalmente con sus parejas. Yo era mayor que todos ellos, con excepción de Gabriel, el marido de Layla, porque entré a estudiar la carrera a los 20 años, después de haberme ido uno de intercambio a Estados Unidos, y haber pasado dos, estudiando Derecho.

Recuerdo que un sábado, ya desesperada y cansada de esa carrera, hablé con mi papá y le dije:

—Papá, ya no quiero estudiar Derecho, esa carrera nomás no es para mí. Sabes bien que lo he intentado, llevo buen promedio, pero no me gusta. Ya me di cuenta de que el ambiente es muy pesado. No me imagino pasar mi vida rodeada de abogados.

—Esta bien, m'hija —me dijo papá sin inmutarse y terminando de tomar su café— y entonces ¿qué quieres estudiar?

—Comunicación, en el Tec. Ya sabes que siempre he querido ser escritora o periodista, y hasta me inscribí ahí regresando de Estados Unidos, pero luego pensé que no tenías a nadie que te ayudara en tu negocio si llegara a

hacer falta; y como sabía que soy muy mala para las matemáticas pensé que tal vez por lo menos tener un abogado en la familia te ayudaría a que no te embargaran el negocio y por eso me cambié en el último minuto a Derecho.

—Está bien —me dijo—, si acá no conseguiste marido, tal vez en el Tec conozcas a alguien. Aparte, al rato tu hermano me podrá ayudar en el negocio. Por eso tú no te preocupes.

Esa fue la razón por la que empecé la carrera a los 20 años y era y siempre seré mayor que mis compañeros de generación. Cuando iba en quinto semestre me casé, y la terminé casada. Pero nunca pude trabajar pues me embaracé quince días después de la graduación. El sueño de papá era que yo me casara, el mío, trabajar y casarme. Pero nuestros sueños nunca resultan exactamente tal como lo esperamos. Sin embargo mis hijos vinieron a darle a mi vida un sentido y dirección que antes no tenía y se fue por el camino lógico y esperado para una muchacha de los años 70.

¡DIOS! ¡DIOS! ¡AYÚDAME DIOS!

(2013)

Mi vida transcurría entre mis hijos, la Iglesia, y mis amigos. Todo seguía prácticamente igual. Rafael seguía viniendo los sábados y alguna que otra vez lo invitaba a que viniera a cenar y me contara cómo estaba. Seguramente a él la soledad le estaba pegando fuerte, sabía que tenía que estar extrañando mucho a sus hijos.

Una de esas noches me dijo que había empezado a ir a la Iglesia en donde un grupo de divorciados se reunía para conocer gente. Se estaba abriendo a nuevas amistades pues todos sus amigos eran casados y ahí estaba conociendo mujeres y hombres en nuestra misma situación.

—Deberías de ir, Mara —me dijo después de que los hijos se fueron a sus cuartos al acabar de cenar—. En dos meses se abre un nuevo grupo. Aparte, las pláticas están interesantes y puedes conocer a otros divorciados o a divorciadas con quienes salir. Yo ya me hice de un grupo de amigos y me la paso muy bien con ellos. Y en las pláticas que ahí nos dan estamos leyendo un libro muy padre. El sábado te traigo uno que compré para ti, para que lo leas.

—Rafael, ya sabes que ante Dios yo estoy casada contigo hasta que me muera, o te mueras tú —le dije riendo— y no me interesa salir ni conocer a otros divorciados. No me pienso volver a casar. Aparte, ¿cuántos hombres hay ahí de mi edad? Y si hay, están buscando a alguien más joven, obviamente. No, gracias a Dios no me falta compañía. Tengo tres o cuatro grupos de amigas de la Iglesia, el de las ex compañeras de la secundaria, de las ex compañeras del trabajo y también a los Tones.

—¿Los qué? —me preguntó pensando que no había oído bien— ¿Quiénes son los Tones?

—Eugenio, Saúl y Layla que, como se andan estrenando en los cincuenta años, se dicen Tones por cincuentones. Además, también estoy saliendo a

cenar una vez por semana con Luisa.

—¡Ah, sí! La maestra de Daniel en la Facultad, tu ex compañera de Derecho —me dijo inmediatamente— ¿Hace cuanto que se divorció ella?

—Ni idea, tal vez quince años. Pero el caso es que tengo muchos amigos, no me hacen falta más, gracias a Dios. Y aparte, aquí sigue todo casi como antes. ¡Es más, mejor que antes! Porque al menos podemos platicar y reírnos como hace mucho que no lo hacíamos. Por cierto, ¿en serio no le piensas decir nunca a tu mamá nada? Tal vez si le decimos que ya tenemos más de un año separados y se da cuenta de que estamos mejor que antes, va a saber que a los dos nos ha hecho mucho bien el cambio

—No, no, para nada —me dijo meneando la cabeza, dejando su copa de vino en la mesa y poniéndose de pie disponiéndose a irse—, ¿para qué mortificarla? De hecho, el sábado me dijo que ya se siente muy cansada para andar saliendo, que a lo mejor este mes es el último que viene a comer con nosotros los sábados.

—¡Ay, pobre! —Le dije preocupada— la verdad, sí, cada día la veo más fregadita, ya ves, ¡hasta se nos queda dormida en la sala cuando chorcheamos antes de la comida! Bueno, ya me las ingeniaré yo para ir a verla a su casa cuando tenga chanza. Y yo que pensaba festejarle aquí sus 93 años. Le tendremos que llevar allá su pastel.

A los pocos meses, a principios del verano, justo cuando mi hijo Alex había venido de Dinamarca a visitarnos, murió Lolita. Me partió el corazón pues había llegado a verla como a una mamá. En el transcurso de mi vida de casada siempre recibí de ella lo mejor. Fue una suegra modelo, siempre amable y discreta; y una abuela muy cariñosa con mis hijos. Su partida me dolió mucho, pero muchísimo peor fue el golpe de realidad que recibí el día de su velorio, al ver que se llenó de un montón de gente que no conocía. Muy temprano empezó el desfile de mujeres —todas arregladas como si fueran a una fiesta, muy elegantes— y también de hombres desconocidos para mí, la mayoría mucho más jóvenes que Rafael y yo. Y a Rafael, a pesar del dolor que estaba viviendo, yo lo veía feliz, presentándole a mis hijos a sus nuevos amigos y amigas. Ese día marcaba para él el momento de su verdadera liberación. Ya no tendría que seguir fingiendo que seguíamos siendo una familia, pues ya no tenía a nadie a quien hacer sufrir por la noticia.

Fue hasta ese momento que yo entendí que la vida de Rafael había tomado otro rumbo y que yo seguía estancada en un concepto de familia que ya no

éramos.

Esa noche mi hijo Alex me llevó de vuelta a casa y yo, tan pronto me subí al carro, empecé a llorar como hasta ese momento no lo había hecho. Y el pobre Alex solo atinó a decir pasando la mano por mi cabeza:

—Mamá, ¡papá ya hizo una nueva vida! Ya es hora de que tú hagas la tuya.

Yo solo lloraba y gritaba:

—¡Dios! ¡Dios! ¡Ayúdame, Dios!

Después del velorio de Lolita yo quedé sumida en depresión. Seguí yendo a terapia como había hecho desde la separación, y también a misa diaria.

Un día me inscribí en un Taller que se llamaba Cerrando ciclos. Fui con la esperanza de que me ayudara a superar la pérdida de mi familia, tal como había sido hasta hacía poco tiempo. Lo daba un sacerdote jesuita. Y ese día, durante la plática dijo:

—¡A Dios no le importa con quién duermas! Lo que le importa es que seas una persona de bien, que no le haga daño a nadie y solo tenga amor por sus semejantes.

¡Eso no era para nada lo que yo había escuchado, y a mi vez enseñado, en los cursos de evangelización por tantos años! Rafael siempre les decía a mis hijos y a mí que, en cuanto pudiera, él se casaría de nuevo y yo en cambio ni siquiera consideraba esa posibilidad. Así que en la primera oportunidad que tuve, invité al padre Nicodemo a comer y después de explicarle lo que ese sacerdote había dicho, le dije:

—A ver padre, explíqueme esto: ¿Qué se supone que una mujer de 56 años debe de hacer si se divorcia y tanto sus hijos como su exmarido le dicen que busque a un hombre con quién compartir el resto de su vida?

»La verdad, eso que dijeron en el Taller me dejó pensando mucho, porque viéndolo bien, como siempre me dijo Rafael, el matrimonio se instituyó hace dos mil años como Sacramento para proteger la institución de la familia. Pero en ese tiempo no había ni medicinas, ni antibióticos, ni nada... la gente vivía, si tenía mucha suerte, a lo mucho 50 años. Pero ahora nuestras expectativas de vida son casi de 80. Es decir que me quedan, si me va bien, ¡24 años para vivir sola!

»¿Y por qué he de vivir sola si yo ya cumplí educando a mis hijos, formando una familia y ya todos ellos son mayores y no les parece nada mal

la idea de que su papá se vuelva a casar? es más, ¡quieren que yo también tenga a alguien! Pero ni siquiera me doy el lujo de pensar en la posibilidad de conocer a alguien porque sé que estaría poniendo en riesgo mi salvación.

—Ay, Mara —me dijo el padre—, ¿qué te digo? Esas son las enseñanzas de la Iglesia, pero hay ahora mucha más apertura para los divorciados y vueltos a casar. ¡Tú lo sabes! Hay varios grupos de evangelización dedicados específicamente para ellos dentro de la Iglesia porque ahora, a diferencia de años atrás, quiere que se sientan parte de la comunidad y está haciendo un gran esfuerzo para que se sientan incluidos.

—Sí, sí, ya sé, pero siguen sin poder recibir la comunión. Eso los hace sentir, o al menos a mí me haría sentir, como que soy, pero no soy realmente parte de la comunidad. Y yo sé lo importante que es la comunión padre.

—Siempre tienes la opción de la comunión espiritual, Mara.

—Sí, pero no es lo mismo, para mí jamás será lo mismo —le dije apesadumbrada.

Al poco tiempo, una mañana, al terminar de hablar con Gina por *Skype*, vi una lucecita roja que indicaba que tenía un mensaje. Pensé que era raro que mi hijo Alex se comunicara por ahí y no por *Messenger* como acostumbraba, y la abrí. Era un mensaje de un tal Robert Strilekis en el que me decía que era un marino de los Estados Unidos que estaba a punto de jubilarse y que pensaba venirse a vivir a mi país y que no conocía a nadie. Que había visto mi foto en *Skype* y que le parecía muy guapa y que estaba interesado en platicar conmigo y hacernos amigos para que cuando llegara, en unos meses, ya tuviera al menos, un amigo en el país.

Inmediatamente le contesté:

Mira, si lo que estás buscando es una relación romántica, te sugiero que busques en otra parte. Aunque yo estoy divorciada, soy católica practicante y de acuerdo a mis creencias, yo sigo casada con mi marido ante Dios.

Ahora que, si lo que te interesa realmente es hacer amigos, me encantaría que lo fuéramos y poder ayudarte en lo que necesites cuando llegues a vivir a México.

Desde ese momento se abrió para mí una puerta que no se ha vuelto a cerrar.

ROBERT STRILEKIS

(Agosto 2013)

Desde el momento en que empecé a intercambiar correos con Robert, mi vida cambió. Me despertaba cada mañana a leer emocionada el que me había enviado la noche anterior. Poco a poco nos fuimos conociendo. Yo le hablaba de mi vida, de mis hijos, de lo que hacía; él me contó que su mujer perdió la vida en el atentado a las Torres Gemelas y que quedó devastado y solo, con una niña pequeña de quien hacerse cargo. Me dijo que tratando de huir de la depresión, la dejó a cargo de su hermana, que tenía niños de edades semejantes a la de su hija y que se volvió a alistar en la marina, en donde lo asignaron al portaaviones Eisenhower y desde entonces, su trabajo se convirtió en su vida.

—Oye, pues está de muy buen ver —me dijo Layla cuando le mostré unas fotos que me había enviado, mientras nos fumábamos un cigarro en mi carro, después de nuestra caminata matutina —pero y entonces eso de que no ibas a buscar a nadie, ¿en dónde quedó?

—¡Que conste que yo no lo busqué! —le dije inmediatamente, y a la defensiva— él me encontró, que es diferente. Aparte, ya le dije que solamente seremos amigos.

—Sí, cómo no —me dijo riendo con sorna— ya te quiero ver cuando lo tengas frente a frente, a ver qué dices entonces. Pero bueno, amiga, al menos te ves más feliz ¡hasta te brillan los ojos!

Y era cierto, me sentía más animada y hasta había empezado a ponerme atención cuando me veía al espejo cada mañana. Dejé de usar el cabello recogido, como había hecho por los últimos veinte años. Busqué en el armario una plancha para el cabello que me había regalado Larissa unas navidades atrás y empecé a tratar de aprender a usarla. Hasta mis hijos notaron el cambio.

—Ay, mamá —me dijo un día Larissa a la hora de la comida— ¡qué bonita te ves! El pelo suelto te queda muy bien ¡te ves más joven!

—¿En serio? —pregunté sonrojándome y sonriendo— pues tu abuelito siempre ha insistido en que mi “*look*” es con el cabello recogido.

—Por eso mamá —terció Daniel— ¡mi abuelito! Pero nosotros somos la nueva generación y yo también creo que te ves mucho mejor con el pelo suelto.

—Gracias —respondí sonriendo complacida.

En realidad no estaba muy acostumbrada a recibir elogios de nadie. El mayor cumplido de mi papá era: “ese es tu “*look*” m’hija, con el cabello recogido.” Y Rafael no era muy dado a comentar mi apariencia ni a favor ni en contra, así que elogios como esos me llenaban el corazón de alegría. Tenía años sin sentir esa ilusión de vivir, de despertar cada mañana, como la que sentía esos días.

Después de unas tres semanas de estar intercambiando correos con Robert, un domingo por la mañana en que me había ido con mis hijos a desayunar al Vips, aproveché para contarles de él.

—¿Adivinen qué? Conocí a alguien —les dije sonriente.

—¿En serio mamá? ¿Lo conociste en la Iglesia? —me preguntó Larissa emocionada.

—No, por *Skype* —respondí mientras le daba un bocado a mi papaya— un día me mandó un mensaje. Es gringo.

—¿Por qué no mejor alguien de aquí, mamá? —preguntó Daniel.

—¡No! No quiero a nadie tocando a la puerta para invitarme a cenar y después empezar a conocerlo, ¡qué flojera! Así es mejor, nos tratamos por correo y, ya si nos caemos bien, nos conocemos en persona.

—Bueno, mamá, como tú quieras —dijo Daniel. Nada más asegúrate de que sea alguien de verdad, no vaya a ser un muchachito de Vietnam el que te está escribiendo.

—¡No! ¡Para nada! Si me mandó fotos ¡Mira! —y le mostré las fotos que traía en mi celular y que me había enviado: una con su hija, y dos o tres de él en el portaaviones — Tiene una hija que acaba de entrar a carrera, más o menos de la edad de ustedes, es viudo.

—Mamá —me dijo Daniel— cualquiera puede bajar de la red fotografías y enviarlas diciendo que es esa persona, sin serlo. Yo que tú, mejor le decía que quiero platicar con él por *Skype*, para ver su cara. Si te dice que no, es que es

un fraude, un engaño.

Eso que dijo me dejó pensando, así que esa noche le escribí a Robert sugiriendo que platicáramos por *Skype* y, ya nerviosa, busqué en *Google* su nombre para ver si salía algo de él en la red, pero nada.

A la mañana siguiente tenía su respuesta:

¡Claro que sí! ¿Qué te parece el miércoles que es cuando tengo tiempo libre en mi trabajo?

¡El corazón se me salía del pecho de la emoción!

Así que hice una cita en el salón de belleza para el miércoles por la mañana, pues aunque ya más o menos me había aprendido a arreglar el cabello yo sola, quería darle una buena impresión a Robert.

Después, me fui a comprar una base para mi Ipad y le llamé por *Skype* a una amiga de la secundaria que vivía en San Antonio, para practicar en qué posición debería colocarlo para no verme más gorda, pues todo mundo sabe que las cámaras te hacen ver con kilos de más.

En fin, preparé hasta el más mínimo detalle y el miércoles, después de comer, subí a mi habitación a esperar que fueran las tres.

Y dieron las 3:00 y nada.

Las 3:15, las 3:30... y nada. Creí que moriría de ansiedad y tristeza.

Me pasé toda la tarde en línea... esperando... haciendo tiempo. Volví a buscar su nombre en *Google* a ver si salía algo, y nada. Traté de pensar en otras cosas, como que al día siguiente era el arranque de año en los talleres de evangelización de la Iglesia o que el grupo de señoras al que había estado coordinando por tres años estaba por iniciar su último año conmigo. Pero no, nada podía sacar de mi cabeza la duda, la incertidumbre de por qué Robert no había llamado.

Esa noche me dormí muy temprano, casi inmediatamente después de cenar.

A la mañana siguiente, tan pronto abrí los ojos, chequé mi correo y ahí estaba un mensaje suyo, disculpándose por haber quedado mal, pues algo imprevisto en su trabajo le había impedido comunicarse.

«¡Menos mal! —pensé aliviada— Algo se le complicó, no es que esté ocultando nada»

Me arreglé para ir a la Iglesia; sin embargo, poco antes de salir sentí el impulso, no sé por qué, de checar de nuevo su nombre en *Google*.

Esta vez, la búsqueda arrojó resultados. Bajo su nombre, aparecía el mensaje que me había enviado la primera vez: “ Estoy por retirarme y he

elegido tu país para hacerlo, no se si te interesaría ser mi amiga, para no llegar allá sin conocer a nadie”.

«¿Qué hace MI mensaje allí?» pensé sin creer lo que leía. Todo estaba bajo un título que decía: RomanceScam.com

Cerré la sesión con prisa pues ya iba tarde a la Iglesia.

La única palabra que se me grabó fue Romance.

«¡Es mi culpa! —pensaba mientras iba en el carro, casi sin notar el tráfico, manejando en automático— lo presioné tanto, que decidió irse a uno de esos lugares en línea para conocer gente y ¡ya le está diciendo lo mismo a otra!»

Esa mañana estuve, pero ausente. No pude poner atención al discurso de bienvenida de la nueva coordinadora, ni a los de las personas que ese año la iban a apoyar como equipo, ni a los nuevos planes de trabajo, ¡nada! Mi mente estaba en otro lugar.

Al acabar, me apresuré a volver a casa. Quería leer con calma todo lo que decía ahí.

Y cuál fue mi sorpresa cuando, ya sin prisas, reparé en la segunda palabra: Scam, que significa fraude.

Resulta que RomanceScam.com es un sitio en el que ponen al descubierto a personas que, usando las mismas palabras, contactan a otras con la intención de sacar dinero de ellas.

Su objetivo son mujeres solas, viudas o divorciadas (¡incluso hombres!) Les cuentan su vida, llena de tragedias, y les dicen que están buscando un nuevo amor y la oportunidad de rehacer sus vidas. Las envuelven en halagos y mentiras y cuando ya están, supuestamente, en camino a encontrarse con ellas, surge un imprevisto, algo que los detiene y necesitan con urgencia dinero, del que de momento ellos no pueden disponer, pero aseguran que en cuanto estén juntos se los regresarán de inmediato.

Generalmente, según este sitio afirma, son bandas de rusos o nigerianos que han encontrado a través de este medio, la manera de hacerse de dinero fácilmente. En ese sitio animan al público a que si tienen dudas acerca de quién les está escribiendo, envíen los textos que intercambiaron, teléfonos o correos para que, en el caso de que ellos encuentren repeticiones en la red, puedan exponerlos como lo que son: un fraude.

¡Esto quería decir que alguien había dudado al leer los mensajes de quien

yo pensaba que era Robert y había enviado sus textos y lo habían desenmascarado!

En ese momento casi pude escuchar el ruido que hizo mi corazón al quebrarse y caer en pedacitos al suelo.

Inmediatamente le llamé a Layla, llorando para contarle lo que había pasado.

—¡No! ¡No puede ser, amiga! —me dijo al escucharme tan acongojada— mira, tú tranquila. Le voy a hablar al Eugenio y a la noche te caemos en tu casa. Me llevo a Gabriel, por supuesto. ¡Ah! Y no te preocupes por nada, también llevo vinito de aquí y algo para picar.

Esa noche lloré, bebimos, reímos y me animé un poco, pero cuando se fueron volví de nuevo a la soledad de mi cuarto.

No obstante, sin darme cuenta, mi vida ya había cambiado. Me di permiso de sentir algo que no había sentido por mucho tiempo. Y gradualmente fui considerando, por primera vez después de mi separación, la posibilidad de encontrar a alguien con quien pasar el resto de mi vida. Ya no creía estar lista para morir e irme al cielo, todavía había algo por qué vivir. El despertarme cada mañana para leer el mensaje de alguien que estaba pensando en mí, le dio alas a mi corazón, que a partir de ese momento rompió sus cadenas y se echó a volar.

JACK

(2013)

A l día siguiente volví a entrar a RomanceScam.com porque el día anterior me pareció leer ahí, que ellos tenían otro sitio en el que se aseguraban de que los miembros fueran personas reales. No obstante, si resultaran casados, misóginos o maniáticos asesinos, esa sí que no era su bronca. Pero al menos eran reales.

—¡Y me inscribí! ¡No cobran! —le conté a Pita una tarde mientras merendábamos en La Bonne.

—¿Y no te da miedo?

—¡Para nada! Es súper divertido ¡Hay personas de todo el mundo! Me entretengo mucho viendo fotos y leyendo quiénes son. También hay foros en donde se platica de lo que quieras, y créelo o no, pero ahí te puedes dar cuenta de la personalidad de cada uno.

—¿Y has conocido a alguien interesante?

—Pues he hecho varias amigas.

—¿Amigas? ¿Y cuál es el caso?

—¡Ah! Pues ya sabes cómo somos las mujeres. Hay algunas que ya tienen años ahí y te dicen: “no, con ese ni le busques, ¡se ve que tiene un genio de la fregada! Hace seis meses se puso a discutir con otro por una tontería, casi los echan del sitio.” Aparte, ¡son bien lindas! ¡He escuchado cada historia...! Y me he hecho tan amiga de una rumana que ¡ya hasta somos amigas en *Facebook*!

—Ay, comadre, pues al menos te entretienes. Pero, la verdad, la verdad: ¿qué estás buscando?

—La verdad, la verdad... un diabético.

—¿Qué? —me dijo casi escupiendo el trago que acababa de dar a su copa de vino— ¿por qué un diabético?

—Pues resulta que leí por ahí que los diabéticos ya no están muy interesados en el sexo. No sé si sea verdad, pero si lo es, ¡estaría súper bien! Por un lado, yo tendría compañía, un amigo para siempre, y aparte no tendríamos que tener relaciones sexuales, lo cual sería perfecto. Treinta y dos

años de eso para mí ya fueron suficientes. Y por otro, porque así podría seguir comulgando, pues también leí que hay parejas vueltas a casar que hacen votos de castidad o algo parecido, y en esos casos los dejan comulgar.

—¡Ay, comadre! Y si no, pues no pasa nada. Haces comunión espiritual y ya está.

—Es lo que me dice el padre Nicodemo, pero no es lo mismo. Al menos, para mí, no es lo mismo.

Unas semanas después, aprovechando que mis hijos se iban con Rafael de viaje, mamá y yo nos organizamos para ir a San Miguel de Allende a visitar a una muy querida amiga suya a la que tenía varios años sin ver.

Una noche antes del viaje, recibí un mensaje de un tal Jack. Decía:

¡Hola! ¿Quieres platicar?

Estuvimos conversando un buen rato esa noche, y al día siguiente, y en el camino a San Miguel, pues el autobús en el que viajábamos tenía *wifi*.

Me mandó unas fotos, aparte de las que aparecían en su perfil.

Y en cuanto pude, yo le mandé unas de mí: en el mercado de artesanías de San Miguel y en la Plaza, con mamá y su amiga.

Así empezó todo. En contacto constante, diariamente.

Jack trabajaba arreglando conmutadores en hospitales, universidades y grandes empresas. Y en muchas ocasiones lo hacía desde su casa, lo que le dejaba mucho tiempo libre para hablar.

—¿Y de qué tanto platican? — me preguntó Luisa, mi ex compañera de la Facultad de Derecho, mientras cenábamos, nuevamente, en La Bonne que es mi lugar favorito para merendar, deberían de darme algún descuento pues ahí me la vivo— ¿no te harta platicar tanto?

—¡Para nada! ¡Me encanta! Platicamos de todo, de cómo nos fue en el día, de series de televisión. A él le encantan, igual que a mí y me ha recomendado unas muy buenas. De libros, porque le gusta leer, igual que a mí. ¡Ah! Y también de política, ahí tiene un punto malo.

—¿Cuál?

—Pues que es Republicano.

—Y eso ¿a ti qué?

—¿Cómo que a mí qué? ¡Para nada! Es como si alguien de aquí me dijera

que es priísta. Ni siquiera lo consideraría como opción. Y cuando me dijo que era Republicano se lo solté así.

—¿Así, cómo?

—Pues le dije: ¿sabes qué? ¡No soporto a los Republicanos! Y le eché todo un discurso de por qué y casi, casi que ahí acaba todo. Lo bueno es que no se enganchó y muy pacientemente trató de decirme todo lo bueno que tienen los Republicanos y lo terrible que es el que los Demócratas apoyen el aborto.

—Pero tú también estas en contra del aborto, ¿no?

—Pues sí, odio que maten a niños indefensos, pero los Republicanos no solo matan niños sino montones de gente con su apoyo al Imperialismo y a las guerras en el Medio Oriente, y guerrillas e insurrecciones en Latinoamérica y a la NRA, que es la que promueve la venta de armas por doquier. Entonces, de entre todo lo malo de los dos, los Demócratas me parecen menos peor.

—¿Y se pusieron de acuerdo?

—Pues más o menos. Porque cuando me dijo: “Mira, ni tú ni yo vamos a ser presidentes de México o Estados Unidos, ¿por qué vamos a discutir por algo que está fuera de nuestro control?” Como que entré en razón.

—¡Pues claro! Esas son nimiedades —me dijo Luisa buscando su cartera para pagar la cuenta.

—¡Pues ni tanto! Cuando se me ocurrió decir en la mesa del desayuno de los domingos con la familia, que estaba platicando con un gringo de Atlanta que era Republicano, ¡se me armó! ¡Es más! Mi hermana Mony se paró de la mesa súper enojada, ya ves que nos encanta el drama. Y mi hermano Martín solo meneaba la cabeza sin poder creerlo. Es que en la casa, los domingos, nuestras pláticas se ponen súper intensas, especialmente en lo que a política se refiere, ¡no sabes!

Con Pita y Luisa me veía una vez por semana, pero con Layla seguía caminando todas las mañanas. Entonces, era con ella con la que tenía más oportunidad de ir platicando acerca de las cosas que me iba enterando de la vida de Jack.

—¿Cómo que tiene hijos con tres mujeres diferentes? — me dijo levantando la voz, mientras yo volteaba a ver si no venía alguien caminando detrás de nosotros, que pudiera escuchar nuestra conversación.

—Pues sí, resulta que a los 18 embarazó a su novia de 17 años y se casaron.

Duraron casados unos tres o cuatro años y se divorciaron. A él le dio por beber. Y andando en ese plan de desmadre se juntó con una chava y tuvo otra hija. Pero esa chava lo dejó y se fue a tenerla a su casa y no la volvió a ver sino hasta mucho después, ya cuando su hija estaba grandecita. Después dice que un día se acercó a Dios y que Él le dio la fuerza de voluntad para dejar de beber y se metió a alcohólicos anónimos. Más tarde, en la Iglesia, conoció a su segunda esposa. Estuvo casado 21 años hasta que un día ella decidió dejarlo. Con ella tuvo dos hijos que ahorita tienen 14 y 19 años. El de 19 vive con él y el chico con la mamá.

—¡Ah bárbaro! —dijo Layla— ¡qué vidas tan complicadas tienen estos gringos, está cabrón! Y eso ¿a ti no te importa?

—Pues no te puedo negar que me da nervios alguien con una vida familiar tan diferente de la mía

—No, ¡pues es que está cabrón, amiga! Está cabrón... no entiendo qué posibilidades le ves a una relación con alguien así.

—¡Es que no sabes cómo me habla! con tanto respeto, con tanta dulzura... aparte tiene un excelente sentido del humor y paciencia para mis arranques de niña chiflada, como el que tuve con lo de la política. Es que nunca había conocido a alguien así.

—¿Y cuánto tienen platicando? Ya son casi dos meses ¿no?

—Sí, ¡pero hablamos por horas! Últimamente ya empezamos a hablar por teléfono, y cuando le toca ir a Nashville o a otros lugares lejanos, me llama y nos la pasamos platicando las dos o tres horas que le toma llegar a donde va.

Layla soltó la carcajada.

—Así andarás de alborotada por él, que no te importa hablar por teléfono tanto rato.

—¡Se me plancha la oreja —contesté riendo— pero vale madres!

Fue así como, poco a poco, fui conociendo a Jack, y aunque era consciente de que había varias banderas rojas que decían: por aquí no. No me importó. Estaba tan sedienta de amor y cariño, que no me importó.

RELIGIÓN Y SEXO

(2013)

Uno de los temas que más discutíamos Jack y yo era el de la religión. Me llamaba mucho la atención la forma tan diferente en que se contemplaba el divorcio entre su religión, Cristiana, y la mía, Católica.

Yo creía tener suficiente conocimiento acerca de mi religión después de tantos años como catequista de niños y evangelizadora de adultos, y también porque había concluido el Diplomado de Teología a distancia, asesorada por un sacerdote.

Por su parte, Jack también conocía los lineamientos de la suya.

—Mira, de acuerdo a mi religión, si tu pareja te es infiel, o bien, te separas o divorcias y tu pareja se involucra sexualmente con alguien más —me dijo — eres libre de volverte a casar con quien tú quieras. Y eso viene en Mateo 5:32 y 19:9, a esa cita la conocemos nosotros como la cláusula de excepción.

—Pero entonces —replicaba yo— ¿en dónde dejas a los mandamientos? ¿O también la cita de Mateo, 19:6. “Lo que Dios ha unido, que no lo separe el hombre”?

Discutíamos también mucho acerca de los homosexuales, pues Jack afirmaba rotundamente que en la Biblia decía que se irían al infierno. Y yo le decía:

—Pues para ese caso, los adúlteros, es decir todos aquellos que tengan una relación sexual con alguien diferente a la persona con la que se casaron, también van a ir al infierno. Pero yo elijo creer en un Dios misericordioso, que conoce nuestro corazón mejor que nosotros mismos, porque nos amó desde antes de que estuviéramos en el vientre de nuestra madre. Y también creo que no tenemos el más mínimo derecho a juzgar quién se va a ir al infierno o no, quién está pecando y quién no, porque todos pecamos, solo que de manera diferente.

Y después de horas y hora de plática, lo que me quedaba claro era que los hombres habíamos terminado interpretando la Biblia a nuestro antojo, porque

¿cómo era posible que llamándonos a nosotros mismos seguidores de Cristo, tuviéramos concepciones tan diferentes respecto a la misma cosa?

Y seguía cuestionándome en qué tantas otras cosas habría diferencias. Y ¿cuál sería la correcta interpretación de lo que allí estaba escrito?

Tiempo después la plática fue derivando al tema del sexo y ese tema era tabú para mí. Era un tema del que desconocía mucho y al que temía. Jamás lo había discutido con nadie, hasta ese día crucial en que me atreví a preguntar a Pita acerca de la andropausia.

En la secundaria las discusiones con mis amigas eran acerca de besos solamente y hasta recuerdo que discutimos si sería posible que quedáramos embarazadas por besarnos con alguien estando de pie.

Cuando viví en Estados Unidos tuve un novio que siempre fue muy respetuoso conmigo y solo hubo una ocasión en que trató de poner su mano bajo mi blusa y yo se la quité y ahí quedó todo.

Más tarde, cuando conocí a Rafael, tuvimos relaciones sexuales antes del matrimonio. Y eso me hizo sentir terriblemente pecadora y estar segura de que si no me casaba con él, ya nadie me iba a querer por no ser virgen. Así que me casé con él, pero esos sentimientos respecto al sexo me los llevé conmigo al matrimonio.

Jamás permití que Rafael me viera sin ropa, mi cuerpo desnudo me daba una terrible vergüenza. La luz apagada fue una regla tácita en nuestro matrimonio y en general no hablábamos mucho respecto al sexo. La verdad, no sé por qué nuestra psicóloga jamás insistió en que fuéramos a terapia sexual. Tal vez porque ninguno de los dos estaba dispuesto a discutir cosas tan privadas con un desconocido. Si no lo hacíamos entre nosotros, ¿cómo lo íbamos a hacer con alguien más? Lo que sí sabía era que era frígida, porque no me gustaban las relaciones sexuales, las veía como un deber que como esposa tenía que cumplir, pero jamás fue algo que yo buscara o disfrutara.

—¿Así que estás buscando a un diabético —me preguntó Jack riendo— porque así no tendrás que tener relaciones sexuales?

—Pues sí. La verdad es que no me gusta tener relaciones sexuales. Así que un diabético me vendría bien porque así podría seguir comulgando —le dije—. Aparte, no me gusta que me vean desnuda, no me gusta mi cuerpo. En todo mi matrimonio jamás estuvo la luz encendida mientras teníamos relaciones sexuales.

—Pero ¿cómo puedes decir eso? — parecía sorprendido— ¡si el cuerpo desnudo de la persona que amamos es lo más bello del universo! Preocuparnos de si nos vemos muy gordos o muy flacos no debe de interponerse jamás en el goce que una pareja puede tener junta. Yo estoy seguro de que tu cuerpo desnudo es tan bello como tu cara y tu corazón. Lo que creo que necesitas es mucho amor y que aprendas a disfrutar el sexo como lo que es, el mayor placer del mundo. Fíjate que desde que me dejó mi mujer yo estuve también haciendo una especie de revisión de mi vida. Me di cuenta de que me enfoqué en el trabajo y llegaba tan cansado que solo quería llegar a ver televisión y no quería saber de nada más. Subí muchísimo de peso y me olvidé de atender a mi mujer como debía. Así que me propuse que eso jamás me volverá a pasar. He estado leyendo y viendo muchas cosas que vienen en línea y ahora sé que soy perfectamente capaz de darle a la mujer con la que elija estar el mayor placer posible, porque siempre estará el suyo en mi mente, antes que el mío.

Las conversaciones continuaron por ese camino y cada día sentía más deseos de conocerlo en persona y ver si era verdad lo que él aseguraba, que podría disfrutar del sexo. Lamenté nunca haber tenido la disposición para hablar abiertamente con Rafael de las cosas que había estado hablando con Jack. Quizá, si lo hubiera hecho, nuestro matrimonio habría podido salvarse. Nunca lo sabría. Pero no quería perder la oportunidad de encontrar a alguien con quién poder ser feliz y no quería que el sexo fuera un obstáculo. «¿Y si Jack resulta ser esa persona? Pues nos casamos y hago comunión espiritual», pensaba.

—¿Adivina a dónde fui hoy? —me preguntó Jack un día.

—¿A dónde?

—¡A tramitar mi pasaporte!

—¿Lo habías perdido?

—No, nunca había tenido uno. Jamás lo necesité antes. Pero ahora ya lo tengo, por si uno de estos días lo necesito. Por cierto, ¿No crees que ya es hora de que nos conozcamos?

—¡Sí! —le respondí emocionada—. ¡Hay que conocernos! Ya sabemos que nos caemos bien, que nos gustamos, que tenemos muchos gustos afines. ¡Solo falta saber si hay química!

—Y ¿cómo vas a saber si hay química? —me preguntó Luisa esa noche en nuestra cena semanal.

—Pues primero que nada, lo tengo que besar —le dije— recuerdo que en la secundaria me gustaba mucho un muchacho y finalmente un día se me declaró y fui la más feliz del mundo, por unas horas. Pues cuando me besó, no me gustó nadita, y al día siguiente le dije que ya no quería ser su novia.

—¿Solo por cómo te besó?

—Mira, no es tanto por cómo dan el beso, sino por lo que siento cuando me besan. Si no me gusta el beso, hasta ahí. Ni para dónde hacerme.

—Bueno, y si te gusta como te besa, ¿entonces qué?

—Pues entonces tendré que ver si es cierto lo que dice: que no soy frígida, sino que le he estado dando un enfoque equivocado al sexo, hasta ahora. Si resulta que él tiene razón, tal vez podríamos tener una relación y después casarnos. Pero si está equivocado, me concreto a seguir buscando al diabético o de a tiro me olvido de todo este asunto de andar conociendo gente.

—Y ¿dónde se van a ver? ¿Viene a Monterrey?

—La verdad me da cosa hacerlo venir hasta acá. Para empezar, ¿qué les digo a mis hijos si me les desaparezco una noche? Y luego con lo de la inseguridad en la frontera, para un gringo que no habla nada de español, sería ponerlo mucho en riesgo. Así que quedamos en que yo iría a McAllen y allá nos veríamos.

—¿Te vas a ir a McAllen? Pensé que no salías de San Pedro por miedo a la inseguridad.

—Ya sé, ya sé —le dije preocupada— ni me recuerdes la maldita inseguridad. Pero mira, creo que lo más difícil ya pasó. A mí se me hace que se agudizó mucho al final del sexenio de Calderón para que la gente votara por el PRI, y pues así pasó. Ganó Peña Nieto y el asunto se fue aplacando, al menos aquí en Monterrey y en la frontera. Aparte, dicen que ahora que todo mundo va a comprar los regalos de Navidad a McAllen, van a poner convoyes en la autopista para proteger a los que vayan. Así que en la casa diré que voy a hacer las compras de Navidad contigo.

—¡Ah! ¿Entonces se van a conocer ya, antes de que se acabe el año? Oye, pues vamos a hacerlo de verdad, ¡yo voy contigo!

—¿En serio? —le pregunté incrédula—, ¡pero si te choca viajar! Aunque me caería de perlas tener una habitación en caso de que las cosas no resulten bien con Jack.

—¡Pues por eso lo hago! No creas, me da pendiente el que vayas a encontrarte con un total desconocido. Así, yo estaré en la habitación de al lado en caso de que el hombre se te ponga muy loco.

—Ay, ¡Sí! ¡Sí! ¡Qué padre! —respondí toda emocionada ante la perspectiva—. ¡Nos vamos juntas a McAllen! ¡Organízate entonces para dentro de quince días!

Nuestros planes siguieron adelante, Jack pidió permiso en el trabajo, compró su boleto de avión y solo contábamos los días que faltaban para que nos conociéramos.

Un sábado, días antes de la fecha prevista, recibí un *Whatsapp* de Luisa cuando estaba punto de empezar mi taller *El Guión de mi Vida*, y me salí a contestar a la cochera.

—Mara, no podré verte hoy a medio día porque estoy en el hospital a punto de que me hagan una operación de *bypass*; parece que tengo varias arterias obstruidas y es algo que no puede esperar.

—¡Luisa! ¿Es en serio? —pregunté—, ¿en qué hospital estás?

—En el Muguerza, estoy a punto de entrar a que me preparen ya.

—Tú tranquila, todo va a salir bien. Al rato voy para allá —le respondí abrumada por la noticia.

Por la noche, en la sala de espera, junto a su hijo y a su hermana, me enteré de más detalles. Resulta que desde una noche antes se sintió mal y hasta dejó en su buró todos los datos de sus seguros de gastos médicos y del lugar que había comprado en un panteón, por si llegaban a hacer falta. Pero fue al estar dando clases en la Facultad que se empezó a sentir terriblemente mal. Se fue manejando ella sola, así de mal como se sentía. Al llegar al hospital le hicieron exámenes y resultó que traía cuatro arterias obstruidas. La operación fue tremendamente delicada, pero al parecer todo salió bien y ya estaba despertando de la anestesia en el área de cuidados intensivos.

Me dieron oportunidad de pasar a verla y me partió el corazón verla ahí conectada a mil cosas, tan desvalida, cuando ella era, y había sido siempre, la más fuerte de nosotras dos.

Al sentir mi presencia, entreabrió los ojos y me sonrió. Tomé su mano y le

dije:

—Esta ya la libraste. Échale ganas, mañana te vengo a dar la vuelta, ¿okay?

—Ojalá encuentres quién te acompañe a McAllen. Creo que yo no voy a poder ir — me dijo somnolienta.

A la mañana siguiente, aún impactada por todo, platicaba con Layla mientras caminábamos.

—Es que no lo puedo creer todavía. En un momento estamos aquí y el siguiente, ¡nadie nos lo asegura!

—Así es la vida —me dijo Layla apesadumbrada— a mi papá le pasó lo mismo, pero él no tuvo la suerte de vivir para contarlo. Y ahora ¿qué piensas hacer?

—La verdad, no sé. Todo parecía estar acomodándose tan bien ,y de un momento a otro, la vida cambia. Me dan ganas de cancelar el viaje, pero me da mucha cosa con Jack que ya tiene su vuelo, sabes que el dinero no le sobra, y también ya sacó permiso en su trabajo.

Esa tarde fui a ver a Luisa al hospital, para entonces ya la habían pasado a su habitación. Cuando se enteró de que estaba pensando en la posibilidad de cancelar el viaje, me dijo:

—No seas tonta, ya tienen los dos todo organizado. Vive tu vida, que ya ves que no la tenemos asegurada. No te quedes nunca con ganas de hacer cosas que realmente quieres hacer. Yo, parece que de esta ya salí. Aunque ya me dijo el doctor que no más coca, no más cigarro y que tendré que hacer ejercicio. Vienen muchos cambios en mi vida.

—Ya sé, ya sé —le dije apresuradamente al ver que su amiga Andrea estaba llegando a saludarla— está bien. Veré cómo me las arreglo y ya te contaré cómo me fue. Te iré a ver a tu casa en cuanto regrese. ¿Okay?

A la mañana siguiente Layla me dijo:

—Qué bueno que no cancelaste el viaje. Yo no puedo ofrecerme a ir contigo, pero le puedo decir a mi chofer que te lleve.

—Y luego ¿qué hago yo allá con el chofer?

—¡No'mbre! —me dijo riendo— Si no se va a quedar allá. Tan pronto crucen el puente, lo llevas a la estación de autobuses. Solo le tendrás que dar para el pasaje y una propina. A los dos días lo recoges en el mismo lugar para que se regresen.

La mañana del 6 de Diciembre del 2013 salimos antes del amanecer de mi casa. Y sobreponiéndome a los miedos por la inseguridad con los que había vivido los años anteriores, y a mis conflictos de conciencia, me encaminé a conocer a Jack llena de ilusión.

CONOCIENDO A JACK

(2013 — 2014)

Esperaba con ansiedad ver a Jack bajarse del avión. Y tan pronto nos reconocimos, nos abrazamos y le dije:

—¡Bésame!

Jack me besó y el beso me encantó. En menos de un par de horas supe que lo que él había aprendido en internet funcionó a la perfección. Y el mayor descubrimiento para mí fue darme cuenta de que el sexo es en realidad el mayor placer físico de la vida.

Esos tres días que estuvimos en McAllen no salimos de la habitación más que para buscar algo que comer. No quería que el tiempo pasara.

Sin embargo, cuando llegó el momento de despedirnos, ya habíamos acordado que haríamos lo imposible por volvernos a ver en un par de meses a lo sumo.

Regresé a Monterrey feliz, como hacía mucho tiempo que no estaba. Se aproximaba la Navidad y mi hija Gina y su novio Ritter llegaron a los pocos días para pasarla con la familia. A la primera oportunidad les conté a mis hijos que había conocido a Jack, y se pusieron muy felices por mí. En una ocasión en que estaba platicando con él por teléfono, vino Gina, me arrebató el aparato de las manos y le dijo:

—¡Hola, Jack! Soy Gina, ¡feliz Navidad! Ojalá un día podamos conocerte.

La reacción de Gina me asombró, pues normalmente es huraña conmigo, pero por lo visto la noticia de que al parecer había encontrado una posible pareja, le encantó.

El 24 de diciembre comimos en casa de mis papás, pues desde hacía un par de años papá y mamá ya no tenían ánimo de fiestas por las noches. Y por la noche se vinieron a la casa mis hermanos: Mony y Martín, mi sobrino Fabrizio, Rafael y su hermana Nora. Fue una Navidad muy alegre, aunque a diferencia de la anterior, yo noté a Rafael algo incómodo, como si se sintiera

fuera de lugar. Tal vez el hecho de que su mamá ya no estuviera con nosotros le hacía más difícil el continuar celebrando “en familia” como hasta entonces habíamos hecho.

Pasando fin de año fuimos juntos a llevar a Gina y a Ritter al aeropuerto. Cuando veníamos de regreso a casa, me armé de valor y le dije a Rafael:

—Fíjate que conocí a alguien por internet. Es un gringo de Atlanta y a principios de diciembre nos conocimos ya en persona en McAllen.

—¡Qué bien! —me dijo sonriendo—. ¿Y cuándo se van a volver a ver?

—No sabemos aún, a ver si en un par de meses. Él no puede viajar mucho por su trabajo.

—Oye, pues el dinero que yo había ofrecido darte una vez al año para que fueras a Europa lo puedes usar para ir a verlo unas tres o cuatro veces en el año. Para que lo conozcas bien. Eso de estar tú aquí y él allá va a ser difícil.

—¿En serio? —volteé a verlo incrédula tratando de no distraer mucho mi atención del camino mientras manejaba— ¡Ay, muchas gracias! Estaría padrísimo. ¡Gracias!

—Yo también estoy saliendo con alguien —me dijo poniéndose un poco serio.

—¿De verdad? —le dije sonriendo—. Ahora entiendo por qué te veías raro la noche de navidad. Pues ¡qué bien! ¡Felicidades!

En cuestión de horas ya estaba contándoles a Daniel y Larissa acerca de mi plática con su papá.

—¡Qué bien, mamá! Y qué lindo papá que te va a dar dinero para que vayas a verlo —me dijo Larissa.

—Súper bien, mamá —agregó Daniel— pero en mi opinión, aunque te guste mucho, conócelo bien primero, trátalo, pero no te cases. Si quieres, quédate a vivir allá con él, pero no te cases.

¡No podía creerlo! No solo mis hijos, también mi ex marido, reaccionando súper bien ante la noticia. Todo parecía irse acomodando perfectamente en mi vida. Lo único que me hacía ruido era mi conciencia, así que me fui a hablar con el sacerdote que coordinaba la Evangelización en la Iglesia para contarle mi situación.

—Así que como puede ver, padre, estoy en pecado. Y creo que tengo que renunciar a seguir evangelizando.

—Para nada, Mara. Falta ya muy poco para que estas señoras concluyan su formación. Son solo cuatro meses en los que tendrás que guardar mucha discreción al respecto. Tu termina tu ciclo con ellas y después ya Dios dirá.

Así que un par de meses después me disculpé y les dije que iba a estar fuera de la ciudad y que tendrían que tomar la clase con una compañera, y me fui a celebrar el 14 de febrero con Jack.

—¿Motivo del viaje? —me preguntó el agente de inmigración tan pronto desembarqué en Atlanta.

—Vengo a visitar a un amigo —le respondí sonriendo.

—¿Y de dónde lo conoce? —Fijó su vista en mí, muy serio.

—Nos conocimos por internet el año pasado —respondí con toda la honestidad posible.

—Señora, por favor tenga mucho cuidado con las personas que conoce en línea.

—Sí, sí —le sonreí tratando de tranquilizarlo— ya lo conocí en persona a principios de diciembre en McAllen. Y mi familia tiene todos sus datos, por si se ofrece. Aparte, me estaré alojando en un hotel cerca de su casa.

—Muy bien señora —dijo sonriendo un poco dubitativo y sellando con fuerza mi pasaporte— disfrute su estancia y ¡feliz día de San Valentín!

Al salir a la sala de espera, ahí estaba Jack: sonriente, con un ramo de rojas rosas en la mano. Yo sentí que todas las miradas se posaban sobre nosotros, pero no me importó, corrí a abrazarlo y nos besamos.

Cuando llegamos al hotel me encontré la cama de la habitación tapizada de pétalos de rosas.

Y empezó nuestra segunda luna de miel.

El último día de mi estancia me llevó a conocer su casa, a su hijo mayor, que vivía con él, a su segunda hija, que se estaba quedando temporalmente ahí, y a su nietecita.

Un par de meses después, Rafael y yo firmamos los papeles del divorcio: en Abril del 2014, dos años después de nuestra separación. Al salir de ahí me hizo el favor de ir a casa de mis papás a tranquilizarlos, pues estaban muy preocupados por el hecho de que yo les había contado que estaba viendo a Jack y pensaban que Rafael no me iba a mantener si esa era la situación.

—Buenas tardes, Don Genaro — le dijo a mi papá, cuando estábamos ya

todos sentados en la sala—, Mara y yo venimos del juzgado de firmar lo del divorcio. Y yo vengo a darle las gracias por el apoyo que nos dieron estos años. La verdad nos apena que no haya funcionado, pero quiero que estén tranquilos de que Mara estará bien. Tanto ella como yo vamos a intentar seguir con nuestra vida de la mejor manera posible. Y si Mara conoce a alguien y desea irse a probar con esa persona, por mí no hay ningún problema. Si resulta que no funciona y decide regresar, tampoco habrá problema. No es justo que se vea presionada a decidir algo, hasta que no esté completamente segura.

—Pues muchas gracias, Rafael, por venir a decirnos esto —dijo papá—. Bien sabe Mara que estamos muy preocupados por su futuro. Esto nos da mucha tranquilidad.

—Al contrario, Don Genaro. Gracias a usted por haberme enseñado lo que sabía de su negocio y por haberme apoyado siempre.

La siguiente vez que fui a visitar a Jack, ya se las había ingeniado para que su hija y su nieta encontraran otro lugar dónde quedarse permanentemente y convenció a su hijo de que se fuera un par de días a quedarse con unos amigos, para que nos dieran privacidad.

En ese viaje ya me quedó más claro cómo era la vida de Jack.

—Escondí todas las armas porque ya sé que no te gustan —me dijo señalando bajo la cama—. Ahí abajo están los rifles y puse en la caja fuerte las pistolas y las balas. Los cuchillos sí están a la vista, pero esos no se disparan solos —continuó sonriendo y tratando de tranquilizarme al ver mi desazón.

—Ay, Jack, es que incluso abajo de la cama me dan miedo. Pero bueno, trataré de controlarlo. Sé que es el lugar más seguro para dejarlas, suponiendo que tu hijo decidiera venirse una noche a la otra recámara.

—Mara, tienes miedo porque no las conoces. Pero uno de estos días te voy a enseñar a disparar y verás que te va a gustar.

Cada viaje, para mí, seguía siendo una luna de miel, un idilio. Disfrutábamos el sexo por sobre todas las cosas. Me enseñó a disparar con uno de sus rifles y salíamos ocasionalmente al cine, o a cenar, a veces solos, a veces con sus hijos. Otras noches nos quedábamos tirados en el sillón de la sala viendo la tele.

En el día se iba al trabajo y yo aprovechaba para limpiar el lugar, ya que, aunque él lo hacía con mucho esmero, antes de cada una de mis visitas, era notorio que hacía mucha falta la mano de una mujer ahí.

Así transcurrió todo un año, al cabo del cual me convencí de que esa vida, que en un principio creí estar dispuesta a llevar —consiguiendo un trabajo en un Walmart o en cualquier parte—, no era lo que quería para el resto de mis días. No era que no me sintiera feliz con él ni que el sexo fuera poco menos que maravilloso, sino que me di cuenta de que su vida familiar era, por ponerlo de manera concreta, complicada. Y yo ya había dedicado 32 años de mi vida a formar una familia como para venir a empezar aquí con una nueva, en la que cada uno de sus hijos tenía sus circunstancias especiales, y nada fáciles.

Así que cuando él me propuso que nos casáramos, fui honesta con él y se lo dije.

—Te entiendo perfectamente —me dijo triste— pero yo no puedo exigirle a mis hijos que sean mejores si sé que yo mismo fui de lo peor a su edad.

—¿No te sientes con la autoridad moral? —le pregunté.

—Exacto, eso es lo que pasa. Pero por favor, olvida entonces mi propuesta. Sigamos como hasta ahora. Disfrutemos lo que tenemos, mientras podamos.

—Es que no me parece justo, Jack. Te estoy privando de la oportunidad de que conozcas a una mujer que sí esté dispuesta a ser tu compañera y a hacerla de madre para tus hijos. Eso es lo que tú necesitas.

—No, tú eres lo que yo quiero. No necesito a nadie más. Sigamos así —me dijo envolviéndome en un abrazo y besándome.

—Okay, okay —respondí sonriendo feliz,— sigamos así, que bastante que lo disfrutamos.

Sin embargo, en la primera ocasión que tuve, hablé con Rafael del asunto.

—Soy muy feliz con Jack, pero ya me di cuenta de que no me quiero casar con él. Y ahora que regresé a lo de los Bienes Raíces con Pita, yo estaré pagando mis viajes — y agregué sonriendo—: aparte no es justo para ti que me los sigas financiando, si al fin y al cabo este hombre no te va a quitar la bronca de mantenerme por un tiempo.

—Okay, y ahí te encargo que me consigan un departamento en venta; en el negocio van bien las cosas y ya me quiero salir del lugar en donde estoy. Con

la comisión que les quede de ahí, podrás pagarte tú misma los viajes que quieras.

GINA

(2015)

El 2015 trajo muchos cambios a mi vida. Pues Gina, mi hija mayor, y su novio Ritter, decidieron casarse en México; aprovechando que a ella le habían comisionado una investigación como parte de su doctorado, en Monterrey. Por lo mismo, pensaron que era el momento ideal para planear su boda durante los tres meses que pasarían aquí, y casarse al final de su estancia.

La relación entre nosotras había sido muy tensa desde su adolescencia, y en un principio yo pensé que era lo normal y típico de cualquier niña de esa edad.

Recuerdo incidentes como la vez que la hice que se vistiera muy bonita para ir a la primer reunión de compañeros de la escuela y al recogerla venía indignada porque la mayoría de sus compañeras habían llevado jeans y ella llevaba vestido. O cuando ella tenía once años y un día de vacaciones de verano entré a su recámara y, desde su cama, donde estaba leyendo, me dijo:

—¿Necesitas algo?

—No, solo vengo a ver cómo estás ¿ y tú, necesitas algo?

—No necesito nada. Y la próxima vez, por favor toca la puerta antes de entrar.

Esa respuesta me molestó mucho. Pero no había sido grosera, sino todo lo contrario, más bien fue asertiva. Sin embargo, me pareció que una total desconocida estaba en la habitación de mi hija.

En su infancia siempre fue una niña muy dócil y obediente, aunque algo retraída. Resintió mucho el nacimiento de Alex, e incluso fuimos los tres: ella, Rafael y yo, a ver a una psicóloga para que nos dijera cómo ayudarla.

Al ir creciendo, Alex y ella fueron siempre muy unidos, y ella lo adoraba. Fueron inseparables compañeros de juegos, porque no era muy sociable. Y

cuando alguna amiga llegaba a visitarla, ella siempre aclaraba: mi hermano va a jugar con nosotras. Aunque los celos que le tenía se dejaban ver de vez en cuando.

Fue en su adolescencia cuando yo noté un cambio fuerte en su personalidad, pero no le di la mayor importancia. Cuando tuvo alrededor de veinte años, llegamos a tener algunas discusiones fuertes y en muchas de ellas, Rafael se puso de su lado. Un día volvimos a terapia nuevamente, cuando, después de una de esas, dijo que se quería ir de la casa.

Acordamos en esa ocasión que se esperara hasta terminar la carrera, y eso fue lo que hizo. En cuanto consiguió su primer trabajo rentó un pequeño departamento y se mudó. Sin embargo, seguía viniendo todos los días a comer.

El que viviéramos separadas ayudó a la situación familiar que, estando juntas, era tensa. En ocasiones yo sentía que ella era mi mamá y me disculpaba todo el tiempo por cosas que la habían ofendido. Incluso llegó a decirme: “Ya estoy cansada de esto, siempre te disculpas y nunca cambias”.

Cuando decidió irse a Alemania a hacer la maestría, casi al mismo tiempo que Alex a Dinamarca, nuestra relación mejoró muchísimo. Nos escribíamos constantemente. Por desgracia, un día tuve el poco tino de decirle:

—Me encanta que nos llevemos mejor ahora, que estás allá y nos escribimos. Todo parece más fácil. Tal vez porque no nos vemos la cara ni escuchamos nuestros tonos de voz.

Lo dije porque Rafael siempre se quejaba de mi tono de voz: demasiado golpeado, intenso. En ese momento pensé que, el que ella no me escuchara, estaba ayudando de alguna forma. No obstante, a ella le molestó mucho que yo lo dijera —me enteré después por Rafael— y la comunicación se enfrió un poco nuevamente.

El enterarme de que vendría por tres meses a Monterrey, después de haber estado fuera seis años, me puso nerviosa. Y creo que al resto de la familia también, pues todos accedimos gustosamente a su propuesta de que le consiguiéramos un departamento donde ella y Ritter pudieran vivir.

Durante esos tres meses, Ritter consiguió un trabajo para practicar su español, socializar y ocupar su tiempo, mientras que Gina se dedicó a lo suyo. Normalmente venían a la casa a comer, le dejaban su ropa a la

muchacha para que la lavara, y al día siguiente, cuando volvían, se la llevaban ya lista. Todo parecía ir bien, pero estaban sucediendo cosas que a mi me dolían mucho y que no encontraba la forma de exteriorizar.

Gina le pidió a Larissa que la acompañara a buscar vestidos de novia. ¡No me lo pidió a mí! Yo recuerdo que para tomar esa decisión yo fui con papá y mamá a comprarlo. Ellos fueron quienes me vieron probarme seis vestidos en la única tienda a la que fuimos y quienes apoyaron mi decisión de que me quedara con el primero.

Cuando finalmente Gina encontró el que le gustó, me dijeron que las acompañara a dar el primer pago y para que se lo viera puesto.

Entre el montón de amigas que tengo, el matrimonio de una hija es un tema que se discute cada vez que nos reunimos y hay boda en puerta. La felicidad de cada mamá, y hasta los nervios que tiene de que todo salga bien, lo comparte con nosotras. Para mí eso era lo normal.

Lo que no era normal, era que me preguntaran cómo iba todo, y tener que contestar: “No sé nada. Entre ella y Larissa lo decidieron todo”.

Y es que ellas, después de escuchar varias opciones, seleccionaron qué músicos tocarían en la boda; ellas escogieron juntas las invitaciones; les hice una cita con una florista que me recomendaron, pero se fueron solas a elegir los arreglos de mesa y del salón.

Eso sí, toda la familia junta fue a elegir el menú de la cena. Mi compadre Toffic, que es un gourmet excelente, nos organizó una degustación muy buena y creo que Ritter y Gina eligieron muy bien.

Conforme se acercaba la fecha de la boda, Gina se puso más tensa y yo solo veía cómo Ritter le tomaba la mano y se la acariciaba, cuando en la comida yo decía algo que se notaba que le había molestado.

De todo eso que estaba pasando, quien estaba más al tanto, incluso más que mis amigas, era Jack. Él, desde donde estaba, trataba de animarme lo más posible y hacía que, al menos por unas horas, me olvidara de tanto rechazo. Yo deseaba como nunca estar junto a él, pero tanto Rafael como yo decidimos que a esa boda iríamos sin nuestras parejas. Sería estrictamente familiar.

Unos días antes del gran día llegaron a alojarse con nosotros mi hijo Alex, su novia Katrine, la hermana menor de Ritter y Akiko, una amiga de Gina

originaria de Japón, junto con su papá. A él yo lo conocía bien, pues cuando su familia se regresó a Japón y él se quedó en Monterrey, cenó en nuestra casa una vez por semana.

El gusto de tener invitados me distrajo y alivió un poco mis nervios.

Dos días antes de la boda, Gina y Ritter vinieron a comer a la casa. La mesa se llenó: todos mis hijos, la novia de Alex, la hermana de Ritter, Akiko y su papá.

Gina nos dijo que al día siguiente no quería ver a nadie, que quería descansar y relajarse, así que ya no nos veríamos hasta el mero día.

Cuando la pareja de novios se disponía a retirarse, Ritter se encaminó a la lavandería a recoger su ropa. Entre tanto, Gina se despidió de todos sonriendo.

Recuerdo que iba caminando hacia atrás, donde estaba la escalera que conducía a la planta baja de la casa. Temiendo que pudiera caerse, me aproximé a ella sin decir nada y extendí mi brazo por detrás, sin tocarla, intentando detenerla en caso de que se acercara mucho al borde de la escalera.

Ella volteó y, al darse cuenta de lo que estaba haciendo, se puso a gritar que no necesitaba que la estuviera cuidando, o algo así. Fue tal mi vergüenza de que me gritara allí, frente a todos, que no recuerdo sus palabras precisas. Solamente el dolor. Ese dolor lo sentí como una puñalada al corazón o un golpe al estómago.

Como pude me disculpé y subí a mi habitación. No recuerdo haber llorado, tal vez lo hice. Había estado derramando lágrimas internamente desde que ella había llegado.

Llegó el día de la boda.

Larissa concertó la cita en el salón de belleza, tanto para el arreglo de la novia, como para el suyo, el de la hermana de Ritter, de la novia de Alex y, por supuesto, el mío.

Mis invitadas y yo llegamos primero, y al poco rato, Larissa y Gina. Larissa se acercó a darme un beso en la mejilla, pero Gina pasó de largo por atrás de mí y se fue a sentar, dos o tres sillas más a mi izquierda.

Mientras nos peinaban, pensaba que las estilistas jamás podrían imaginar que yo era la mamá de la novia, pues en ningún minuto Gina me dirigió la palabra, ni yo a ella. Era tal mi miedo al rechazo, que no hice el mínimo

intento de hablarle hasta que ya estaba por irme, que fui a decirle adiós antes de salir.

Después Larissa se fue con Gina, a la habitación del hotel que habían rentado, a ayudarla a vestirse. Traté de no pensar que ese momento tan íntimo de madre e hija, no lo estábamos viviendo ninguna de las dos, y que era su hermana menor quien estaba allí, ayudándola a darle los últimos toques a su atuendo, y abrazándola en mi lugar.

Más tarde Larissa volvió apresurada y empezó a llorar quejándose de que ya no tenía tiempo para arreglarse. Ahí me di cuenta de que el estrés que ella había vivido con todos los preparativos y las tensiones entre Gina y yo, estaban cobrando su precio.

Llegamos al salón del evento e inmediatamente nos pidió la fotógrafa, hija de unos compadres, que posáramos para las fotos de la familia. Gina y Ritter al centro, con sus papás a los costados y todos sus hermanos.

— ¡Tú al lado de Gina, tía! —me pidió la fotógrafa sin imaginar lo que había en esos momentos en los corazones, no solo de Gina y mío, sino en el de todos.

Cuando pasé mi brazo tras su cintura, discretamente, dio un paso al frente para que no la tocara. Eso, en la foto no se notó. Solo ella y yo lo sabemos.

Más tarde, cuando el juez los declaró marido y mujer, Rafael se acercó a abrazarla y cuando lo hice yo, en vez de abrazarme, echó los brazos hacia atrás. De eso sí hay fotografías que me lo recordaron.

El resto de la velada transcurrió sin incidentes. Traté de disfrutar al máximo pensando que esa noche tenía de nuevo a toda mi familia reunida como hacía muchos años no habíamos estado, que mis amigos más cercanos estaban ahí,

«Ya pasó, ya pasó —repetía en silencio—. Pronto regresará a Alemania y volveré a estar en paz».

LARISSA

(2015)

Cuando los novios se fueron a su luna de miel yo descansé. Me animaba mucho la idea de que en unas semanas me iría con Jack a San Miguel de Allende. Mis papás vivieron allá por tres años, justo después de que papá se jubiló, y desde entonces yo soñaba con retirarme ahí, cuando mis hijos dejaran el nido.

Ritter y Gina regresaron felices y relajados después de su luna de miel. Les quedaban ocho días más de trabajo y después se regresarían a Alemania.

Un día, al preguntarle a Gina cuándo nos traería la fotógrafa los CD's de las fotos, me contestó.

—Decidí que en vez de que nos diera un CD a ti, otro a papá y otro a mí, mejor me enviara la liga por internet y ya después, yo se las comparto.

—¿Y si queremos compartir alguna foto nosotros en *Facebook*? — pregunté.

—Primero me preguntas a mí qué foto quieres subir, y si yo estoy de acuerdo, la descargas en tu computadora y después la compartes.

Yo no entendí muy bien lo de descargar. Hacía poco tiempo que había cambiado mi computadora por el Ipad que mis hijos me habían regalado una Navidad, pero no pensé que hubiera problema.

El sábado por la noche recibí un correo de Gina con la liga de las fotografías. Ahí fue donde vi la foto donde ella no me abrazó cuando la felicité. Hasta dolía que hubiera un recuerdo del momento. Decidí que no subiría ninguna foto en la que saliera Gina, y que esperaría a ver cuáles eran las que ella publicaba, para compartirlas. Pero en ese momento, vi una foto en donde estaba yo con Akiko y su papá. «Para esta no tengo que pedir autorización, pues no sale ella», pensé.

Así que estuve por minutos buscando a dónde se le picaba para descargarla,

tal como Gina lo había pedido. Ya desesperada por no encontrar el modo y queriendo dormirme, le piqué a compartir. Noté que, en la parte de abajo, la foto tenía unas letritas azules, pero no le di importancia y me dormí.

Al día siguiente me arreglé para ir a misa y le mandé un mensaje a Gina felicitándola por su cumpleaños y preguntando qué tipo de pastel quería que comprara para la reunión de esa tarde en casa de sus abuelos.

Ya en misa, sentí que mi teléfono empezó a vibrar. Ni siquiera lo saqué de mi bolsa. Pensé esperar a la salida para ver quién era. Seguramente Pita.

Al subirme al carro vi que tenía una llamada perdida de Gina y un mensaje preguntando por qué le había dado a un familiar la liga de las fotografías de su boda.

Le contesté inmediatamente que a nadie le había dado la liga. Encendí el carro y me encaminé a la pastelería pensando que ni siquiera me había dicho qué pastel iba a querer. Tendría que elegirlo yo misma porque seguramente estaba muy molesta.

Cuando iba a mitad del camino timbró mi teléfono y al contestar me dice:

—¿Entonces, cómo es posible que esté compartiendo fotos de la boda? ¡Ella es la que tiene más contacto contigo!

—Te juro que no le mandé ninguna liga —contesté tratando de seguir enfocada en el camino— ni siquiera subí fotos tuyas, más que las que tú compartiste y una foto de Akiko con su papá y conmigo.

—¿Y la descargaste primero, como les pedí?

—Pues la verdad, nunca encontré el botoncito para descargar en mi Ipad, pero solo era una foto. Aunque... ahora que lo pienso, traía unas letritas abajo.

—¡Bórrala inmediatamente!

—Cuando llegue a la casa, voy manejando.

—¡Bórrala ya! Mientras no lo hagas, ¡cualquiera puede entrar a la liga y ver mis fotos!

—Okay, okay, la borro ya.

Gina colgó y yo me orillé como pude en la Avenida Alfonso Reyes, busqué la foto y la eliminé. Mientras lo hacía me entró un mensaje de Gina que decía: Sabía que no podía confiar en ti.

Encendí de nuevo la marcha y empecé a llorar, primero de tristeza recordando cada detalle, cada rechazo y luego de coraje. Me inundó una rabia tan inmensa que decidí no pasar a buscar ningún pastel y me dirigí a la casa.

Al entrar, con el primero que me topé fue con Daniel y, empecé a subir la escalera gritando como loca.

—¡Ya me tiene hasta la madre esta cabrona! ¡No hay manera de darle gusto! ¡Tengo tres meses aguantándola, pero hasta aquí! ¡Si quiere venir a comer a la casa, será a la hora de siempre y no a la hora que ellos pueden. Si quiere lavar su ropa, que la lave ella o que le dé una propina a la muchacha! ¡Ya estoy hasta la madre de ella!

Daniel se quedó petrificado en la escalera, solo me vio pasar, como un demonio de Tazmania, a su lado, y cuando llegué arriba vi que Larissa también estaba allí (no sé por qué no la noté al entrar).

Dando un portazo, me encerré en mi cuarto y empecé a llorar, ahora sí a gritos, lo que no había llorado hasta ese momento.

Más tarde entró Larissa y me dijo:

—Mamá, voy a casa de Gina. Vamos a ir al cine.

—¿Cómo que al cine, si tus abuelos están esperando que celebremos con ellos su cumpleaños?

—Parece que ya les llamó y les dijo que mañana se daba la vuelta con ellos, para que la felicitaran.

—Okay, hagan lo que se les dé la gana.

Esa tarde Daniel y yo visitamos a mis papás y yo les conté lo ocurrido para que entendieran por qué ninguna de sus nietas fue ese día.

Regresé a la casa aún enojada, busqué una botella de vino y me subí a mi cuarto a tratar de distraerme con mi Ipad.

Poco más tarde Larissa entró a mi cuarto a avisarme que ya había llegado del cine.

—¿Cómo les fue? —pregunté en tono seco.

—Bien, muy bien. Mañana va Gina con los abuelitos, no te preocupes por eso.

—Okay.

—Oye, mamá. ¿No has pensado ir a terapia? —me preguntó con voz suave.

Incorporándome en la cama como si me hubieran golpeado rugí como leona

—¿Y quién chingados te crees que eres tú para decirme que vaya a terapia?

—Mamá —me dijo con los ojos llenos de lágrimas— ¡Necesitas ir a terapia!

—¡Siempre que he creído necesitar terapia, he ido a terapia! ¿¡por qué me lo dices a mí!? En todo caso, que Gina vaya a terapia. ¡O las dos!

—Porque Gina ya se va, mamá. Y tú te quedas aquí. Y últimamente estás tomando más que de costumbre —dijo dirigiendo su mirada a la botella y la copa de vino que estaban en mi buró, junto con el cenicero repleto de cigarros —, la terapia te ayudaría. Aparte... te quería decir que me gustaría irme a vivir con papá.

Yo creo que esas palabras fueron las más dolorosas que he escuchado en mi vida. Definitivamente ese sí fue un golpe que no vi venir. Mi niña, con la que siempre creí que tenía tanta afinidad, me estaba diciendo que ya no quería vivir conmigo. No era solamente Rafael, ¡ahora ella también! Pero seguramente ella no entendía lo que yo había vivido esos meses, lo que había estado soportando día tras día.

—¡Tres meses bastaron para que Gina te volteara! — respondí furiosa y dolida— ¡no voy a permitir que dividas a la familia una vez más!

—¿¿ Qué pasa ?! —dijo Daniel abriendo la puerta de golpe, asustado por los gritos, que seguramente se escuchaban hasta su cuarto.

—Que Larissa dice que se quiere ir de la casa, para vivir con tu papá. Pero la que se va a ir de aquí, soy yo. Que se venga él con ustedes. Yo me voy. Esta familia no se va a dividir más.

Y, notando que ya no tenía más cigarros, tomé mi bolsa y salí de la recámara furiosa y dolida, dejándolos ahí, sin saber a dónde iba.

Cuando regresé, más tarde, traté de calmarme y le llamé a Rafael para contarle lo que había pasado:

—¿No me darías chanza de irme yo al departamento que te conseguimos, y te vienes tú aquí, a vivir con ellos? No quiero que se divida más la familia. Aparte, estoy segura de que tú los extrañas mucho y así, podrían vivir juntos de nuevo.

Con voz calmada me dijo:

—Cuenta con ello, pero creo que hay que darle tiempo a Larissa. Esperemos a que se vaya Gina y a lo mejor dentro de dos meses ya no piensa igual. De todas formas el departamento todavía no está listo, le están poniendo los closets y después sigue la cocina, yo no creo que esté listo sino hasta julio.

—¡Gracias, Rafael! Sí, a ver qué pasa cuando Gina se vaya. Pero, si no cambia de opinión, yo me voy para allá entonces.

—Sí, así le hacemos.

Colgué el teléfono y me quedé ahí, mirando a la nada. Con un dolor enorme en el corazón y con una rabia tremenda contra Gina.

¿Cómo llegamos a esto?, me preguntaba. ¿Cómo?

Al día siguiente, le llamé a Luisa y nos fuimos a cenar juntas.

—¿Y realmente no crees que Larissa cambie de opinión? —me preguntó muy seria.

—La vi muy decidida. Fíjate, qué colmo. Yo, que toda la vida he tenido miedo a estar sola, ahora realmente voy a estarlo.

—Te va a gustar —me dijo sonriendo tristemente, tratando de animarme—. Yo disfruto mucho mi soledad, mis espacios. Ahorita no lo valoras, pero después lo harás.

—Pero, no tendré a nadie a quién decirle buenos días, o que te vaya bien, o buenas noches, no puedo ni imaginar lo terrible que va a ser.

—Bueno, pues tienes tres meses para irte haciendo a la idea. A ti te encantan las mudanzas, si cada tres años te cambias de casa.

—Sí, pero últimamente mis mudanzas han sido cada vez con menos gente. Primero sin Alex y sin Gina, luego sin Rafael, y ahora sin Daniel y Larissa. Esta mudanza va a ser terrible.

Gina y Ritter ya no volvieron a la casa a comer —Ritter pasaba por un *TupperWare*, con lo que habíamos cocinado ese día—. Después me enteré de que Gina decía que no venía ya que yo había dicho que no la quería volver a ver en mi casa. No sé de dónde sacó esa idea, pensé que seguramente Larissa o Daniel le dieron su versión del asunto, aunque no recuerdan haberlo hecho. También sé que, estando enojado, uno dice cosas de las que después se arrepiente, y quizá ni se acuerda, pero yo honestamente recuerdo que solo dije lo que aquí cuento. Y lo hago, muy a mi pesar, porque este evento tuvo muchas repercusiones en mi vida.

A los pocos días, Gina y Ritter pasaron a la casa a despedirse —ella muy secamente— y se fueron. Y después, yo me fui a San Miguel con Jack, con el corazón destrozado.

—¿Ya le mandaste un mensaje a Larissa para preguntarle cómo le está yendo en el viaje con sus amigas? —me preguntó Jack una mañana.

—No. La verdad, no puedo. Estoy muy dolida. No quiero saber de nada ni de nadie —le respondí mientras contemplábamos la Parroquia de San Miguel Arcángel, sentados en una banca del jardín.

—Pues mándale un *Whatsapp* ahora mismo —me dijo mirándome fijamente y señalando a mi teléfono— dile que la quieres mucho y que ojalá que esté disfrutando su viaje.

—Es que no me sale, Jack, nada más no me sale. Estoy muy dolida —le dije con lágrimas en los ojos.

—Ya sé que estás dolida, pero también piensa en ella. Si recibe ahorita un mensaje tuyo, se va a sentir mejor. Esto es difícil para las dos. Confía en mí, te vas a sentir mejor una vez que lo hayas hecho —me dijo, volviendo a señalar mi teléfono.

Así que le hice caso y le mandé ese mensaje a Larissa. No sé si a ella le ayudó en algo. Pero Jack tenía razón, me ayudó a mí.

La verdad, siempre he sido bendecida por Dios, por los hombres tan buenos que ha mandado a mi vida. Independientemente de si las cosas funcionaran entre nosotros o no, eso no les quita la bondad que hay en su corazón.

Llegó julio, y con él, mi mudanza. Para entonces, poco a poco mi dolor había ido aminorando y yo ya había asimilado la idea de que venía otro gran cambio en mi vida. Traté de animarme y ver las cosas positivamente, que me iba a gustar cambiarme. Ya no tendría que batallar con los 38 escalones que subía en esa casa para poder llegar a mi habitación, y que habían destrozado mis rodillas. Ahora estaría todo en un solo piso. ¡Hacía casi 30 años que no vivía así! Y había vivido en muchas casas y varios departamentos.

Desde que tengo uso de razón, el cambiarme de casa es una constante en mi vida. Tal vez en alguna otra fui gitana. Pero el caso es que en promedio me mudo cada tres años, en la que he vivido por más tiempo, fue por seis. Rafael normalmente me seguía en mis locuras, pero en esa ocasión me dijo:

—Este departamento lo voy a poner a nombre de nuestros hijos, pero con el usufructo para ti. Puedes hacer con él lo que gustes, recibir a quien quieras, decorarlo a tu gusto, incluso rentarlo en caso de que en tres años te quieras ir de aquí porque ya te cansaste y quieras probar un lugar diferente. Pero no podrás venderlo nunca, ¿queda claro?

Al día siguiente de la mudanza, me fui a pasar quince días con Jack, a quien

no veía desde abril. Cuando volví, Daniel y Larissa me fueron a visitar para ver cómo había quedado el departamento.

El dolor y resentimiento habían desaparecido ya por completo. No creo que una madre pueda guardar eso por mucho tiempo en su corazón, por más dolor que le hayan causado.

Ese día, yo suponía que estarían una hora, que es lo que pasaban con Rafael cuando lo iban a visitar, pero se quedaron varias, y platicamos súper padre, como en mucho tiempo no lo habíamos hecho, pues antes, la convivencia diaria se limitaba a unos cuantos minutos de plática intrascendente, durante las comidas. Decidimos entonces que yo empezaría a ir a comer todos los martes a su casa, como Momy, mi hermana, y Nora, mi cuñada, llevaban haciendo hacía tiempo.

Un par de meses después, Larissa me mandó un mensaje preguntando si estaría en casa para pasar a visitarme un rato.

Ya tenía un vinito y algo para picar para cuando llegó, y nos salimos al balcón a disfrutar de la caída de la tarde mientras platicábamos.

Después de ponernos al tanto de cómo iba cada una en su vida, me dijo:

—Mamá, creo que tú tienes la impresión de que Gina tuvo que ver en mi decisión de quererme ir a vivir con papá y no es así.

—Ah, ¿no? —repliqué sorprendida—, pero si todo iba bien hasta que ella llegó.

—No, mamá. Después del divorcio, papá inmediatamente hizo su vida. Pero tú no. Con todo y que vayas de vez en cuando a visitar a Jack. Tanto para Daniel como para mí era mucha presión el salir con amigos o decidir de repente que queríamos comer fuera, porque sabíamos que tú estabas sola en la casa, esperándonos. Tu vida seguía girando alrededor de nosotros y no estabas haciendo la tuya. Tarde o temprano Daniel o yo nos vamos a ir de la casa, como hicieron Alex y Gina, y no queríamos que esperaras hasta ese momento, para empezar a hacer cosas que siempre has querido hacer. O incluso, las que jamás han cruzado por tu mente hacer.

Al despedirse Larissa esa noche, me quedé pensando que, de alguna forma, mis hijos me habían empujado de la rama del árbol para que aprendiera a volar sola. Y precisamente cuando todavía tenía salud y ganas como para intentar cosas nuevas. Y aunque en su momento fue uno de los mayores

dolores de mi vida, ahora entiendo y, les agradezco de corazón, que lo hayan hecho.

Si no hubiera sido así, jamás habría podido continuar en ese camino de autoconocimiento que ya había iniciado y que me iba a llevar todavía más lejos.

Y EMPECÉ A VOLAR

(2016)

Recibí el 2016 con Jack, viendo los fuegos artificiales de la ciudad desde la ventana de mi recámara.

Fue una noche melancólica hasta cierto punto, pues yo ya sabía muy dentro de mí —y lo habíamos discutido una y otra vez— que nuestra relación no podía durar mucho tiempo más.

Y así fue. En abril de ese año regresó a visitarme, y en esa ocasión nos despedimos sabiendo que, a pesar de lo felices que nos hacíamos el uno al otro, esa sería la última vez que estaríamos juntos.

Viéndolo en retrospectiva, creo que Dios, o la vida, va cruzando nuestros caminos con los de las personas que de alguna u otra manera nos ayudan en nuestro proceso de evolución, y Jack vino a mi vida en un momento crucial. Cuando lo conocí, mi autoestima estaba por los suelos, y no es que se hubiera derrumbado durante el matrimonio, sino que en realidad nunca fue muy alta. No me consideraba tonta, aunque tampoco una lumbrera. Si no saqué excelentes calificaciones, fue porque no estudié lo suficiente y no porque no fuera capaz. Pero desde niña tuve el complejo de prieta y fea, y desde la adolescencia, de gorda.

Y todo eso, Jack lo borró de un brochazo.

Por primera vez en mi vida me sentía, ya no solo inteligente, sino también atractiva, emocionalmente fuerte, y con ganas de comerme al mundo.

La situación con Gina no había mejorado con el tiempo. Al cumplir un año de casada, le llamé por teléfono para felicitarla y contestó muy cortante diciendo que ya se iban a dormir. Había llamado a medio día, pensando que allá serían las ocho de la noche y no sería inoportuna, pero al parecer no fue así; decidí entonces que ya no me expondría de nuevo a un rechazo más.

Siendo algo tan doloroso, traté de olvidar y enfocarme en lo bueno que la

vida me estaba dando y no pensar más en ello.

—Me volví a inscribir a un sitio en internet para conocer gente —le dije una mañana a Layla mientras caminábamos.

—Ay, mujer ¿pero es que no te cansas?

—¡Para nada! Me entretengo mucho los fines de semana cuando me la paso encerrada en el departamento porque todas mis amigas casadas andan con los maridos —le dije—. Quiero encontrar a alguien que sea tan bueno en todos los aspectos como Jack, pero que no tenga una vida familiar tan complicada. Sería ideal alguien que tuviera hijos ya mayores, de la edad de los míos.

—Pues sí, la verdad los de Jack todavía estaban chicos y eran medio tremendos —me dijo revisando su teléfono para ver si no tenía mensajes de su trabajo, al que eventualmente se había reincorporado.

—Últimamente he estado platicando con un gringo muy guapo, exmaestro de literatura que vive en Taiwán. Pasamos horas discutiendo mil y un temas interesantes. Me ha recomendado libros muy buenos de redacción y me ha dado varios tips para escribir. Nos reímos mucho y dice que si elijo ciertas anécdotas de mi vida, podría hacer un *script* cómico.

—¿Como los de la India Yuridia? —me preguntó soltando la carcajada.

—¡No'mbre, gacha! Aunque pensándolo bien, no estaría mal, esa mujer cobra súper bien por cada show.

—¿Y te piensas ir a Taiwan?

—Ay, ¡no! No se me antoja nadita. Todavía si fuera a Europa, estaría cerca de dos de mis hijos. Pero tal vez, si ya está exiliado, no le importaría venirse a México y nos iríamos a vivir a San Miguel de Allende. ¡Me encanta ese lugar!

—Pues a mí me da gusto que hayas terminado con Jack. Era muy lindo y me caía muy bien, pero creo que este tipo de personas más cultas que estás conociendo ahora, son mucho más interesantes.

—Bueno, definitivamente con este estoy aprendiendo muchas cosas, y eso me gusta.

Otra persona que se alegró mucho, cuando se enteró de que había terminado con Jack, fue el padre Nicodemo.

—¡Qué bien! ¡Ya podrás comulgar de nuevo! —me dijo emocionado—. Ya

verás que si lo que quiere Dios para ti, es que encuentres a alguien, ya lo pondrá en tu camino. Pero por lo pronto, puedes volver a comulgar.

—Mmmm, la situación es esta, padre. No me puedo sentar a esperar. ¡Esto de el sexo me encanta! Lo disfrutaba mucho con Jack, ¡no puedo creer que haya pasado casi toda mi vida sin saber lo maravilloso que es! Y si seguí con él por más de un año, a sabiendas de que no era el hombre para mí, es ¡porque me encanta!

—Bueno, Mara, lo entiendo. Como te dije aquella vez que me lo contaste, es lógico que te sientas así porque apenas estás descubriendo tu sexualidad. Y, si recuerdas — agregó—, también te dije que no te apresuraras a casarte o irte con él, porque tarde o temprano te darías cuenta de que el sexo es muy importante, pero no lo es todo.

—¡Le hice caso, padre! Y tenía razón en que no es todo, porque si así fuera, me habría quedado con él. ¡Pero voy a cumplir 59 años! Ya no me queda mucho tiempo. Tengo muchas amigas que ya no quieren ni oír hablar de sexo, y yo apenas voy empezando en esto. Me urge encontrar al hombre de mi vida, alguien con quien vivir hasta que me muera. ¡Pero me tengo que apurar! —le dije atropelladamente—. No puedo, ni quiero, esperar sentada a que Dios me lo ponga enfrente. Así que fíjese que me metí a un sitio en línea para conocer gente. Y si llego a encontrar a alguien, pues voy a tener que tener relaciones sexuales con él, para ver si nos complementamos. Y así, ¿pues cómo quiere que comulgue, si no tengo propósito de enmienda?

El pobre padre, lo que ha tenido que escuchar de mí. Así que, suspirando, finalmente me dijo:

—Ay, Mara, sabes que soy tu amigo, y que te quiero mucho, y voy a estar pidiendo mucho a Dios por ti. Y tú, pide por mí.

Mi vida continuó con ese sentido de urgencia interno que le había manifestado al padre, pero externamente siguió con toda normalidad.

Pita y yo seguíamos trabajando en Bienes Raíces y ese año cerramos varias operaciones que me dejaron suficiente dinero.

Más tarde me desilusioné del tal Tom, que resultó ser un misógino, y continué en mi búsqueda, y conocí a varios más, pero ninguno era lo que buscaba.

Un día conocí a Stéfano, un italiano guapísimo que vivía a minutos de Venecia. Y casualmente coincidió con la noticia de que Rafael nos pagaría un

viaje a Europa a Daniel, Larissa y a mí.

—A ver si ahora que vaya a Venecia tengo chanza de conocer a Stéfano — comenté un domingo en el desayuno familiar—. Tiene dos años de haberse jubilado. Toda la vida trabajó controlando las inversiones de compañías grandes como Benneton, pues resulta que los dueños son originarios de la zona.

—¿Y a poco te irías a vivir a Italia? —preguntó mamá con angustia en la mirada.

—¡Claro, mamá! Pero vendría seguido y tú me podrías ir a visitar, ¿a poco no te gustaría volver a Italia?

—¿Y traes foto de este? —me preguntó Mony— porque el de Taiwan estaba muy guapo.

—Sí, aquí la debo de traer —le dije buscando en mi celular— si aquel te parecía guapo, ¡Stéfano te va a encantar!

—¡A ver, a ver! yo la quiero ver también —dijo mamá aprovechando que ya hacía rato que papá se había ido a su recámara a descansar.

—Aquí está —se las mostré orgullosa.

—Ay, no, Mara —dijo mamá viendo alternativamente la foto y luego a mí—, este está muy guapo para ti.

Mony volteó a verla con incredulidad y luego me dijo riendo:

—Pa' que veas, hermana, ¡de dónde nos vienen los complejos! —y luego casi arrebatándole a mamá el celular de las manos, vio la foto de Stéfano y me dijo—: ¡Ah bárbara! Este es el más guapo de todos los que me has enseñado hasta ahora.

—Pues a ver si resulta de verdad —le contesté— porque luego sucede que ya en la plática dicen: esa foto es de hace cuatro años. Pero ya te contaré si lo llego a conocer. Por lo pronto Daniel y Larissa ya están enterados de que a lo mejor una tarde me la paso turisteando con Stéfano.

—Ay, júralo que te lo van a agradecer —me dijo Mony— a los chavos de esa edad no les gusta andar enchicladados con su mamá todo el tiempo.

—Ya sé, ya sé —le dije sonriendo —por eso no me siento culpable.

VIAJES Y TRABAJO

(2016)

Salimos de Monterrey a finales de mayo. Siempre recordaré esas cinco semanas con Daniel y Larissa como uno de los viajes más bellos. La comunicación entre nosotros mejoró a partir de ese viaje.

Al tercer día, yendo solos en el vagón del tren que nos llevaba a Florencia, yo llevaba mi cara, pues algo que había sucedido antes de abordar, me había molestado.

Entonces vino Daniel y se sentó frente a mí y me dijo: di lo que te molesta, se nota que estás molesta. Si no lo sabemos, ¿cómo podemos hacer algo al respecto?

Hablamos cruda y honestamente de nuestros sentimientos, nos hicimos conscientes de patrones de relación que habíamos tenido y con los que ya no queríamos continuar.

Me llenó de orgullo ver cómo habían madurado y se habían hecho tan fuertes, emocionalmente hablando. Y que sintieran plena confianza de decirme las cosas en la cara, sin temor a mis reacciones.

Creo que el discutir calmadamente cada situación en el momento que se presenta, es mejor que ir acumulando rencores o agravios. Eso me lo enseñó Daniel.

Aparte, la convivencia constante fue enriquecedora y eso también nos unió de una manera hermosa.

En Venecia, había acordado con Stéfano en que nos veríamos a las 5:00 junto al muelle, cerca de la Piazza San Marcos. Y apenas la hice, porque nuestro *host* de Aribnb se retrasó en venir a abrirnos el departamento que habíamos rentado.

Con todo y eso, llegué antes que él, así que me fui a caminar un poco por los alrededores.

Era un día caluroso. El olor de la sal de mar, el murmullo de las olas al golpear contra los muelles y el ruido de los turistas que inundaban la explanada frente a la Piazza...todo eso me distrajo y para cuando dirigí la vista de nuevo hacia el lugar donde habíamos quedado en vernos, ya lo vi allí, levanté una mano y le hice señas.

Sonriendo, caminó hacia mí, y al tenerlo frente a frente, extendí mi mano y pregunté:

—¿Stéfano?

—Ciao, Mara, ¿cómo estás? —me dijo mientras yo lo examinaba de arriba a abajo. Definitivamente la foto que estaba en el sitio era de varios años antes. Era muy alto, y esbelto. Con el cabello totalmente blanco, la mandíbula cuadrada, nariz recta y los ojos más celestes que jamás había visto,— ¿tuviste problemas para encontrar el lugar?

—Más o menos —le respondí sonriendo— si no fuera por el GPS, habría tardado un poco más en llegar desde nuestro departamento hasta aquí.

—¿Te parece que caminemos? —preguntó—. ¿Recuerdas que te dije que me había unido a un grupo de jubilados, y que los martes hacemos recorridos por lugares de interés cultural e histórico, que ni yo mismo sabía que existían, aunque haya vivido aquí toda mi vida?

—Sí, ¿por qué? ¿Me vas a dar un tour? —le pregunté sonriendo.

—Pues ¡claro que sí! Te darás el lujo de tener un guía nativo que te llevará a lugares que ningún turista conoce. ¡Estás de suerte!

—¡Qué bien! —respondí emocionada— y ¿a dónde vamos a ir ahorita?

—Te voy a llevar a la Universidad más antigua de Venecia, en donde el mismo Galileo fue maestro.

Así pasamos nuestra primera tarde, recorriendo lugares hermosos y sin tanta aglomeración.

A las nueve de la noche nos encontramos con Daniel y Larissa en el área, al aire libre, de uno de los restaurantes de la explanada San Marcos. Bebimos una copa de vino juntos y se despidió, no sin antes decidir que al día siguiente nos encontraríamos después de la hora de comida para continuar paseando. Esta vez, Larissa y Daniel nos acompañarían la primera hora de nuestro recorrido.

—Se ve muy buena persona, mamá —me dijo Daniel mientras lo veíamos alejarse.

—Y está muy guapo —agregó Larissa.

—Ay, sí. Pero no saben la troteada que me ha metido. Este hombre parece que nunca se cansa —respondí con desmayo—. Me contó que le encanta viajar y que, cuando lo hace, jamás usa el transporte público cuando conoce la ciudad. Dice que le gusta caminarla, pues según él es la mejor manera de conocerla.

—Pues entonces, mañana con tenis, mamá, para que aguantes —me dijo Larissa sonriendo.

Al día siguiente caminamos en total diecisiete kilómetros, ¡terminé exhausta! Pero la pasé muy bien con él. Y creo que él también conmigo, pues me dijo que nos viéramos al día siguiente, el último que pasaríamos en la ciudad.

En el transcurso de nuestros recorridos me contó más acerca de su vida, que había dedicado casi en su totalidad al trabajo; de la influencia excesiva que su suegra había tenido en su matrimonio y por si fuer poco, de la dependencia total que su exmujer tenía hacia su mamá. También me contó cómo fue que todo eso eventualmente llevó al rompimiento de su matrimonio. Habló de los años que llevaba su caso en la corte sin que se pudiera definir lo de su divorcio, del dinero invertido en el proceso y lo enojado que estaba por todo el asunto.

Cuando al final nos despedimos, acordamos que ya que a los dos nos gustaba tanto viajar, tal vez algún día podríamos hacerlo juntos y compartir los gastos. Durante todo el tiempo fue siempre muy respetuoso y amigable. La mayor cercanía que tuvimos fue caminar abrazados o tomados de la mano, pero ni un beso me dio. Y eso me gustó. En conclusión, Stéfano me cayó bien, en mi opinión era un posible candidato. Habría que ver qué decía el tiempo.

Continuamos nuestro recorrido por Italia y visitamos Cinque Terre, un lugar del que me había enterado muy recientemente y que en mi opinión es de las joyas menos publicitadas en Italia... en comparación con Florencia, Venecia y Roma.

Una tarde, al regreso de nuestras excursiones, Larissa recibió un mensaje de Gina diciendo que quería platicar con ellos por *Skype*.

Al poco rato, escuché risas y gritos provenientes de su recámara, así que pregunté desde la mía:

—¿Qué pasa?

—¡Gina va a tener un bebé, mamá! —contestó Larissa emocionada y feliz, mientras escuchaba que Daniel la seguía felicitando y haciéndole preguntas.

—¡Qué padre! ¡Felicítenla de mi parte! —respondí feliz.

Sabía que si yo iba a la recámara a felicitarla en persona, ella cortaría la comunicación, así que me quedé ahí.

Mi corazón estaba lleno de alegría de saber que iba a ser abuela por primera vez y a la vez estaba hecho pedazos al pensar que me había enterado por las risas de mis hijos en la otra habitación y no porque Gina me hubiera llamado para darme la noticia.

Más tarde, hablando con Daniel y Larissa, me contaron que la fecha probable del parto era el 12 de diciembre. Así que le dije a Larissa:

—Gina va a necesitar a alguien de la familia con ella, allá. Por favor, ve tú a acompañarla y ayudarla. Para esa época tú vas a estar de vacaciones.

Ni siquiera consideré la posibilidad de llamarle y preguntarle si podía ir a acompañarla. Sabía su respuesta y ya no podía soportar más rechazos de su parte. Tal vez fue un error. Uno más en la cadena de errores que como madre he cometido en mi vida y de los que poco a poco me he ido haciendo consciente.

Al volver a Monterrey, después de haber descubierto las maravillas de Airbnb, decidí empezar a rentar mi departamento por algunos días o a lo mucho una semana, tiempo durante el cual me iba a quedar con mis papás. Eso me sirvió para tener un ingreso extra que, junto con lo que ganaba en Bienes Raíces trabajando con mi comadre Pita, hizo que empezara a pensar en la posibilidad de acompañar a Larissa ese invierno a Europa.

La idea era estar en un lugar cercano, para que si en el último momento Gina aceptaba que fuera para allá, no me costara tanto desplazarme intempestivamente.

Por recomendación de Daniel, volví a terapia y mi psicóloga me decía que al convertirse Gina en madre, muy probablemente cambiaría su actitud hacia mí. Y si no era en el momento de dar a luz, tal vez pocos meses después lo haría.

Con esa esperanza planeé mi viaje.

Un par de meses después, a finales de octubre, recibí la propuesta de una compañía extranjera para rentar mi departamento por cuatro meses, para dos de sus empleados.

—Me pagarían muy bien —comenté ese día en la comida que regularmente tenía con mis hijos (aprovechando que Rafael se iba a jugar golf), con Mony, mi hermana, y Nora, mi ex cuñada— pero ¿y luego, dónde me meto yo? Porque está bien ir por un fin de semana con mis papás, o incluso la semana completa, pero cuatro meses ¡es mucho tiempo!

—¿De qué fecha a qué fecha te lo quieren rentar? —me preguntó Nora.

—Del primero de diciembre al último de marzo —respondí mientras me servía un poco más de arroz, que le quedaba delicioso a la cocinera de Rafael.

—En realidad solo te tienes que preocupar por tres meses —me dijo Nora— porque ya ahorraste lo suficiente para irte con Larissa el mes de Diciembre a Europa. Solo quedan tres volando, y da la casualidad de que enero y febrero yo me voy a ir con una amiga a Puerto Vallarta.

—Ay, qué padre —dijo mi hermana— pero, dos meses en temporada alta, debe ser caro.

—Por eso voy con una amiga, porque compartiremos los gastos —respondió Nora—. Pero el caso, Mara, es que si quieres, puedes irte a quedar a mi departamento esos dos meses. Y con el dinero que vas a recibir, nos podríamos ir en Marzo a Italia juntas, ¿qué te parece?

—¡Ah, bárbara!, pues demasiado bueno para ser verdad —respondí feliz— y quizá, si Gina no accede a que vaya en diciembre, tal vez en marzo ya esté más dispuesta y ¡hasta podríamos ir juntas!

Habiendo tomado ya la decisión de rentar mi departamento a esa compañía, empecé a organizar el tiempo que pasaría en diciembre allá.

Un mes era demasiado, así que me organicé con mi hijo Alex para pasar Navidad con él, mientras que el fin de año lo pasaría con Dina, mi amiga de la carrera que se había casado e ido a vivir a Italia, y le mandé un mensaje a Stéfano preguntando si le interesaría que viajáramos juntos una semana.

Acordamos que nos veríamos en Francia para conocer Rouan, Caen, la abadía de Saint Michel y Saint Malo.

Dejé la última semana libre, por si Gina aceptaba que los visitara, y en caso de que no fuera así, después de fin de año me iría a Sicilia sola, a pasar allí la primera semana del 2017.

EXPLOSIÓN DE SENTIMIENTOS

(2016-2017)

Larissa y yo volamos juntas a París, pasamos un día ahí, y al siguiente ella se fue a Alemania con Gina y yo a un pueblito cercano, en donde había quedado en verme con Stéfano, para irnos desde ahí, por carretera, a nuestro tour.

Yo me había encargado de separar alojamientos que tuvieran un sofá-cama, pero la primera noche, después de arreglarlo con sus sábanas y almohada, yo me fui a la recámara y a los pocos minutos entró Stéfano. Me imagino que no le gustó eso de dormir solo o decidió que, si iba a hacerlo, la del sofá-cama tendría que ser yo.

La pasamos bien, pero me di cuenta de que ni por asomo fue algo parecido a lo que viví con Jack, pues en este caso había atracción, incluso simpatía, pero solo eso. Y el sexo, así, definitivamente no es lo mismo. Por otra parte, Stéfano aún seguía muy atorado en su pasado y rumiando sus desventuras, a diferencia mía, que ya estaba lista para seguir adelante. Y de alguna manera, con una actitud como la que Stéfano tenía en esos momentos, se cerraba a cualquier posibilidad de algo nuevo en su vida.

La mañana del 14 de diciembre, al abrir los ojos, chequé mi celular y tenía un mensaje de Larissa: ¡Ya nació! ¡Fue niña!

Al leerlo, grité de alegría y asusté al pobre Stéfano que se incorporó en la cama.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —preguntó tratando de encontrar el botón donde se encendía la luz de la lamparita que estaba en el buró.

—Ay, perdón, Stéfano, no pude evitar gritar, ¡es que ya nació mi nieta! ¡me mandó Larissa un mensaje en la madrugada!

—¡Muchas felicidades! ¿Fue niña? ¡Qué bien! —me dijo sonriendo y poniéndose de pie—. ¿Preparo café para ti también?

—Sí, por favor —le dije, sintiéndome invadida súbitamente por una profunda tristeza.

Qué manera de recibir la noticia del nacimiento de mi primer nieta. No al lado de Rafael o de la misma Gina, sino en la cama, con alguien ajeno a mi vida, pensé.

Algunas de mis amigas a veces me decían la suerte que tenía de poder viajar, tanto como lo estaba haciendo, pero yo creía que ellas eran mucho más afortunadas, por poder estar con sus familias en momentos como este. Definitivamente nuestros caminos siempre son diferentes y cada una de nosotras tiene su ración de tristezas y alegrías. Dependía de nosotros qué hacer con ellas. No quedaba más que agradecer por lo que tenía. Así que decidí hacer a un lado esos pensamientos de tristeza y enfocarme en mi alegría.

Esa mañana nos fuimos a visitar la abadía de Saint Michel y fue un recorrido de sueño. Definitivamente ese lugar es mágico. Cuando finalmente, después de cientos de escalones, llegamos a la parte más alta de la abadía, escuchamos unos cantos como de ángeles, y al buscar su procedencia, dimos con una pequeña capilla a la que llegamos bajando una escalera de caracol. El lugar al que entramos estaba lleno de monjes, monjas (que formaban el coro) y algunos turistas, casi no había un lugar libre para sentarse. Entonces, me di cuenta de que habíamos llegado en el momento justo de la consagración.

A partir de entonces no pude dejar de llorar. Fue demasiada la mezcla de emociones que me inundó en ese momento:

Estar en un lugar tan bello, en el momento justo de la eucaristía, pero no poder comulgar.

Estar lejos de los míos. Definitivamente, lo que más me dolió del divorcio fue la pérdida de mi familia tal y como fue por treinta y dos años. Porque a Rafael lo fui perdiendo poco a poco, y esa pérdida la lloré mucho, durante todo ese tiempo; pero ahora, estaba realmente sola.

Y finalmente, saber que tenía una nietecita a la que no sabía cuándo podría abrazar, porque no tenía idea de cómo arreglar mi relación con Gina, si alguna vez llegaba a hacerlo; porque ahora ella pensaba que yo quería ir allá solo por su hija y no por ella.

—Ay, comadre —me dijo Pita cuando logré hablar con ella más tarde y le

hablé de mis sentimientos— me imagino cómo te has de sentir. Pero vas a ver que, con seguridad, Gina se va a suavizar contigo ahora que tiene a su niña.

—Pues por lo pronto no va a ser en este viaje, comadre. Ya me dijo Larissa que Gina no quiere ni hablar del asunto de que yo vaya a visitarlas en enero. Así que, muy seguramente me iré a Palermo.

—¿Y en serio te vas a ir sola?

—Sí. Si este viaje con Stéfano hubiese sido más romántico, lo habría invitado. Pero no. Ya me di cuenta de que congeniar con alguien no es así como que enchíleme otra. Y una cosa es que sea amable, educado y respetuoso. Y otra cosa es que haya algo más, química o no sé qué.

—¿Y ya se te quitó el miedo a viajar sola? —me preguntó.

—Pues no, pero me lo trago. Ya bastante logro fue conseguir con quién pasar tres, de las cuatro semanas de este viaje. Así que voy a probar, imagínate que me llegue a gustar. Ahora sí que no me verías ni el polvo, Pita, porque no tendría que depender de nadie para hacer mis planes de viaje.

Unos días después me despedí de Stéfano y me subí feliz al avión que me llevaría a pasar la Navidad con mi hijo y la familia de su novia.

Alex me fue a recoger al aeropuerto y me dijo que Katrine nos esperaba en casa de unos amigos, pues tenían su cena de navidad.

—Y ¿adivina qué, mamá? — me dijo mientras conducía en la oscuridad—. Le propuse matrimonio hace unos días y ahorita que llegemos le vamos a dar la noticia a nuestros amigos. Qué bueno que vas a estar tú con nosotros.

—¿En serio, Alex? ¡Qué bien! Ya era hora, después de vivir siete años juntos.

—Ay, mamá, acá las cosas son diferentes. Unos tíos suyos se casaron ya cuando tenían a los hijos grandes.

—Bueno, al menos ustedes los tendrán ya estando casados —repliqué sonriendo— ¡qué excelente noticia y regalo de Navidad!

—Así que vete preparando, mamá —me guiñó un ojo— porque en el 2017 volverás a Dinamarca. Seguirás con los viajes.

—Es cierto ¿verdad? Estoy viajando lo que jamás en mi vida viajé. ¡Y me encanta!

Pasé la Navidad feliz, conociendo las tradiciones navideñas Danesas, y acogida con mucho cariño por la familia de Katrine.

Después me fui a pasar el fin de año con mi amiga Dina y su familia, y finalmente llegué a Palermo una tarde fría de enero.

Mi departamento estaba al final de una escalera de caracol eterna y tenía una pequeña terraza desde donde podía ver la ciudad en las ocasiones en que salía a fumar, muy abrigada.

El cuarto día recibí un mensaje de Mony:

—Hermanita, papá se cayó en el baño y en lo que lograron levantarlo, se enfrió y hoy se lo llevaron al hospital porque parece que tiene neumonía.

—¡Ay, Dios! ¿y qué dicen los doctores?—pregunté.

—Pues parece que está respondiendo bien al tratamiento. Pero mira, tú disfruta y ya te mantendré yo informada de cualquier novedad.

—¡Sí, por favor!

Y eso traté de hacer. Conocí la ciudad, descubrí varios lugares muy agradables dónde comer, hice un par de amigas italianas en una excursión que hice a un pueblo cercano y concluí que se sentía muy bien el estar sola. Tenía todo el tiempo del mundo para pensar. Y eso fue un gran logro, pues viajando con gente o incluso en casa, siempre hay cosas que te distraen y sacan de concentración.

—¿Cómo sigue papá, Mony?

—Mucho mejor, Fabrizio le hace compañía todo el tiempo que puede, pues ya ves que vino a pasar la Navidad — me respondió.

—¿Y Daniel? —pregunté— son los únicos dos nietos que están allá por ahora.

—Daniel también se da sus vueltas, pero ya no por mucho tiempo, pues al parecer ya nos lo van a dar de alta el día diez.

—¡Ay, gracias a Dios! ¿El diez? ¡Ese día volvemos Larissa y yo!

—Sí, es lo que estábamos platicando ayer. Va a coincidir con el día de tu llegada.

—¡Qué bien! Y lo mejor —agregué— es que me puedo quedar unos días con ellos hasta que esté súper bien. A la casa de Nora me iré ya que vea que no hace falta que esté yo allí.

—Ay, sí, hermanita ¡qué bueno que ya regresas!

Al bajarme del avión me encontré con la noticia de que, ya estando papá en la silla de ruedas para ir al estacionamiento del hospital, se sintió mal, tuvo

una recaída y no lo dejaron salir.

Aún tenía fresca en la memoria la última conversación que tuve con él antes de partir, un mes antes. Me había llamado aparte, a su recámara y me había dicho:

—Hija, no es posible que vayas a ir a Europa y no consideres siquiera visitar a Gina y conocer a tu nieta.

—Esos son sus deseos, papá. Si llega a cambiar de opinión, estaré cerca para ir inmediatamente a verla —le contesté— pero por más que me duela el corazón, no me voy a presentar en su casa si ella no me quiere ahí. Lo que necesita esos días es paz y mucho amor, que se lo va a dar Larissa por todos nosotros. No necesita nada que la haga entrar en una tensión o situación de estrés innecesarios. De alguna manera tú sabes bien, que aquí estamos repitiendo un ciclo que viene de generaciones atrás y te prometo que haré todo lo que esté en mis manos para romperlo.

Papá inclinó la cabeza pensativo, y me dijo:

—Tienes razón, hija, que te vaya muy bien.

Los días que lo acompañé en el hospital, él ya tenía dificultades para hablar, pues traía una mascarilla de oxígeno que ocasionalmente se quitaba cuando quería decir algo, hasta que su situación se complicó.

Fueron los seis días más duros de mi vida, por la impotencia de verlo sufrir sin poder hacer mucho por él, por ir viendo cómo sus fuerzas y su vida se le iban escapando poco a poco.

Me concretaba a tomarle la mano y a decirle al oído: te quiero, papá, ya verás que pronto te vas a poner bien.

Finalmente, el 16 de enero descansó.

LA BUENA FORTUNA ME SONRÍE

(2017)

Pasando el funeral de papá me quedé unos cuantos días más en casa con mamá y mi hermano, que había vivido toda su vida con ellos, y luego me fui al departamento que Nora tenía en las afueras de la ciudad.

Esos dos meses fueron de mucha paz y tranquilidad, pero también de muchas vueltas para ver doctores con mamá, ya que su salud se había deteriorado mucho en los últimos años. Atender y cuidar a papá, con todo y que contaba con ayuda en casa, había hecho que se descuidara mucho; todos nos enfocamos en tratar de que ganara un poco de peso y que siguiera adelante con su vida, algo muy difícil, especialmente después de casi 63 años de casada.

Cuando mamá se enteró que pensaba seguir adelante con el plan que tenía con Nora de irme a Italia en marzo, no le gustó nada.

—¿Te vas otra vez? ¡A ver si me encuentras viva cuando regreses!

—Mamá, los doctores nos han dicho que estás bien, que solamente necesitas alimentarte mejor. Quiero ver si, ya que pasaron unos meses, Gina acepta que vaya a visitarla con Nora. A lo mejor hay manera de arreglar las cosas con ella y hasta podría conocer a mi nieta. Aparte, oportunidades como esta no se presentan todos los días y la quiero aprovechar ahora que tengo tiempo, salud y dinero. Estoy en una edad en la que pronto me va a faltar una de esas tres, y entonces sí que no me voy a poder mover.

—Pues ya ves que por tantito y no alcanzas a tu papá — me dijo buscando el control remoto de la televisión—. Yo me puedo morir en cualquier momento.

—¡Para nada, mamá! —le dije alcanzándoselo, pues estaba en la cómoda, y no en el buró, como pensaba—. La abuela murió a los 93 y tú tienes 86, y aparte tu marcapasos trae batería para rato. No pienso sentarme como zopilote a esperar a que te mueras para poder hacer mi vida. En un caso de

emergencia, en menos de 24 horas estoy aquí, por eso no te preocupes.

—Y tus hijos, ¿están de acuerdo con tanto viaje? —me preguntó, ya medio resignada sentándose en el sillón frente a la televisión.

—¡Claro que sí! Ellos saben que yo misma le decía a mi cuñada todo el tiempo, mientras Lolita vivía, que no esperara a que su mamá muriera para viajar, o hacer lo que quisiera. Al fin y al cabo tenía varios hermanos que podíamos checar que mi suegra estuviese bien mientras ella viajaba.

Durante esos meses mi búsqueda por el hombre de mi vida continuó, como siempre, en línea. Seguía conociendo hombres más o menos interesantes con los que entablaba conversación. Hice muchos nuevos amigos, pero ninguno del que yo pensara: este puede ser.

En marzo nos fuimos Nora y yo a explorar Italia por tres semanas. Al cabo de ese tiempo, ella se fue sola a Alemania, pues Gina le dijo que no quería que yo fuera también. Así que yo renté un departamento a unas cuadras del mar en San Remo, donde pasé una semana.

Tan pronto llegué, caí enferma de gripa. No sé si fueron las colchas de poliéster, al que soy alérgica, o que la tristeza por un nuevo rechazo me bajara las defensas. Conseguí otra vez un departamento con terraza y con la primavera ya encima, el clima era más agradable como para salir al balcón a fumar y a disfrutar la vista del malecón y el montón de turistas franceses que se iban a pasar allí sus fines de semana.

Disfruté y aprecié mucho mi soledad. Después de Sicilia, esta era la segunda vez que me daba la oportunidad de estar lejos de todos mis afectos, de todas mis seguridades, y me encantó. Y volví a aprovechar ese tiempo para pensar. ¿Podría alguna vez arreglar las cosas con mi hija? Cada vez mis esperanzas eran menos. Ya habían pasado dos años de aquel incidente y ella seguía sin mostrar la menor señal de reconsiderar arreglar nuestra situación que, de una u otra manera, afectaba a toda la familia.

Cuando me reencontré con Nora, para regresar a Monterrey, me dijo:

—¡Mía está hermosa! Es una niña muy tranquila y siempre está sonriendo. Gina ha volcado todo su amor en ella, es muy buena madre. Y me dijo que cuando vaya a la boda de Alex y Katrine, no le va a poner límites a nadie que le quiera dar amor a su hija. ¡Esa es muy buena señal, Mara! ¡Con seguridad vas a poder ver y abrazar a Mía cuando vayamos a la boda de Alex!

Ya de regreso a Monterrey, finalmente enfrenté la muerte de mi papá. Había tratado de escapar por varios meses, escondiéndome en planes de viaje y aventuras, tratando de evadir el dolor de su pérdida, pero finalmente se llegó el momento de aceptar su ausencia y los cambios que esta trajo a nuestras vidas.

Traté de que mamá se reintegrara a su vida social, lo que fue difícil en un principio; pero cuando descubrió que al Casino podía ir sola, si alguien la llevaba y la recogía, le cambió la vida. Allí empezó a conocer gente y cada día volvía contándonos la historia de la persona que ese día se había sentado a su lado en las maquinitas. Ahora entiendo de dónde me viene a mí el interés por saber de la vida de los demás.

—¿Supieron que ya fijaron fecha para la boda Alex y Katrine? —les pregunté a Nora y a Mony en una de las comidas familiares en casa de mis hijos.

—¿En serio? —preguntó Nora— ¿para cuándo es?

—Si Dios quiere, el 23 de septiembre. Y va a ser una boda pequeña, pero quiere a sus amigos íntimos y a su familia allá.

—Sí, tía —dijo Larissa dirigiéndose a mi hermana Mony—, papá nos dijo que él les invitaba el viaje a ti y a la abuelita.

—Uy, no —respondió Mony sirviéndose por tercera vez del arroz que tanto le gustaba— mamá, ni de chiste va, por su edad. Es un viaje muy pesado hasta allá. ¿Y yo? No puedo dejar a mis perritas solas tanto tiempo.

—Mony, serían solo quince días —le respondí—, mínimo para desquitar el gasto del vuelo.

—¡Por eso! Quince días son mucho, mis perritas se morirían del dolor al no verme —y checando en su celular la hora, dijo— y por cierto, me tengo que apurar. Se quedaron las pobres muy tristes, en la puerta, cuando me vine.

—Mony, por el amor de Dios —le dije desesperada mientras Nora la observaba con incredulidad—, eso hacen todos los perros y tan pronto te das la vuelta vuelven a lo suyo. Por favor, piensa bien en la oferta de Rafael, la verdad, te hacen falta unas vacaciones; y él está ofreciendo pagar por todo, estancia, comidas y transportación.

—Y no sabe mi cuñado cómo se lo agradezco —nos dijo, ya dirigiéndose a todos— pero la verdad, para mí es muy difícil irme por tanto tiempo. Lo voy a pensar, prometo que lo voy a pensar.

Más tarde, ya sola con mis hijos, me dijo Daniel.

—Mamá, ¿ya no estás en terapia, verdad?

—No, ¿por qué?

—Pues porque toda esta situación con Gina debe ser muy difícil para ti, y creo que deberías volver, porque el día de la boda va a ser muy especial.

—Sí, mamá —opinó Larissa—, mira, se te casa tu hijo adorado, luego, te vas a reencontrar con Gina, después de más de dos años sin verla ni hablar con ella; vas a conocer a tu nieta y a la novia de papá. Necesitas estar emocionalmente fuerte para esos días.

—¡Pero si estoy emocionalmente fuerte! —les dije— gracias a Dios tengo a mis amigas con las que hablo de todo esto, y son un gran apoyo.

—Sí, mamá —dijo Daniel—, pero no es lo mismo que el de un profesional. Te voy a conseguir el dato de una buena psicóloga y por favor prométeme que irás. No hay nada mejor que ir a terapia por una causa como esta. Será solo por unos meses, y si ya no quieres ir más después de la boda, está bien. Pero al menos ve por este tiempo.

—Está bien, está bien, iré. Pero que conste que no creo que haga falta.

Así que volví a terapia y seguí con mi trabajo. Por esos días estábamos promoviendo la venta de la casa de una comadre y eso nos mantenía a Pita y a mí bastante ocupadas. Un día, mientras esperábamos a un cliente para mostrarla, le dije:

—¿Qué crees? Me acaban de escribir los que me rentaron el departamento por cuatro meses y dicen que vienen otros dos de sus empleados, pero que ahora les interesa por siete meses.

—¡Por siete meses! Pero ¡eso es mucho! Ahora sí que ¿dónde te metes por tanto tiempo?

—Pues no sé, la verdad no sé, pero me atrae mucho la idea. Tal vez podría cumplir mi sueño de ir a San Miguel a vivir, aunque sea por unos meses. Sirve que pruebo. Porque aquí estoy, soñando con retirarme ahí algún día y tal vez resulta que no es lo que imagino.

—Y ¿de cuándo a cuándo les interesa?

—De octubre a abril.

—Ay, pero si es ¡ya, ya!

—Pues sí, en dos meses, les pedí que me dieran una semana para pensarlo. Quiero comentarlo en la familia. No creo que le guste nada a mi mamá. Pero

tengo la esperanza de que, por ser San Miguel, se anime a venir a quedarse conmigo, por un tiempo.

—Ay, comadre, te voy a extrañar mucho si te vas.

—Y yo a ti —le dije sonriendo—, pero podremos estar todo el tiempo en contacto por el Whatsapp.

Cuando lo comenté en el desayuno familiar, dijo mamá.

—Ay, pero en San Miguel hace mucho frío.

—Pues te vas los primeros dos meses, mamá. De octubre a diciembre. Encontré una casa muy bonita, en una colonia privada, con tres recámaras. Ahí podríamos quedarnos, y Martín y Mony podrían venir a visitarnos cuando quisieran.

—¡Qué tienes! —dijo Mony— estás loca si crees que voy a volver a dejar a mis perras y a las tuyas (porque seguro que me las vas a querer dejar) solas tanto tiempo. Ya bastantes días las dejaré ahora que me vaya contigo a la boda.

—Mony, pero si solo vas una semana —le dije mirándola con desesperación —es el colmo que pudiendo irte dos, eligieras una. Me voy a tener que ir yo sola a París y tú vas a venir llegando una semana después, dos días antes de la boda. Va a ser mucho trote para ti. Pero en fin. Voy a aceptar la oferta de la compañía y están todos invitados a visitarme en San Miguel. Me iré de Monterrey en octubre, regresando de la boda de Alex.

A principios de septiembre, después de tres meses de esfuerzo, finalmente encontramos un cliente para la casa de mi comadre. Todo sucedió una semana antes de mi viaje. No podía creer tanta fortuna. Tendría dinero para hacer lo que quisiera; es más, hasta lo que jamás había soñado hacer. Antes de partir, dejamos los papeles de la compraventa en la notaría y se decidió que todo se finiquitaría a mi regreso de la boda; a todos se nos acomodaba mejor en ese momento.

El haberme mantenido en terapia y ocupada todo ese tiempo fue de gran ayuda. Una noche se vino Larissa a tomar un vinito conmigo al departamento, aprovechando que hacía un clima delicioso, y nos salimos al balcón.

—¡Qué emoción, mamá! ¡Cómo te está cambiando la vida! Y en tan poco tiempo.

—Es cierto. ¿Recuerdas que te conté que hace unas semanas vino David, uno de los amigos que tengo en línea, a conocerme?

—Mmm, creo que sí. Dijiste que te había caído bien.

—Sí, pero solo eso. Para amigo está bien. Pero fíjate que al ir de regreso, rumbo al aeropuerto, platicábamos de todas las cosas que queríamos hacer una vez que encontráramos a la persona que estábamos buscando. Y le dije que no tenía caso perder nuestro tiempo esperando a hacer cosas hasta que tal o cual situación se diera. Que nuestra vida no podía, no debía, girar alrededor de eso.

—Es totalmente cierto.

—¡Pues sí! Pero ya que venía de regreso a la casa me di cuenta de que eso es justamente lo que yo he estado haciendo. Esperaba ir a San Miguel a vivir cuando encontrara al hombre de mi vida. Fue por eso que decidí rentar mi departamento ahora y lanzarme a la aventura, ya no voy a esperar. No sé que vaya a pasar, pero me emociona la idea.

—Oye, mamá, y cambiándonos de banqueta, ¿Qué vas a hacer en París esos cinco días?

—Ay, no sé, vagar... sentarme en algún café a ver gente pasar, volver al Louvre, definitivamente ese nunca me lo acabo —le dije.

—Fíjate que estaba pensando —me dijo encendiendo un cigarro— deberías de meterte a *Tinder* cuando estés allá.

—¿A *Tinder*? —le dije, buscando los míos nerviosa y encendiendo otro— ¿pero qué eso no es para cuando buscas gente para acostarte?

—Pues sí y no, mamá. Tú puedes subir tu foto y decir que estas allí por unos días y que quieres conocer gente con quién salir a tomar una copa o un café. Así, ya el que te escriba sabrá a qué tirarle contigo. Yo lo probé ahora que fui en el verano y así fue como conocí al chavo de Arhus cuando estuve visitando a Alex y a otros chavos muy lindos en otras partes. Nada más, eso sí, muy abusada, siempre reúnete en lugares públicos y nunca despegues el ojo de tu bebida, ¿eh?

Esa noche, ya que se fue Larissa, me quedé en el balcón mirando las luces de la ciudad y pensando: ¡quién lo diría! Mi hija dándome asesoría para entrar a *Tinder*.

“Estoy de vacaciones en París por unos días y me gustaría tomar un café o una copa de vino con alguien, para intercambiar historias”

Eso fue lo que puse en mi perfil de *Tinder* y lo que trajo a François a mi vida.

UN ENCUENTRO MÁGICO

(2017)

Esos días que pasé en París finalmente me ubicaron respecto a lo que se venía: la boda. Estaba apanicada por mi reencuentro con Gina, tenía miedo de que un nuevo rechazo me hundiera en depresión como otras veces. También estaba feliz porque por fin podría ver y abrazar a Mía, y algo nerviosa porque al fin iba a conocer a Patricia, la novia de Rafael, y creía que era el peor momento para hacerlo.

—La verdad, Pita, creo que con las emociones que voy a estar sintiendo en ese momento con respecto a Gina y Mía, el conocer a Patricia es como que un extra —le dije a mi comadre por el celular, mientras tomaba un capuchino en un café al aire libre, en el Barrio Latino.

—Sí. Va a ser difícil, todo al mismo tiempo.

—La verdad, no sé por qué Rafael no me hizo caso de organizar una cena en su casa, antes de venir a este viaje, para que nos conociéramos con calma.

—Ay, comadre, pues simplemente porque una cena implica al menos una hora de tiempo de convivencia y seguramente Rafael no quería eso.

—Pero ¿por qué no? —pregunté exasperada— la misma Patricia debe estar más nerviosa que yo. Porque al menos yo estaré rodeada de mis hijos, mi hermana, mis excuñadas por 32 años y hasta la familia de Katrine, con los que acabo de pasar la Navidad. En cambio ella solo conoce a Rafael, a mis hijos y a mis cuñadas desde apenas hace unos años. A ella le habría beneficiado ese encuentro más que a mí.

—Pues por eso, comadre, que te valga, no sé por qué tanto interés.

—Pues la verdad —repliqué— a mí me cae bien Patricia aún sin conocerla, todo mundo me dice que es una muy buena mujer, y yo estoy feliz por ellos. Lo que quería era tener más de dos minutos para poder conocerla un poco y que me conociera, pero pues ya así con el tiempo encima, ve tú a saber cómo vaya a ser.

—Oye, y ¿te metiste siempre a *Tinder*?

—Desde el día que llegué. ¡Me entretengo bastante! Fíjate que es algo diferente a todos los lugares que he estado en internet. Aquí te aparecen hasta cinco fotos de la persona y un pequeño resumen de qué es lo que buscan, su edad, a qué se dedican, etc. Y tú mandas a la derecha la foto del que te gusta (eso es como darle *like* o “me gusta”). Los que no te gustan, van a la izquierda. Si después resulta que a alguien a quien tú le diste “me gusta”, le gustas tú también, te llega un aviso y ya pueden enviarse mensajes. Antes, no.

»Pero resulta que, por un pago extra, yo puedo ver las fotografías de los hombres a los que les gustó mi foto, y ya decido yo si darles “me gusta” a la suya, para que aparezca que somos “compatibles” y nos podamos enviar mensajes.

»Entonces eso está súper bien, porque para qué pierdo mi tiempo dándole “me gusta” a mil fotos cuando me puedo concentrar mejor en cien o doscientas.

Pita soltó la carcajada

—Te la bañas, comadre, ¿cien o doscientas?

—Aunque no me lo creas, Pita —respondí riendo también— es increíble la cantidad de hombres que hay aquí, a los que les gusta mi foto. A diferencia de en México, hay mucha gente de nuestra edad que está sola. O tal vez las latinas tenemos pegue acá, no sé. Pero el caso es que también hay muchos muy guapos. Y sobre todo ¡de mi edad! En México la mayoría están casados o buscan mujeres diez años más jóvenes, como hizo Rafael. Pero acá le han dado “me gusta” a mi foto hombres de 50 a 70 años ¡hasta tengo de dónde escoger!

—¿O sea que no es broma? —preguntó Pita asombrada — pero bueno, ¿has conocido a alguien?

—No. He estado intercambiando correos con un tal Pierre que según él había salido de París dos días antes de que yo llegara. Pero me mandó fotos de su casa, en Normandía, creo, y está muy guapo. Pero ayer le mandé una mía, fumando en un café de por aquí y ya no volvió a escribir —le dije soltando la carcajada.

—Ay, comadre —respondió Pita— ese cigarro te quita opciones.

—Ya sé, ya sé —respondí— tengo que dejarlo ya. Odio depender de él. A ver si ya que esté en paz, en San Miguel, lo puedo dejar. Lo que necesito es paz interior, y por ahora no la tengo.

—Bueno y ¿qué vas a hacer hoy?

—Pues pasé la mañana caminando por el Barrio Latino, que me encanta. Por fin ubiqué en dónde está La Sorbona. Hoy me levanté muy tarde como para ir al Louvre, así que me voy a dormir temprano para ir mañana, a ver si puedo, porque el jet lag me pegó fuerte esta vez y estoy batallando para dormir bien. ¡El tiempo está volando!

—Pues relájate y disfruta, comadre, que ya viene lo pesado, y hablamos mañana porque ya estoy por entrar a mi clase de baile. ¡Besitos!

Al día siguiente regresé hecha polvo del Louvre, al que me gusta ir por no más de cinco horas, pues no aguanto tanto tiempo parada. Así que me puse mis pijamas y me dispuse a seguir viendo *Outlander*, en *Netflix*. A eso de las nueve recibí un mensaje en *Tinder*. Un hombre guapísimo de 54 años que decía llamarse François.

¿Dónde estás?

En la cama, viendo Netflix en mi hotel. Fue un día largo.

¿Cuándo te vas?

Pasado mañana.

*¿Te gustaría un compañero,
mañana?*

¡Por supuesto! Para un café y platicar...pero, ¿qué no trabajas?

Te quedaste mudo :D

Sí, pero podemos vernos a la hora de la comida, si quieres.

Eso me gustaría

Estoy cenando con un amigo

Ok, entonces platicamos mañana, si quieres.

*Y ¿qué tal más tarde hoy
mismo en la noche?
¿Es muy tarde?*

*Sí, es muy tarde. Anoche
no dormí bien y hoy fui al Louvre.*

Ok, entonces, ¡dulces sueños!

¡Gracias! ¡Igualmente!

Pero ¿quién era?, me pregunté. Le había dado “me gusta” a tantas fotos que no tenía idea de qué era lo que decía el perfil de este tal François, así que inmediatamente lo revisé, y lo que entendí, pues algunas cosas estaban en inglés y otras en francés, fue lo siguiente:

François, Director de Desarrollo de Negocios, 54 años, 90 kilos, 1.87 de estatura. Divorciado. Explorador agradable busca compañía para pasarla bien, reír e intercambiar, y más si hay afinidad. Para un vino, una noche, un viaje o el resto de la vida si lo deseamos. Estamos aquí para tener esperanza y conocernos. Porque la vida es formidable, ¿no es así?

¡Órale! No lo podía creer. Demasiado bueno para ser verdad. Me encantó que fuera directo al grano. Lástima que fuera más joven que yo, pues siempre he pensado que en relaciones así, tarde o temprano empezarán a buscar a alguien más joven, pero bueno, esta sería solamente una salida a comer, eso no importaba.

A la mañana siguiente, me envió un mensaje pidiendo mi número de teléfono para seguir en contacto por Whatsapp y acordamos vernos en la Glorieta de Saint Michel, frente a la estatua. Pero él llegó antes que yo y empezó a caminar en la dirección que sabía que yo venía y finalmente nos encontramos.

Se veía diferente a su fotografía. Más delgado, con el cabello cortado casi al

ras, y con lentes. Llevaba un abrigo largo café claro, que lo hacía parecer aún más alto del 1.87. Me gustó, especialmente porque no se notaba mucho la diferencia entre nuestras edades.

Al verme sonrió extendiendo su mano, y me preguntó si quería ir a un lugar en especial.

—Tú eres de aquí, tal vez sepas de alguno donde podamos comer rico y que no esté muy lejos.

—¡Pues sí! Te voy a llevar a un lugar en la Isla de Saint Louis que está cerca, cruzando el río y pasando Notre Dame, en donde se come muy bien.

Y empezamos a caminar hacia allá. Yo, con mucha dificultad pues habiendo leído que era alto, cambié mis habituales zapatos de piso por unas botas de tacón, con las que no estaba muy acostumbrada a caminar grandes distancias; y encima de todo, él con su estatura, daba unas zancadas tan largas que me hacían realmente difícil seguirle el paso. Pero parece que no lo notó, porque iba súper entretenido hablándome con orgullo acerca de su ciudad y de su historia, como por ejemplo el origen de la palabra: París.

Ya cuando estábamos a la altura de Notre Dame, empezamos a hablar un poco de nosotros. Me dijo que había estudiado Filosofía y Negocios y se tomó un buen rato explicándome con toda paciencia a qué se dedicaba la compañía para la que él trabajaba, que era en relación con la tecnología. Por la manera en que se expresaba, era obvio que disfrutaba mucho su trabajo.

Después preguntó acerca de mí y le di el resumen de cinco minutos de mi vida y para cuando llegamos al lugar donde íbamos a comer, ya sabíamos lo básico de cada uno. Él lo mío, y yo de él: que tenía tres hijas de diez, trece y quince años a las que adoraba y veía cada quince días —vivían en el sur de Francia con su mamá— que, hacía poco más de un año, le había pedido el divorcio.

—Fíjate que soy masón —me dijo mientras se limpiaba con la servilleta la comisura de los labios— a los masones nos interesa el aprendizaje continuo. Pero especialmente, ponernos al servicio de los demás.

—La verdad —admití— yo sé poco de la masonería, pero crecí sabiendo que habían sido excomulgados de la Iglesia Católica, y en mi mente consideré que eran malos por alguna razón, pero nunca me tomé el tiempo para investigar más acerca de ellos.

—Nos excomulgaron de la Iglesia porque fueron los masones de aquel

tiempo quienes propusieron la separación de la Iglesia del Estado —explicó al tiempo que daba otro bocado a su *steak* tártaro que no se me antojaba para nada, pues parecía carne molida cruda—, fueron sus ideas las que impulsaron la revolución en Francia: Igualdad, Fraternidad y Libertad. Esas mismas ideas llegaron a Estados Unidos y son el fundamento de su Constitución y de su Independencia del Reino Unido.

Y así, siguió la plática, y yo escuchando sus puntos de vista y explicaciones a las dudas que iban surgiendo. Después llegamos al punto de las creencias:

—Yo creo —me dijo— que tenemos que poner mucha atención a lo que pensamos y sentimos. Porque todo eso nos afecta directamente, especialmente a nuestra salud. Yo lo aprendí de la forma más difícil, cuando hace unos meses, después de lo de mi divorcio, perdí mi trabajo y caí en depresión. Al poco tiempo, me detectaron un tumor en el pulmón derecho. Tan pronto lo supe, me fui a terapia para tratar de entender qué lo había causado. Cuando finalmente me hice consciente de las emociones que lo habían provocado, empecé a trabajar en ellas y a los cuatro meses, en una de las visitas para revisión, me dijeron que ya no estaba. Había desaparecido.

Luisa me había regalado un libro hacía tiempo que se llamaba: “Tú puedes sanar tu vida”, en el que tocaban ese tema, pero nunca lo había leído. Pensé que era un libro más de autoayuda, pero jamás había tenido frente a mí a alguien a quien eso le hubiera funcionado.

Sin embargo, no dije nada, no quería interrumpirlo. Todo lo que decía me sonaba muy interesante.

—También —continuó—, creo que todos los seres humanos estamos conectados. Todos nuestros sentimientos y pensamientos impactan a los demás, no solamente nuestras palabras. Por ejemplo, cuando mis hijas aún estaban en el vientre de su madre, yo ya sentía con ellas una conexión tremenda. Y aún ahora, estando ellas allá con su madre y yo acá, les envío constantemente pensamientos de luz y de amor y hasta hacemos pequeños juegos cuando hablamos por teléfono en las noches en los que les pregunto: “¿A qué hora de hoy sentiste que te mandé pensamientos de luz y de amor?” Y muchas veces responden correctamente. Es solo cuestión de estar atentos y conscientes.

—Un momento —ahí sí que ya tuve que interrumpirle — ¿me estás diciendo que Gina mi hija, de quien te acabo de platicar que estoy

distanciada, ha sentido toda su vida lo que yo siento y pienso?

—Así es, hay una conexión muy especial entre madres e hijos.

—Es que todo el mundo, cuando les cuento la situación en la que estamos, me pregunta que qué le hice ¿qué puede ser tan grave como para que ya no quiera hablar conmigo? Y yo no sé, nunca le he dicho o hecho nada de manera consciente que pudiera provocarlo. Pero si a sentimientos vamos... pues sí, ¡montones! Desde mi embarazo y a través de toda su vida hubo muchos momentos de frustración, decepción y enojo que sentí y nunca expresé de viva voz, pero que ahí estaban. Me has dejado mucho en qué pensar —le dije meditabunda—. Porque ¿qué puedo hacer ya a estas alturas para solucionar eso?

—Puedes enfocar todo tu ser en enviarle pensamientos de amor, de aceptación, de perdón y de mucha luz. Tu concéntrate en eso y verás cómo habrá resultados. Cuando tú tengas ese tipo de pensamientos hacia ella, los va a percibir, no tengas la menor duda.

Terminamos de comer y nos encaminamos, ahora sí, a la glorieta de Saint Michel, pues ahí había dejado su bicicleta estacionada. La plática siguió y siguió y él decía que estaba encantado de poder platicar con alguien de la manera en la que lo habíamos hecho; que rara vez había sentido tanta afinidad con alguien. Yo me sentía de la misma manera. Entre nosotros hubo una conexión podría decirse que mágica.

Me preguntó si querría cenar con él esa noche y le dije que por supuesto que sí.

Acordamos vernos en la explanada Trocadero, desde donde se ve la Torre Eiffel saliendo del metro; pues según él, en el Café del Hombre, que está en la planta baja del museo del mismo nombre, había una comida deliciosa y una vista de la torre insuperable.

Antes de subirse a su bicicleta nos abrazamos y nos dimos el beso más romántico de toda mi vida. Lento, suave, húmedo... fue un beso tal, que estoy segura de que cuando esté a punto de morir y se vengán a mi cerebro los recuerdos claves de mi vida, ese será uno de ellos. Todavía cuando cierro los ojos, revivo ese beso y quisiera estar ahí de nuevo, sintiendo su cálido abrazo de despedida.

ROMANCE Y MUERTE

(Septiembre 19, 2017)

Volví al hotel en una nube. Tratando de recordar cada gesto, cada palabra de todo lo que habíamos platicado. El tono de su voz grave y fuerte, la seguridad y el aplomo con que se expresaba y, sobre todo, lo que había dicho de que todos estábamos conectados.

En una ocasión, en un curso que tomé poco antes de conocer a Jack, que se llamaba El Guión de mi Vida, nos habían contado de un experimento que habían hecho con changos, en dos islas. Les habían arrojado no sé qué fruta diariamente y un día una changa decidió mojar esa fruta en el mar, antes de comérsela. Al poco tiempo sus crías la imitaron y después todos los changos en la isla lo hacían. Lo interesante del experimento es que, al poco tiempo, los changos de la otra isla lo empezaron a hacer.

La explicación que nos daban era que los cambios de actitud y consciencia eran lanzados al universo y este los replicaba en otras partes, o algo así. Eso podría explicar los movimientos del 68 en muchas partes del mundo, o los de la Primavera Árabe en años recientes, concluí yo. Porque en el 68 al menos, aunque la comunicación intercontinental existía, no era a tal grado, que se lograra una réplica como la que hubo en diferentes partes del mundo.

En ese curso se habló de la importancia de que las mujeres nos diéramos cuenta de nuestro valor y poder, para que eso se replicara en todo el mundo.

Desde que escuché eso en aquella ocasión, me quedé muy intrigada, con deseos de saber más al respecto.

Y ahora, al conocer a François, él parecía tener conocimiento de muchas cosas relacionadas con ese tema.

Ya estando en el hotel, recibí un mensaje de Layla, preguntando cómo me estaba yendo y le conté todo.

—Báñate otra vez, perfúmate, ponte muy guapa, porque de seguro a la

noche hay canchánchán.

—¡Estas loca! —le dije— me encantó ¡pero no solo por eso! Es por cómo piensa, de lo que habla. Pero no me voy a bañar, no va a haber canchánchán ni nada. Este no es el hombre con el que quiero pasar el resto de mi vida, es más chico que yo ¡y tiene tres niñas! Yo no quiero ni puedo con esas responsabilidades en este momento de mi vida. ¡Paso!

—¿Estás tarada o qué? ¡Si en las fotos está súper guapo! Pon en pausa la búsqueda del hombre de tu vida y por lo pronto llégale a este que te gusta.

Tres horas después de despedirnos recibí un mensaje de François que decía, entre otras cosas:

A propósito, me llamo François Ángel. Gracias, Mara, por aceptar compartir nuestra alma y corazón, como hicimos hoy. Es hermoso tener ese sentimiento de estar en casa, como me sentí al estar contigo. Estoy a punto de entrar a una junta ahorita. Hasta más tarde.

A las siete nos encontramos en la entrada del Café del Hombre, que estaba en la explanada de Trocadero, justo enfrente de la Torre Eiffel. Ya me había prevenido que me llevara algo abrigador, porque había conseguido un lugar en la terraza, para tener la mejor vista de la Torre. El lugar se veía muy elegante y me mortificó un poco porque yo pensaba pagar, al igual que ese mediodía, mi parte de la cena; no quería sentirme comprometida a nada con él. Si algo sucedía era porque los dos queríamos y no porque él hubiera invertido dinero en mí.

Seguimos al jefe de meseros con dirección a la terraza desde donde la Torre Eiffel lucía espléndida, con sus luces de colores, haciendo el momento aún más mágico de lo que ya era para mí. Continuamos la plática de esa tarde, y esta vez me contó algo de los chacras, la energía, Física cuántica y tantas cosas interesantes más que mi cerebro no alcanzaba a asimilar bien.

—Mi único hermano murió hace un mes —me dijo en un momento de la plática— a los dos nos detectaron cáncer al mismo tiempo, pero el de él era del páncreas. Por eso traigo el cabello tan corto ahora, porque me lo corté al ras en señal de luto. Nuestra relación no siempre fue fácil. Las emociones juegan un papel muy importante en nuestra vida. Tenemos que estar siempre muy atentos y conscientes.

Después de cenar, tomar una copa de vino y un café, me propuso:

—Aquí cerca hay muchos bares, podemos ir alguno a seguir tomando, si quieres.

—Sí, porque si seguimos aquí me acabo el presupuesto de mañana — respondí sonriendo.

Así que salimos, tomados de la mano rumbo a la Torre Eiffel. Esa zona está siempre llena de gente, pero eso no impidió que a cada momento nos detuviéramos a besarnos, como si fuéramos dos adolescentes que no podían quitarse las manos de encima.

En un momento dado decidimos que queríamos una foto con la Torre de fondo y, viendo que dos muchachos andaban por ahí cerca, tomando fotos también, François les pidió, en inglés, que si por favor nos tomaban una.

Al escucharlos hablar, me pareció reconocer el idioma y el acento y les pregunté en español:

—¿De dónde son? Me suena conocido su acento.

—De Monterrey, México. ¿Y ustedes?

—¡Hey! ¡Yo también soy de Monterrey! Respondí pensando ¡qué impresionantemente pequeño es el mundo! Irme a encontrar a unos regios ahí esa noche.

Seguimos caminando, deteniéndonos de cuando en cuando a abrazarnos y besarnos, hasta que me dijo:

—¿Y si buscamos un lugar para comprar una botella de vino y nos vamos mejor a tu hotel?

—Me parece una excelente idea —le contesté riendo.

Cuatro horas después, tras una maravillosa sesión de sexo interminable, quedé convencida de que François era muy joven para mí. Definitivamente tenía una energía que yo, ni por asomo, podía equiparar. Sin embargo, ya tranquilos, fumando nuestro cigarro en la cama, estuvimos hablando de nuestros sueños, y me di cuenta de que compartíamos uno: escribir una novela. Pero a diferencia de mí, él ya tenía en su cabeza toda la trama de la suya. Los personajes principales y los secundarios, la psicología detrás de cada uno, los tiempos, todo. Tenía todo, menos el tiempo para escribirla. Y cuando supo que ese era mi sueño también, me preguntó:

—Y la tuya, ¿de qué la quieres hacer?

—De mi vida después del divorcio. De la forma en que me fui enfrentando a situaciones que han venido cuestionando mis convicciones religiosas y culturales, y de cómo a través de estos años he ido rompiendo con los patrones de conducta establecidos y esperados, en la búsqueda del hombre de mi vida. Definitivamente no suena ni la mitad de interesante que la tuya, pero en mi caso, el escribirla será una forma de catarsis.

—¿Y por qué no la has escrito aún? —me preguntó.

—Pues porque todavía no tengo el final, no podré tenerlo hasta que encuentre al hombre que estoy buscando.

—Y eso ¿qué importa? —me dijo emocionado— ya tienes el principio, puedes empezar a escribir ya. Así lo hago yo. Cada vez que se me viene una idea respecto a mi novela, la escribo. Y así, cuando finalmente tenga el tiempo de hacerlo, solamente iré acomodando las piezas, como si se tratara de un rompecabezas.

Al poco rato nos dimos las buenas noches y en ese momento busqué mi teléfono para ver cómo iba todo en México. En París eran las dos de la mañana del 20 de septiembre, pero en México eran las siete de la tarde del 19.

Me asombró ver que tanto mi *Facebook*, como mi *Whatsapp*, tenían un montón de notificaciones y fue hasta ese momento que me enteré que a la hora que yo estaba en la cena más romántica de mi vida, en México había temblado.

Me abrumó el sentimiento de que cuando yo estaba viviendo uno de mis mejores momentos, muchas personas habían muerto en la capital de mi país.

Me di cuenta entonces de que tenía un montón de mensajes de Larissa que me decía, desesperada, que por toda la situación, su vuelo a la capital había sido cancelado y que había perdido su conexión a Copenhagen. Inmediatamente me puse en contacto con ella, que para entonces, ya había conseguido otro vuelo; pero me dijo que no llegaría el 20, como pensaba, sino el 21. Dos días antes de la boda de su hermano.

Como pude, traté de serenar mis pensamientos y relajarme un poco, pues ya eran casi las 3:00 de la mañana y no tenía ya muchas horas para dormir, habíamos puesto el despertador a las 7:30.

A la mañana siguiente fuimos al restaurante de al lado, a regresar las dos

copas que nos habían prestado la noche anterior y a desayunar café con *croissants* antes de despedirnos.

Había tenido un brusco regreso a mi realidad:

Mi hija menor estaba tratando de salir de Monterrey, faltaban tres días para la boda de mi hijo, estaba a punto de conocer a la novia de mi ex y a mi primera nieta, a quien podría abrazar por primera vez en mi vida; y me reencontraría con Gina, que bien sabía yo, no me quería ver.

Mi cabeza estaba en el ojo de un huracán. Sabía que alrededor mío había una tormenta, sin embargo, François había traído a mi corazón la calma que tanto necesitaba. Lo que él hizo por mí, en menos de 24 horas, no lo habían hecho las horas de terapia que había tomado con la intención de prepararme para ese viaje.

—Nos volveremos a ver —me dijo— ¡estoy seguro!

—Hasta la próxima vez entonces —le respondí sonriendo. Y después de un beso de despedida, lo vi alejarse caminando rumbo a la estación de metro más cercana.

CAMPOS SUTILES

(2017)

Más tarde, ya en el avión, finalmente me relajé y pude dormir. Jane, mi futura consuegra, me hizo el favor de ir a recogerme al aeropuerto. Me dijo que esa noche, en la casa que había rentado Rafael para alojarse ahí con su novia, se reunirían todos a cenar: Gina, Ritter y mi nieta, Mía.

—Gracias, Jane, pero creo que por ahora solo necesito descansar y recuperar mis energías. Aunque muero de ganas por ver a Alex, a Katrine y a todos, prefiero esperar a mañana, ya que me sienta más tranquila y descansada.

Una vez que llegué al departamento que habíamos rentado para quedarnos juntas Mony, Nora, Ileana, (la otra hermana de Rafael) y yo, vi varios mensajes que François me había enviado en el transcurso del día.

Recuerda. Tú concéntrate en enviar puros pensamientos de amor a tu hija, a tu nieta y a la novia de tu ex. Eso es todo lo que tienes que hacer y verás que todo va a salir bien.

Y con eso en la cabeza, después de un buen baño, me fui esa noche a dormir.

Amanecí al día siguiente ya más despejada de mente y descansada del cuerpo y tuve oportunidad de reflexionar acerca de lo que había pasado en París.

Tenía muy claro que François no podía ser el hombre que estaba buscando, por varias razones:

Primero, tenía niñas pequeñas aún. Mi experiencia con Jack, me había hecho concluir que a estas alturas de la vida no me sentía capacitada para ayudar a alguien a educar hijos. Ya había dedicado 32 años de mi vida a formar una familia.

Estaba teniendo un divorcio complicado, por lo tanto, él estaba batallando

con su situación económica, que no era muy estable, pues la compañía para la que trabajaba estaba arrancando. Eso hacía que su vida solo girara alrededor de sus hijas y su trabajo y no creía que hubiera lugar para algo más en ese momento.

Y para rematar, su increíble e inagotable energía, quizá por su edad, que me hicieron darme cuenta de que yo jamás estaría a la altura de las expectativas sexuales que seguramente él tenía.

Lo que sí había revolucionado mi mente y mi corazón fueron sus ideas, sus creencias acerca de la conexión que existe entre todos, especialmente entre madre e hija.

Traje eso en la mente todo el día. ¿Qué tanto de mis sentimientos de frustración y enojo habría percibido Gina a lo largo de su vida? Sabía que ella era muy sensible. La más sensible de mis cuatro hijos. Era la que seguramente había necesitado más muestras de cariño y amor de mi parte, por la misma razón.

Desgraciadamente, al ser la primera de mis hijas, yo traía aún muchas de las enseñanzas con las que crecí y que en el camino fui desechando. Como por ejemplo, lo que me decía mi mamá, que a su vez le había dicho la suya: “A los niños, solo se les hacen cariños cuando están dormidos, porque si no, se chiflan”. Para mí, ese consejo, no fue descabellado. Había crecido sin abrazos ni muchas muestras de afecto. Y me pareció normal por mucho tiempo. Así que Gina, que fue quien los necesitó más, nunca los tuvo. Yo empecé a abrazarlos mucho tiempo después. Quizá por eso mis hijos decían que la mamá de los mayores no había sido la misma de los más pequeños.

También, si era tan sensible, tal vez percibía la mala relación que había entre Rafael y yo desde que era pequeña. Lo que François me decía tenía mucho sentido, pues yo me daba cuenta ahora, ya de vieja, que mis perras se pelean cuando yo estoy molesta, o enojada. Sin que ellas escuchen una sola palabra mía. Lo sienten, lo perciben. Entonces mi hija, con la sensibilidad a flor de piel, tuvo que haber percibido mucho más.

Me preguntaba si el consejo que él me había dado, de enfocarme a enviarle pensamientos de luz, de amor, de aceptación, tendría efecto y si no sería ya demasiado tarde. Sin embargo decidí seguirlo y fue lo que hice a partir de ese momento.

Alex llegó temprano esa mañana a recogerme, para que fuéramos a

desayunar con su familia política. En el camino al restaurante le conté atropelladamente acerca de mi encuentro con François y lo impresionada que estaba por todo lo que había aprendido.

—Está bien, mamá, está bien. Qué bueno que te sientas tranquila y lista para en la noche. Fíjate que rentamos un área aislada en un restaurante cerca de aquí para cenar todos juntos. Papá va a llevar a Patricia y Ritter se va a quedar en la casa cuidando a Mía para que Gina nos pueda acompañar. También va a estar uno de mis amigos que llega hoy.

—Y tus tías Iliana y Nora, que llegan a medio día —le dije—, Mony llega hasta mañana, si Dios quiere.

—Y Larissa llega hoy, ya tarde. Dijo que ella iba a hacer hasta lo imposible por alcanzarnos en el restaurante.

Esa noche nos fuimos mis excuñadas y yo caminando, pues el lugar estaba cerca de nuestro departamento, y cuando llegamos, ya estaban ahí Alex con su amigo, Katrine y su familia política.

Al poco rato, llegaron Rafael, Patricia y Gina.

Me puse de pie en cuanto los vi entrar y me adelanté a recibirlos con un abrazo. A Patricia, en cuanto la vi, le sonreí y la abracé diciendo:

—¡Por fin tengo el gusto de conocerte!

Atrás de ella venía Gina, con cara muy seria. A ella también la abracé y le dije:

—¡Hola Gina! ¿Cómo estás?

Le quise dar un beso, pero alejó su cara en el momento justo y el beso se quedó en el aire.

Cuando ya estábamos cenando llegó Larissa con todo y sus maletas y me paré a abrazarla, pero rechazó mi abrazo y con lágrimas en los ojos dijo:

—Ahora no, por favor, ahora no.

Me sorprendió mucho su respuesta y me entristeció que rechazara mi abrazo.

Antes de los postres me dirigí a la salida, para ir al patio a fumar un cigarro y Larissa, poniéndose de pie, me dijo:

—Te acompaño, mamá.

Ya afuera, se derrumbó y me dijo:

—Mamá, estos dos últimos días han sido horribles. Yo era la única de la familia que quedaba en México. Y cuando iba de salida al aeropuerto,

escuché la noticia del temblor y me valió y me fui de todas formas para allá. No creía que fueran a cancelar el vuelo.

—¿No te quisiste quedar en la casa para esperar a saber más?

—No, no me podía arriesgar a perder el avión, mamá. Pero fue horrible estar en la sala de espera viendo las caras de toda la gente que pensaba tomar el mismo vuelo que yo —me dijo rompiendo a llorar— muchos de ellos, llamaban desesperados a sus familiares para ver si estaban bien. Y yo, viendo el terror en sus caras y escuchando sus voces, preocupados por cada miembro de su familia, me sentía culpable de pensar que a mí, lo único que me había preocupado hasta ese momento, era perder mi conexión para llegar a tiempo a la boda, mamá —me dijo buscando más servilletas, para limpiarse las lágrimas que no cesaban de correr por su rostro y, sonarse la nariz.

—Me imagino, amor —le dije acariciando su cabeza— es que es tu primera experiencia con algo así. La mía fue en el 85, cuando Alex tenía pocos meses de nacido.

—Mamá, es que en un minuto estamos aquí, disfrutando la vida, haciendo planes, y en el otro ya no —me dijo habiéndose percatado de la vulnerabilidad humana por primera vez en su vida.

—Lo sé, amor, lo sé. —le dije abrazándola— por eso tenemos que vivir cada momento plenamente. Dejar a un lado orgullo, rencores y todo lo que nos separa y aprovechar cada instante de la vida, porque ninguno vuelve.

Al poco rato entramos de nuevo al saloncito, comimos nuestros postres y nos preparamos para irnos.

Al encaminarnos a la salida lo fuimos haciendo casi en fila india, por lo angosto del lugar, y con la mirada busqué a Gina, para despedirme de ella. Pero noté que se había adelantado, quizá para evitar el momento.

Sin embargo, no me di por vencida y la alcancé y poniendo mis manos sobre sus hombros la atraje hacia mí y la besé.

—Hasta mañana, Gina.

Pero ella se separó de mi abrazo diciendo:

—¡No me toques!

Le sonreí como pude y la dejé ir.

Más tarde, ya en mi recámara, le mandé un mensaje de voz por *WhatsApp* a François:

—¡Gracias, François! no sabes cuánta diferencia hiciste para mí esta noche. Estaba tan presente en mis pensamientos lo que me dijiste de que tenía que

enviar: amor, aceptación, y calidez a Gina, que aún cuando ella me dijo: “No me toques”, cuando la abracé y la besé, no me sentí mal. Me sentí bien porque estaba enviando cosas buenas y sintiendo cosas buenas y por todo eso, estoy agradecida contigo. Mi psicóloga no pudo hacer en tres meses lo que tú hiciste en unas cuantas horas, y no tendré tiempo en toda mi vida para agradecértelo.

En la última frase, se me quebró la voz. Porque estaba realmente emocionada y feliz de que por primera vez en mi vida, un rechazo de Gina no me apabullara.

Él respondió diciendo:

—Querida Mara, tus mensajes de voz van a mi corazón y estoy conmovido por el agradecimiento y los buenos sentimientos que traen. Me agrada saber que te pude ayudar, de manera que te permita compartir tu amor y pensamientos; ella tal vez no lo acepte conscientemente, pero estoy cien por ciento seguro de que lo hará algún día y podrá expresar el amor que siente por ti, su hermanos y su padre. Nadie puede ayudarla, solo ella misma, y esto es difícil de creer.

Así que lo que tú sientes es lo que importa y sus “campos sutiles” (resonancia cuántica) recibirán los tuyos, que es lo importante.

Necesito dormir, y tú también estás en mis pensamientos. Y eso es bueno. Dulces sueños y cálidos pensamientos de amor para ti!

Y así me fui a dormir, pensando con emoción en mi nieta Mía, a quien finalmente podría abrazar, pues Rafael nos había dicho a sus hermanas y a mi que fuéramos a la mañana siguiente a su casa, a conocerla.

MÍA Y DIOS

(2017)

La primera vez que vi a Mía tenía 9 meses y estaba dormidita en su carreola que habían dejado en el patio de atrás, al aire libre. Es tradición de esos países acostumar a los bebés a dormir sus siestas a la intemperie; pues dicen que el aire fresco está libre de los virus que a veces hay en los lugares cerrados, y que los ayuda a relajarse y dormir mejor.

En el momento que la vi, casi pude escuchar a mi mamá decir:

—Pero ¡qué ingratos! ¡Van a matar a esa bebé de frío! Pero si estamos a 13 grados ¿cómo es posible?

Nora y yo tratamos de no hacer ruido al salir a verla, pero de alguna manera se despertó y nos miró sonriendo.

Temí tocarla sin autorización e hice bien pues tan pronto Ritter se percató de que estaba despierta, se apresuró a venir a llevársela, sin siquiera dejarnos cargarla, aduciendo que tenía que llevársela a Gina para que la amamantara.

Pasamos entonces a la sala en donde estaban Rafael y Patricia, que se habían quedado allí platicando con Ileana, mi excuñada. Toda la situación era extraña. Me sentía más o menos como la intrusa, y no porque ninguno de ellos me hiciera sentir así, sino por la tensión que había en el ambiente por el reencuentro con mi hija. La situación entre ella y yo afectaba ya a toda la familia.

La casa que habían encontrado en Airbnb estaba muy cómoda y espaciosa, pero a las afueras de la ciudad; a diferencia de nuestro departamento que estaba en el corazón de la misma, y que era mucho más moderno, aunque tenía unas escaleras, sin barandal, que lo hacían muy peligroso para estar allí con niños pequeños.

Al poco rato llegó Gina cargando a Mía, la sentó en su periquera y dejando su manzana hecha puré enfrente dijo:

—El que quiera darle de comer, puede aprovechar.

Yo sentí que era su manera de decir: “Ahora te puedes acercar a ella”.

Así que no perdí el tiempo y me senté frente a Mía, para tratar de convencerla de que comiera algo.

Me imagino que venía muy bien alimentada, pues no mostró mucho interés por la comida, aunque sí por mí. Me sonreía y balbuceaba mostrándome un juguetito que traía en la mano, lo que me hizo recordar la conejita tejida, vestida de mexicana que le había llevado de regalo.

Al poco rato ya estábamos las dos en el piso, ella con sus nuevos regalos, gateando, y yo embelesada viendo lo que ya sabía hacer, y lo feliz y relajada que se sentía a pesar de ser el centro de atención de un montón de personas desconocidas para ella.

Se dejó cargar y apapachar por todos y en un momento dado ya no pude resistir más y pregunté si me daban permiso de tomarle fotos y video, sabiendo que ese había sido el motivo de nuestro distanciamiento.

—Sí, siempre que no subas nada a *Facebook* — dijo Gina.

Momentos después Patricia nos dijo a Rafael y a mí que posáramos para una foto juntos, cargando yo a Mía.

Fueron momentos de una gran felicidad para mí, que aproveché al máximo, y el rato se fue volando.

Volvimos más tarde a nuestro departamento y mis ex cuñadas se fueron después a la cafetería de la Universidad de Åarhus, lugar en donde sería la recepción de la boda al día siguiente. Katrine y Alex estaban allí con la familia de Katrine, y los siete amigos de Alex de la preparatoria que habían venido a la boda. La noche anterior nos habían pedido que nos viéramos allí para decorar el lugar y hacer centros de mesa con las plantas y flores, que esa mañana habían ido a recoger al bosque cercano.

Desgraciadamente Mony, aún no llegaba, pues había perdido el camión que venía del aeropuerto a la ciudad, y yo me quedé esperando en el departamento para abrirle cuando llegara. Cuando eso sucedió ya era muy tarde para salir, así que nos quedamos platicando sobre sus peripecias para llegar, pues tenía años sin viajar sola, sobre mis andanzas en París con François, y de Mía a quien ella se moría por conocer.

Esa noche, antes de irme a dormir, recibí un mensaje de François:

—Espero que esto te llegue. Disfruté escribiéndolo para ti.

Era una especie de discurso como los que los familiares dicen durante la

recepción de bodas pues, cuando lo conocí, recién me había enterado de que esa era una costumbre allá y se lo había comentado preocupada, diciendo que no llevaba nada preparado.

El contenido era hermoso y hablaba sobre la importancia de esa noche y de cómo todos éramos parte de algo o alguien que nos ayudó a encontrarnos. Ese alguien que estaba en el silencio, dentro de nosotros mismos. Alguien que trabajaba con paciencia, crecía con elegancia, se extendía a través de la humildad, nos empoderaba, inspiraba nuestra transformación, era el habilitador que hacía brillar nuestras capacidades.

Más adelante decía que se quedaba chico al llamarle habilitador, que era más bien un convencimiento, una creencia de que, juntos, somos uno. La creencia de que ya no estamos solos, de que todo es posible porque somos parte de Alguien, a quien ese día celebrábamos y agradecíamos que estaba ahí, silenciosamente, dentro de cada uno de nosotros, y también entre todos nosotros, juntos.

Y así continuó hablando de ese ser maravilloso del que éramos parte y que a todos nos había unido y cerró diciendo:

“Por eso es un día especial, porque celebramos una unión espiritual. Un día donde nadie está solo, para siempre. Un día en el que todos nos sentimos parte de una pareja, nuestra *animus* y nuestra *ánima* son una sola. Y por lo mismo es un día sagrado. Y les agradezco por compartirlo de esta forma. Hoy más que ningún otro día, estamos con ustedes. Gracias”

Abrumada, agradecida y sorprendida por esas palabras que revelaban su creencia en ese Dios maravilloso al que yo experimentaba de la misma forma y que jamás habría podido acercarme a describir con tanta claridad y belleza, respondí:

—Está hermoso, François, pero nadie creería que yo escribí eso. Porque no es la forma en la que acostumbro a expresarme.

—¡Por supuesto que no! Esto es solo para ti, para que te sirva a manera de inspiración. Podrás decir ya con tus palabras lo que quieras rescatar de esto; es más, les puedes decir que tuviste esa conversación no solo contigo, por decirlo así, sino con alguien que llevas en tu maleta, y que es parte de la novela que piensas escribir. Ya en serio, ojalá que este pequeño texto siembre pensamientos, ideas de consuelo, te revele creencias y te ayude a compartir tu amor, tu esperanza y tu alegría con tu familia.

Y con esos hermosos pensamientos en la cabeza me fui a dormir el día anterior a la boda de mi hijo.

UNA BODA DANESA: ACCIDENTES, BRINDIS Y DISCURSOS (2017)

La mañana del día de la boda me desperté temprano para ir al baño que estaba en el piso de abajo. A mí me había tocado dormir sola en el de arriba.

—Sí, Nora, esta habitación doble está perfecta para Ileana y para ti. Y vamos a dejarle esta otra, con cama individual, a hermanita, para que no ande batallando con subir y bajar esa escalera tan espantosa —dije cuando andábamos decidiendo quién dormiría dónde.

La propietaria del departamento nos había dejado cuatro pares de pantuflas e insistió en que los usáramos, ya que según ella, el *parquet* era muy resbaladizo. El caso es que esa mañana, toda adormilada al levantarme, ni siquiera vi las pantuflas que estaban al pie de mi cama y empecé a bajar la escalera, tratando de agarrarme de los barrotes que estaban a la izquierda, pues a la derecha no había nada, más que el voladero. De repente, mi pié izquierdo se resbaló y como pude, me aferré con fuerza al borde del piso de arriba, no sin rasparme todo el brazo en el intento. Me quedó de recuerdo por varias semanas un moretón tremendo, que por suerte estaba en la parte interna del brazo y no se notaría con mi vestido de fiesta, esa noche.

—¡Ah, bárbara! —me dijo Mony mientras se preparaba café más tarde— te pudiste haber matado.

—Es que yo no entiendo —dijo Nora, terminando de poner la mesa para desayunar— cómo dejaron esa escalera sin barandal, siendo tan peligrosa.

—Pues por eso la mujer insistía tanto en que usáramos las pantuflas —terció Ileana— yo las mías no las suelto.

—Será la falta de costumbre —respondí sobándome todavía el brazo, a ver

si se calmaba algo mi dolor— el caso es que ni siquiera vi las mentadas pantuflas cuando me desperté. Lo que me da pavor, es que el día de la boda de Gina me pasó algo parecido.

—¿En serio? —preguntó Ileana.

—Sí. Esa mañana había bajado a buscar no sé qué; el caso es que entré descalza a la cocina y resulta que el refrigerador había estado escurriendo agua toda la noche y había un gran charco alrededor que no vi y me resbalé, y casi me desnucó. De suerte logré girarme para caer de lado.

—¡Ah, sí! —dijo Mony— me acuerdo que no sabías si esa noche te ibas a poder poner los tacones, porque traías un pie hinchado.

—Oye, pues habrá que tener mucho cuidado el día que se case el siguiente de tus hijos, porque si no, no llegas viva a la boda del cuarto —dijo Nora riendo.

—¡Calla, calla! Ni digas —dije sentándome a la mesa— Oigan, ¿ya pensaron qué es lo que van a querer comer al rato? Recuerden que Alex nos dijo que la ceremonia religiosa es a la una del medio día y, que de ahí nos iremos a la fiesta, pero que no se va a servir más que *champagne* al principio y la cena es como hasta las siete de la tarde.

—¡Ay, es cierto! —dijo Nora— ¿y si vamos a un tipo Súper Siete a comprar algunos sándwiches para comer, acabando la misa? Los podemos llevar en el maletín en donde vamos a poner los zapatos bajos, y los suéteres.

—¿Y quién va a comprarlos? —preguntó Mony— qué flojera.

—Pues vamos haciendo una rifa —respondí— y a las dos que les toque, van.

Eso hicimos, y a Ileana y a mí nos tocó ir.

Salimos al aire fresco de la mañana, en la que ya asomaba el sol que presagiaba un día ideal. El barrio parecía abandonado, pues a excepción de una pareja que pasó con sus dos niñas, todos en sus respectivas bicicletas, no había nadie más. Las calles del centro de Århus eran angostas, donde apenas cabía un carro estacionado a la derecha y espacio para que otro más circulara. No había casas, más bien eran todos edificios de departamentos, de tres o cuatro pisos, como el nuestro.

Ileana y yo íbamos entretenidas platicando en la acera izquierda, y como tendríamos que girar a la derecha en la siguiente esquina, me bajé para cruzar a la acera contraria. En eso escuché un chirrido de llantas y pasó rozándome un ciclista que, por la raya que dejó en el pavimento al frenar, venía a tan alta

velocidad que no me percaté de su cercanía.

El hombre casi se cayó de la bicicleta y, dos o tres cosas que llevaba en ella, rodaron por la calle al tiempo que me maldecía. Yo no entiendo danés pero por su cara estoy segura de que me insultó, para luego arrepentirse; cuando vio mi cara de terror y pena.

Recogió apresurado sus cosas y continuó su camino meneando la cabeza en desaprobación.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Pero qué es esto? —pregunté poniéndome la mano derecha en el pecho tratando de respirar con normalidad, después del susto— ¡Es el segundo accidente que tengo en menos de cuatro horas! Imagínate Ileana ¿que el pobre hombre no me hubiera alcanzado a sacar la vuelta?

—Habrías ido a dar al hospital, Mara —respondió asustada también— porque ¡venía volado!

—Es que ¡ni siquiera lo escuché venir!

—¿Y no te fijaste al cruzar?

—La verdad, no. Estoy tan acostumbrada a esperar el sonido de un carro, que cuando no oí nada, me crucé a lo pendejo.

Ya con los sándwiches, volvimos más tarde al departamento para arreglarnos para la boda. Un taxi nos vino a recoger, y llegamos casi a la par que Alex, que estaba en el atrio de la Iglesia saludando a algunos compañeros de trabajo, a familiares de Katrine, y a sus amigos de la prepa, que habían ido con sus respectivas novias y esposas. Me presentó a todos y saludé con mucho gusto a sus compañeros, que habían pasado muchas noches en mi casa jugando video juegos. Alex había tenido una adolescencia y juventud muy tranquilas, con su grupo de siete amigos, sin fiestas ni alcohol. Pero eso sí, eran adictos a los videojuegos, con los que se relajaban después de horas de estudio.

Más tarde llegaron Rafael y su novia, con Gina, Ritter y Mía, y se pusieron a platicar con la familia de Katrine, hasta que llegó el momento de entrar a la Iglesia.

La ceremonia la ofició una mujer ministro, y en el altar había tres sillas a cada lado, unas frente a las otras. En ellas nos sentamos, en un lado los papás de Katrine y, en otro, Rafael y yo. Desde allí vimos caminar a la novia por el pasillo central, hacia Alex, quien la esperaba al pie del altar. Ella se sentó

junto a sus padres y mi hijo junto a nosotros.

En un momento de la ceremonia, después de que intercambiaron votos, el papá de Katrine se vino a sentar a nuestro lado, y Alex se sentó junto a su ahora esposa, frente a nosotros.

No entendí nada del sermón, a excepción de la homilía, que se leyó en danés y en inglés en atención a los extranjeros. Tampoco entendí los cantos, pero eran hermosos. Los había elegido mi nuera.

Al salir de la Iglesia, fue el momento de las fotos de familia y, después, nos fuimos al lugar donde sería la recepción. En la entrada había unas mesitas altas redondas, sin sillas, alrededor de las cuales la gente se reunía a platicar. Después de una hora, cuando los novios regresaron de su sesión de fotos, ya llevábamos todos varios tragos y lo que queríamos era sentarnos. Así que después de su entrada al salón, cada quien se fue a su mesa.

Como el lugar era una cafetería, todas eran mesas rectangulares, y a la familia de los novios nos sentaron juntos (papás de ambos, novia de Rafael y tías). Los hermanos y hermanas de los novios, con sus respectivas parejas, se sentaron con los novios.

Llegó el momento de los discursos, cada miembro de la familia iba dando el suyo, y después se brindaba. Con tanto acelere, yo había preparado el mío en el taxi que tomamos de la Iglesia a la recepción. Ni oportunidad tuve de revisar el *Whatsapp* de François, así que hice algo con lo que logré rescatar de mi memoria. Lo que escribí y leí ahí, decía:

“¡Buenas noches!

Hoy todos somos Uno... Estamos reunidos aquí, porque un día Katrine y Alex se conocieron, y se enamoraron...se hicieron Uno; y ya que todos somos, de alguna manera, parte de ellos, todo lo que nos hace diferentes no importa, todos, nos hemos convertido en Uno. Y, como ese Uno, compartimos el amor que sienten el uno por el otro.

Que cada día que pase se encuentren más cerca y más enamorados. ¡Dios bendiga su amor!

¡Salud!”

Brindamos, comimos y hubo unos juegos muy divertidos:

Nos pusieron a todos los invitados de pie y al frente se colocó uno de los hermanos de Katrine como coordinador, que nos decía cosas como:

—¿Qué elegirán para su luna de miel, Katrine y Alex? Los que crean que

una playa soleada, pónganse a mi lado derecho y los que crean que se van a ir de camping a las montañas del lado izquierdo.

—¿Quién es, de los dos, el que tiene mejor sazón para cocinar? Los que piensen que Alex a mi izquierda, los que crean que Katrine, a la derecha.

Otra de sus costumbres que me llamó la atención es que, si por alguna razón el novio, estando ya sentados a la mesa, dejaba a la novia sola, todos los hombres en el salón se ponían de pie y corrían a besarla en lo que el novio regresaba. O viceversa. Así que los dos salieron muy besados esa noche.

O bien, de repente todo mundo empezó a golpear el piso que, siendo de madera, era muy ruidoso; y también a golpear la mesa con la mano. Los mexicanos que estábamos ahí no entendíamos qué pasaba, hasta que vimos que los novios se ponían de pie y cada uno se subía a su silla y se daban un beso. Esto se repitió varias veces durante la noche y se fue poniendo cada vez más peligroso conforme los novios bebían un poco más.

En fin, bailamos hasta el amanecer y a eso de las 4:00 de la mañana salimos todos hacia nuestras respectivas casas. Mi hermana y cuñadas se habían ido poco después de media noche, así que Daniel y su novia Liza me acompañaron. Katrine y Alex se fueron caminando al mismo tiempo que nosotros, pero en otra dirección. A esas horas ya no había Ubers en servicio.

Mientras caminábamos al costado del bosque que rodeaba a la Universidad con dirección al centro de la ciudad, me dijo Liza:

—Tía, mis respetos por cómo llevaste esta noche.

—¿A qué te refieres? —le pregunté.

Daniel intervino diciendo:

—A que todos estábamos muy preocupados por ti, mamá. Porque papá iba a estar ahí con Patricia... y sobre todo por Gina. Nos dimos cuenta de que, tan pronto cargabas a Mía, Gina mandaba a Ritter a por ella. Pero tú estabas tan feliz y relajada, como creo que ninguno de nosotros lo estaba. Ninguno de nosotros esperaba eso.

—¡Ahhhh! ¡Eso! ¡Pues sí! —respondí sonriendo—. Gracias a Dios que me puso a un ángel en el camino y me dio una asesoría muy buena, mejor que la que me dio la psicóloga, y que me ayudó a ver esta noche, desde el amor. Me la pasé mandando sentimientos de luz y amor para todos.

—Papá es el que andaba desbarrando —continuó Daniel— cuando vio a Larissa con su “novio” danés bailando muy acá, ¡casi le salía espuma por la

boca!

—Bueno, es obvio que no tiene el menor interés en que otra hija se le quede por acá.

Y así siguió la plática acerca de los incidentes de la boda, como el del par de muchachos que llegaron, como si fueran de la familia, uno de ellos hasta me sacó a bailar y, cuando menos lo esperábamos, salieron corriendo con unas botellas de vino, quebrando otras en su huida.

A una cuadra de llegar a la casa, el tacón de mi zapato se enredó en mi vestido y, como la tercera es la vencida, esta vez sí que fui a dar hasta el suelo. Me raspé un poco las rodillas, pero nunca solté el cigarro que iba fumando.

Y así, accidentalmente, acabó ese día que nos había tenido a todos en vilo por tantos meses.

GOLPE DE TIMÓN

(2017)

Una vez pasada la boda, mi mente pudo al fin enfocarse en lo que acababa de pasar hacía una semana. No podía sacar de mi cabeza todo lo platicado y experimentado con François. Cómo era posible que el encuentro con una persona me hubiera movido tanto. Y no es que fuera fácilmente impresionable, ¿eh?

Después de Jack, conocí a Stéfano y después a David, pero con ellos el sentimiento no fue el mismo. En cambio, con François hubo una especie de magnetismo que me hizo sentir que lo conocía de toda la vida ¿o en otra vida quizá? No lo sé, el caso es que llegué a Monterrey con un volcán en mi interior.

—¡Lo quiero ver de nuevo! —Le dije a Pita cuando caminábamos por la Calzada al día siguiente de que llegué, pues me urgía hablar con ella en persona—. ¡Me gustaría vivir en París! Qué impotencia conocer a alguien así, para luego decir adiós, dejando tantas preguntas por hacer, ¡tanto qué decir!

—Pues nada te detiene —me dijo—, no sé por qué le das tantas vueltas al asunto. Por lo pronto, no tienes donde meterte. Tu departamento está rentado por los siguientes siete meses. Y la próxima semana firmamos ya la venta de la casa de tu comadre. Tendremos más dinero de lo que pensábamos, muy pronto.

—Eso, si no se nos cae la venta —le dije— ya ves que en este negocio, todo puede pasar. Aparte, ya tengo rentada la casa en San Miguel de octubre a diciembre, justo a tiempo para regresar para el cumpleaños de Mía, que vendrá esta Navidad. ¡Es una preciosidad, Pita! Ojalá que esta vez sí tenga oportunidad de estar con ella un poco más.

Me quedé dándole la vuelta a la idea en mi cabeza, hasta que finalmente decidí arriesgarme y escribirle a François:

—Por favor no te asustes François, pero estoy considerando la posibilidad

de regresar a París por un par de meses, pasando Navidad. Me quedé con muchas preguntas en la cabeza, que no hubo oportunidad de hacer por el poco tiempo que tuvimos. Yo sé que tú estas muy ocupado con tu trabajo, y que eso y tus hijas consumen todo tu tiempo. Pero yo estoy dispuesta a aceptar el que me puedas dedicar. ¡Es que hay tanto que quiero aprender! Y las cosas acá en Monterrey se me han ido acomodando tan bien, que me puedo dar el lujo de regresar.

—¡Qué excelente noticia, Mara! —respondió inmediatamente— me encantaría volverte a ver. Pero ¿por qué quieres esperar hasta después de Navidad? ¿No puedes venir antes?

—¿Y qué le respondiste? — me preguntó Pita en nuestra caminata matutina al día siguiente.

—Pues que ya tengo separada una casa en San Miguel de Allende por los siguientes dos meses, y que tenía que estar aquí para Navidad.

—¡Ay, comadre! ¿Por qué te quieres esperar hasta enero? para entonces... ¡capaz que ya hasta novia trae! Mira, si tienes muy claro que eso es lo que más quieres en este momento, y más aún: ¡Puedes! Vete primero a París y ya en enero, a San Miguel.

—¡Como si fuera tan fácil! —le respondí— No sé si a estas alturas pueda hacer esos cambios en Airbnb, o si hay alguna penalización. Si la casa se vende o se nos cae la venta otra vez. Pero bueno —continué pensativa— nada pierdo con intentarlo. Al rato llamo a Airbnb para investigar.

»A la que se le va a caer, ahora sí, todo el pelo, es a mamá. A ver cómo lo toma. Ya de por sí se está quejando de que a qué voy a San Miguel, pudiendo estar aquí con ella y con mi hermano Martín.

—Como si se aguantaran más de 15 días juntos —dijo mi comadre, soltando una carcajada.

Los siguientes días todo se fue acomodando, como las piezas de un rompecabezas, de una manera impresionante. En Airbnb me dijeron que no había penalización, que solamente verificara con mi anfitriona en San Miguel si tenía disponible el departamento en las fechas que ahora quería ir. Mirtha, que así se llamaba, muy amablemente me dijo que por ella no había ningún inconveniente.

La firma de la casa se llevó a cabo sin ningún impedimento, a excepción de

la llanta del carro que se me ponchó en el camino, pero gracias a Dios alcanzamos a llegar a tiempo.

Estando en la Notaría, recibí un mensaje de François, era un video de un desfile de modas que se estaba realizando en la planta baja del edificio de La Bourse (La Bolsa) donde se encontraba su oficina. ¡Estaba pensando en mí!

—¡Estamos en la Notaría firmando la venta de la casa! — Le contesté, en la primera oportunidad que el Notario dejó el despacho— ¡todo parece que se está acomodando para irme a París! He estado reorganizando tentativamente mis planes y todo indica que sí me podré ir en estos días, para volver a tiempo para Navidad. Saliendo de aquí, empiezo a buscar vuelos y hospedaje en Airbnb y hablaré con mamá. Por cierto, muchas gracias por los tips que me diste sobre los distritos más apropiados para quedarme. Trataré de encontrar un lugar cercano a tu trabajo, para que no se convierta en una odisea para ti el irme a visitar.

—A visitarte ¡claro! —respondió— ¿y a quedarme también?

—¡Por supuesto! Por el tiempo que quieras y puedas — le dije, feliz.

—Recuerda, si llegas el 13, como me habías dicho — me aclaró— no estaré aquí. Yo regreso ya tarde de mi viaje a Colombia, al día siguiente; y más adelante pasaré una semana con mis hijas de vacaciones, pero el resto del tiempo será todo tuyo.

—¡Por favor! No te preocupes por eso, ya aprovecharé yo ese tiempo para recuperarme del jet lag, pasear y escribir... ¡ Estoy tan feliz!

La que no estuvo feliz fue mi mamá.

—¿Y a qué vas allá, de buscona? ¡Date tu lugar! Antes me cortaba yo una pierna que mostrarle a un enamorado mi interés —me dijo mientras disolvía el azúcar en su café a la mañana siguiente.

—Mamá, ¡entiéndeme por favor! François me encanta, pero no como enamorado, ni futuro marido. Lo que quiero es aprender más de él. Ya te dije lo que me ayudó con lo de Gina —le respondí tratando de controlar las ganas de salirme a fumar—. Mira, velo como que voy a un retiro espiritual. Porque eso es para mí, me hace falta. Necesito este tiempo allá con él.

—Pero ¿qué es eso? ¿qué les voy a decir a tus tíos si empiezas a subir fotos con él en *Facebook*? —me dijo, mirándome angustiada.

—Te prometo que no voy a mencionarlo para nada en *Facebook*. ¡Cero comentarios! ¡Cero fotografías! ¿Okay? Y aparte, de cualquier forma, es el

mismo tiempo que pensaba irme a San Miguel. De octubre a diciembre. ¡Es más! ¡Es un día menos! Porque no conseguí vuelo para el 12, como quería — le dije, parándome de la mesa y dándole un beso mientras me dirigía al jardín.

«Las vueltas que da la vida —pensé mientras fumaba sentada en la mecedora disfrutando del fresco de ese medio día otoñal—. Hace un mes estaba hecha un guiñapo por los nervios de la boda, el miedo de reencontrarme con Gina y la emoción de conocer a Mía; a punto de entregar mi departamento a los inquilinos y diciéndole a David que no esperara a encontrar a la mujer de su vida para hacer las cosas que siempre había querido hacer. Y he aquí, que solo cuatro semanas después, estoy feliz, disponiéndome a iniciar la mayor aventura de mi vida».

REENCUENTRO EN PARÍS

(2017)

—Apenitas acabo de llegar —le dije por teléfono a Maribel, la nana de Larissa, que trabajaba conmigo desde hacía 22 años—, justo se acaba de ir el hombre que me abrió el departamento. Acá es súper tarde, me imagino que allá son como las cuatro.

—Ay, me imagino que ha de andar bien cansada —me dijo— pero es que le quería comentar algo de los inquilinos.

—¿Todo bien? —pregunté algo alarmada.

—Sí, pero el asunto es que, al parecer, no van a rentar oficina en la Torre Kía, como hicieron los otros, la vez pasada. Ya hasta contrataron una secretaria, que me encontré aquí hoy por la mañana, cuando llegué.

—Ay, espero que los de la administración no nos hagan bronca por eso.

—Deje usted, ¡no nada más eso! A lo que le va a salir el recibo de la luz si se quedan aquí todo el invierno y encienden la calefacción. Y usted se los rentó con los servicios incluidos.

—Ay, Maribel, tienes toda la razón, piensas en todo. Gracias por avisarme. Mañana mismo le llamo a la chava y le digo que lo que se excedan en mi consumo normal de servicios, lo van a tener que pagar ellos. Al fin y al cabo se están ahorrando el gasto de la renta de una oficina. Por cierto, no olvides mandarme los recibos que vayan llegando para poder mandarte el dinero para que me los pagues, por favor.

—Claro, no se preocupe por eso. Oiga, pero cuénteme, ¿cómo está el departamento ese?

—Pues muy chiquito. Es más o menos del tamaño de mi recámara de allá.

—¿Todo? —preguntó asombrada.

—Pues sí, pero mira, tiene una cama matrimonial, una mesita redonda con dos sillas como para comer, televisión, un clóset, un baño que está de buen tamaño, cocina equipada con microondas y hasta cafetera y lavadora.

—Y ¿todo eso cabe? Ay, no le vaya a dar el ahoguillo.

—No, que va, Maribel —respondí riendo— no necesito más. Bueno, la verdad hubiera sido fabuloso que tuviera una terraza para salir a fumar, pero al menos me dejan fumar aquí adentro, con la condición de que abra la ventana.

—Uy, pues se le va a apestar todo cuando llegue el frío de a de veras.

—Ya sé —le dije— pero fue lo mejor que pude encontrar en donde me dejaran fumar, tuviera elevador por eso de mis rodillas (ya ves cómo batallo con eso) y que estuviera cerquita del trabajo de François.

—Ay, pues qué padre, señora. Bueno, ya la dejo que ha de andar bien cansada.

—Sí, Maribel, gracias por avisarme, seguimos en contacto. ¡Besitos!

A la mañana siguiente a mi llegada, un viernes, salí a explorar los alrededores y me di cuenta de que estaba como a dos cuadras de la Iglesia de San Eustaquio, medieval, hermosa. Al pasar, escuché unos cantos tan armoniosos que hice el intento de entrar, y aunque traté por las tres puertas que había, no pude. Concluí que era un ensayo a puertas cerradas o bien que la música había viajado a través del tiempo para recibirme.

Justo enfrente de la Iglesia estaba una zona comercial llamada Les Halles, que tiempo atrás fue una especie de mercado de abastos en París. Ahí había una estación de metro, con líneas que iban a todos los rincones de la ciudad, pero que usé pocas veces, pues esa zona resultó muy céntrica para caminarla. Estaba a unos 20 minutos del museo del Louvre, del Museo Georges Pompidou, de la Catedral de Notre Dame y del Barrio Latino.

Como yo tenía muy claro que François no era el hombre que estaba buscando, y mi sentido de urgencia por encontrarlo no había menguado, volví a reactivar mi perfil en *Tinder*, y poco después me puse de acuerdo con un tal Michael que me invitó a comer el siguiente martes.

El lunes a medio día, finalmente François me mandó un mensaje de *Whatsapp*, preguntando si estaría en el apartamento por la tarde, para irme a visitar.

—¡Claro! Aquí te espero —respondí.

E inmediatamente me fui al supermercado que había a la vuelta y me surtí de cosas para comer y una botella de vino. No tenía idea de qué le gustaría, así que tardé un buen rato en decidir qué llevar.

Regresé al departamento y revisé que tanto este, como yo, estuviéramos

presentables. Mi corazón palpitaba aceleradamente.

A eso de las cuatro de la tarde escuché que llamaban a la puerta, la abrí y ahí estaba, sonriente, frente a mí.

—¡Bienvenida, Mara! ¿Quién iba a decir que nos volveríamos a ver tan pronto cuando nos despedimos hace un mes? —me dijo abrazándome y besándome.

—Tú dijiste que estabas seguro de que nos volveríamos a ver. Pero nunca te imaginaste en la que te metías al decirme eso —repliqué riendo.

Y seguimos platicando y riendo animadamente, mientras él dejaba su maletín sobre la mesa y se empezaba a quitar la bufanda y el abrigo.

En ese momento sentí nuevamente esa sensación de conocerlo de toda la vida. Le mostré mi departamento, y nos sentamos un rato en la cama para ponernos al tanto de nuestras novedades.

Finalmente llegó el momento de explicar con más detalle qué era lo que me había hecho regresar; y viéndolo ahora, en retrospectiva, me doy cuenta de que fue entonces, cuando sin siquiera percatarme de ello, cerré la puerta a cualquier posibilidad de una relación romántica con él.

—Mira, François, la verdad, todo lo que hablamos el día en que nos conocimos me dejó sumamente impresionada. Quiero saber más, necesito saber más. Estoy segura de que, así como lo que hablamos me dio mucha luz en mi relación con Gina, creo que tal vez me puedas ayudar en esto otro —le dije mientras él me escuchaba muy atentamente—. Después de Jack y de haber vivido lo que viví con él, he sentido una urgente necesidad de encontrar una pareja y he conocido a varias personas, pero no he tenido suerte. Me siento como en una carrera contra el tiempo, ¡que no puedo desperdiciar ni un minuto, ni un momento! Es tal el apremio que volví a abrir mi perfil en *Tinder* y ya tengo para mañana una invitación a comer. En fin, el caso es que me da terror terminar amargada si no llego a encontrar a nadie, no quiero terminar mi vida sola. Ayúdame a descubrir cómo ser feliz aun si no lo encuentro.

Tomando mi cara entre sus manos me dijo mirándome a los ojos:

—Tú no vas a estar sola porque tienes la mente y el corazón abiertos y porque atraes lo que eres. Te vas a topar en tu vida con otros ángeles y uno de ellos será el que estás buscando. ¡Así que ni te preocupes por eso! Es más, aprovecha mientras estás aquí, ¡sal!, ¡conoce gente!

—¡Ah! Y otra cosa —le dije, al notar que él quería pasar a la acción— aquella noche, cuando estuvimos juntos, yo...me di cuenta de qué tal vez soy muy vieja para ti. Tú parecías no cansarte nunca y yo, yo...

—¿No te gustó? —me dijo deteniéndose y mirándome seriamente.

—¡No es eso! ¡Sí me gustó! —traté de encontrar la forma apropiada de decirlo— es que fuiste muy fogoso, ¡y parecías no cansarte nunca!

—¡Ahhh! —Sonrió— seguramente es porque tenía casi nueve meses sin estar con una mujer y quise aprovechar la ocasión. No te preocupes, seré más considerado a partir de ahora.

Más tarde, en la cama —con un sándwich y una copa de vino—, seguimos platicando. Me contó más acerca de su trabajo, dijo que estaban a punto de sacar acciones a la venta en la bolsa y que eso lo traía muy ocupado. Que su amigo era el socio mayoritario y lo había reclutado. En resumen que su vida era el trabajo y sus hijas. Me habló de ellas y un poco más de su exesposa.

Me sugirió que me inscribiera a una sociedad de expatriados, gente que acababa de llegar a vivir a París, y que se reunían para cenar o turistar juntos.

—Así aprovechas tu tiempo ¡y no te aburres! —dijo.

—Esta bien, lo voy a considerar —le respondí dubitativa.

A la mañana siguiente nos levantamos temprano queriendo aprovechar todo el tiempo posible. Desayunamos y un par de horas después, a punto de subir al elevador, se despidió diciendo:

—Ay, Mara, Mara...estás empezando el segundo capítulo de tu vida...y este es el mejor, ya lo verás.

Y diciendo adiós con la mano, se metió al elevador y se fue.

ZOZOBRA

(2017)

Había acordado reunirme con Michael el martes a medio día, a unas cuadras de su trabajo, para comer. Me mandó la dirección y me entretuve un buen rato decidiendo qué línea de metro me acercaría más al lugar.

Me fui temprano, por si me perdía. Estaba dispuesta, esta vez, a conocer más de París y arriesgarme a perderme.

El lugar estaba a unos 20 minutos de la Torre Eiffel, así que me fui en la línea que paraba en la estación Trocadero, la misma que tomé la noche que cené con François.

Llegué a tiempo y lo encontré esperándome. Era bajito, solo un poco más alto que yo, rubio, de ojos verdes, mirada amable y estaba en buena forma.

Pasé un rato muy agradable con él, comimos muy rico, al aire libre, y me contó algo de su vida. Su ex mujer vivía en Dinamarca, con su nuevo marido, y su único hijo vivía con ellos. Me dijo que lo visitaba con frecuencia y que incluso se quedaba a dormir en la casa de ellos. Me impresionó la manera tan desenfadada en que llevan su vida de divorciados los europeos, quizá sea porque uno de cada tres matrimonios termina en divorcio, en Francia al menos.

Cuando nos despedimos, quedamos en que nos pondríamos en contacto de nuevo, si alguna vez queríamos salir.

Regresé a mi departamento a pie, para disfrutar del sol y la caminata junto al Sena. Le mandé un mensaje de voz a Pita:

—Vengo de comer con Michael, estuvo bien, pero solo eso. Para nada sentí la chispa que hubo cuando conocí a François. Creo que lo nuestro fue algo especial, porque aunque este hombre llena mis requisitos: no tiene hijos menores de edad, no viven con él, aparte, no es mucho más grande que yo...

en realidad ¡tiene todo! Pero no, nada más no. No pienso buscarlo y no creo que él tampoco me busque... no hubo chispa, ¡no hubo química!

Más tarde, ya relajada en el departamento, esperé a que se reportara François. Traté de recordar en qué habíamos quedado. Mencionó que ese fin de semana se iría a pasar una semana de vacaciones con sus hijas, pero en realidad nunca dijo cuándo me llamaría.

Llegó la noche y para media mañana del día siguiente, seguía sin reportarse. Y la verdad yo ya estaba muy preocupada. Cuando me dio hambre decidí salir a buscar un lugar dónde comer, pero al acabar, volví en seguida a mi departamento. Había recibido un mensaje del padre Nicodemo preguntándome si estaba bien. El pobre estaba preocupado de que François resultara ser un maniático asesino. Nos habíamos reunido, antes de regresar a París, y le había contado todo acerca de él. Le respondí tranquilizándolo y le llamé a Pita, aprovechando que todavía no entraba a su clase de baile.

—¡Chingados, Pita! ¡Este cabrón no se volvió a reportar! ¿Qué tal si ya no me vuelve a llamar?

—¿Pero cómo? ¿y en qué quedaron?

—¡En nada! No quedamos en nada. No quise verme controladora preguntando cuándo nos veríamos de nuevo. Y la verdad, no lo pensé. Nos despedimos tan bien ayer por la mañana que pensé que esa noche nos veríamos otra vez y ¡nada!

—Pues sí que está raro. Pero mira, allá apenas son las tres de la tarde, igual y al rato se reporta. Tal vez tuvo mucho trabajo. Tú sal a pasear, vete de compras, distráete.

—¡No! No tengo ganas de salir. Me voy a buscar una serie en *Netflix* y aquí me voy a quedar.

Y eso hice. Llegó la noche y me fui a dormir esperando la llamada que nunca llegó. Pasé todo un día más... esperando y nada.

El jueves por la mañana la tomé con calma, desayuné y salí alrededor de la una de la tarde a comer, y después me detuve de regreso en el café de la esquina, el Bistrot du Jardin, que tenía terraza al aire libre, para fumar mientras me tomaba un Irish Coffee. Estando ahí, recibí un *Whatsapp* de Pita.

—¿Puedes hablar? Para marcarte ahora mismo.

—Sí — le respondí, alegrándome de que alguien estuviera compartiendo la zozobra conmigo.

—Voy a la clase de baile —me dijo ya por teléfono— pero quería saber si

ya se reportó François.

—No —le contesté apesadumbrada— ya pasaron dos días enteros desde que nos vimos y, la verdad, ya no sé qué hacer. ¿Qué tal si no me vuelve a llamar?

—¡Ah no! Pues mándale pero ya un *Whatsapp*, ya estuvo bueno de esperar. Mañana o pasado se va con las hijas, así que si ya no aprovecharon estos días, quizás hoy sí se puedan ver. Trágate tu orgullo y escríbele ¡no te apaniques!

—¡Ok, ok, gracias! Ya te contaré qué me contesta, si me contesta, porque a estas alturas ya no sé.

Colgando apuré mi café y me encaminé a mi departamento para escribir con tranquilidad desde ahí.

Hola, François. ¿Cómo estas? Supongo que ocupado, porque la semana pasada no estuviste aquí y la próxima tampoco estarás. ¿Nos vamos a ver antes de que te vayas o estás muy ocupado? Repórtate cuando puedas.

Menos de una hora después, respondió:

Querida Mara. Gracias por buscarme de nuevo. Tengo una cena hoy por la noche y mañana salgo al sur a las 07:29. Vuelvo de esta semana a la otra. ¿Como estuvo tu café? ¿sexy? Te escribo más esta semana, estoy hasta el tope de trabajo. Besos.”

Respondí más noche ese mismo día:

Querido François. Esperé y esperé a que te reportaras, así que decidí escribirte yo. La comida con Michael estuvo bien, es muy agradable y buen conversador, pero simplemente no conectamos. Disfruta tu cena y tus vacaciones con tus hijas. Nos vemos cuando puedas!

Hola, Mara. Estoy muy agotado y emocionado porque voy a ver a mis hijas. Con respecto a tu cita con Michael... bueno, no

todos pueden ser como nosotros :) Espero que tu primer semana haya sido un buen comienzo...estaré menos estresado u ocupado cuando regrese y compartiremos más o mejor tiempo. Te llamo este fin de semana. Loving thoughts, François.

Si me dan a elegir entre más o mejores tiempos me quedo con más, pues no veo cómo pueden ser mejores. Peaceful and loving thoughts to you too.

—¿Cómo que te dijo “Gracias por buscarme de nuevo? —preguntó Pita asombrada cuando le conté— ¡Para que veas! Él estaba esperando que te reportaras tú, porque ibas a salir con el tal Michael, y él no tenía idea de qué tal iba a ir la cita. Ponte abusada, comadre, las cosas allá no son como acá. Allá no puedes esperar a que el hombre dé el primer paso, de vez en cuando tú tienes que tomar la iniciativa. ¡Así que avispándote!

—Pues sí, tengo que adaptarme, y rápido. Pero estoy muy apachurrada. ¿Qué voy a hacer todo este tiempo que François va a estar fuera?

—Pues ahora sí que sal, pasea, o si no te hundes. Tal vez deberías inscribirte a esa cosa que te sugirió la primera vez.

—¿A InterNations?

—¡A eso! Trata de conocer gente, para que no dependas solo de François; porque si no, le vas a estar poniendo mucha presión encima. Y a los hombres no les gusta que los presionen.

Así concluyó mi primera semana en París, un poco diferente a como yo la había imaginado. ¿Qué haría todo ese tiempo que estaría François fuera? Tenía que ocuparme o si no me hundiría tal como Pita, que me conocía bien, había dicho.

Decidí aceptar la sugerencia que me hizo el primer día, e inscribirme a InterNations, pensando que quizá podría conocer gente ahí.

RENÉ

(2017)

Pasarían diez días mínimo, si François cumplía su palabra, hasta que lo volviera a ver, y a pesar de que su mensaje me había dado algo de tranquilidad, caí en una especie de pánico y depresión.

—¿Y si a su regreso me pone alguna excusa y ya no lo vuelvo a ver? —le dije a Pita al día siguiente—. Pagué por una estancia aquí de dos meses y llevo ya una semana en una especie de limbo.

—¡Te dije que salieras a pasear! —me insistió— ¡Estás en París, comadre! ¡tantas cosas qué ver, tanto que puedes hacer!

—Es que no tengo ganas —le respondí tirada en la cama—, hago un gran esfuerzo para salir a buscar algo que comer, y hasta eso, ni me da tanta hambre. Hoy comí unas uvas de desayuno y ya es la una ¡y ni me he bañado!

—Mira, ya dale la vuelta a la página —me dijo— habíamos quedado ayer que te ibas a inscribir a eso de InterNations. También revisa tus opciones en *Tinder*, igual y encuentras a alguien que te interese tanto como François, nunca se sabe. ¿No crees?

InterNations resultó ser un lugar en línea que, de acuerdo a los intereses de las personas, las subdividen en pequeños grupos para llevar a cabo actividades como visitar museos, ir a algún parque o restaurante para convivir y conocer más gente, etc.

Lo que a mí me parecía complicado era, que la mayoría de las actividades eran por las noches, pues el 80% de los miembros trabajaba, y yo no me sentía cómoda moviéndome sola por la ciudad sin luz de día. Las visitas a lugares turísticos eran los fines de semana por lo general. En los grupos, aparte de personas extranjeras, había parisinos que la hacían de anfitriones para introducirlos gradualmente en la forma de vida francesa.

Desde el día en que me subscribí, empecé a recibir mensajes dándome la

bienvenida e invitándome a participar en el montón de actividades que tenían semanalmente. Había un tal Salim que constantemente me enviaba mensajes, a los que yo contestaba de manera cortés, pero sin dar pie a más; en primer lugar, porque aparentaba unos 70 años, y en segundo, porque era musulmán. Estaban tan recientes los ataques, dos años antes, a varios restaurantes y la sala de conciertos Bataclan en París, que me atemorizaba el trato con ellos.

En *Tinder* también recibí varios mensajes, pero después de unas cuantas palabras de conversación, algunos iban directamente al grano preguntando si estaría interesada en una noche de sexo. A esos cortésmente los despachaba, pero hubo uno, René, que más civilizadamente me invitó a vernos en un restaurante por el área de Montparnasse y, a él, le dije que sí. Eso fue el domingo.

Me volví a ir con suficiente tiempo para perderme a gusto y por lo mismo, llegué con una hora de anticipación al lugar. Era una tarde fría y justo cuando llegaba al restaurante, empezó a llover.

Me senté en la terraza a tomar un café irlandés mientras veía a la gente caminar apresurada, protegiéndose de la lluvia con sus paraguas. Mientras el mío chorreaba al lado de mi mesa, dirigí discretamente mi atención a los otros comensales del lugar. Había una pareja ya mayor con su perro, otra más joven, y dos mesas con señores platicando.

Justo a la hora en que habíamos quedado vi llegar a René, venía arrastrando tras de sí una pequeña maleta. Al verme de lejos me sonrió y, después de saludarme, me preguntó si quería que entráramos, pues estaba empezando a enfriar.

Empezamos a platicar inmediatamente. Él venía llegando de un viaje, y de ahí, iba a su casa que estaba a unos 15 minutos. Pidió un café, y yo, aclarándole que pensaba pagar mi cuenta y que tenía hambre, ordené un espagueti a la boloñesa.

—Soy abogado. Mi especialización por muchos años fue la fusión de empresas; sin embargo, siempre me llamó la atención la Psicología y estudié la carrera mientras ejercía como abogado; hasta que un buen día, decidí dejarlo y dedicarme por completo a la Psicología. Ahora doy terapia Gestalt. Y tú, ¿a qué te dedicas?

—Trabajo en sociedad con una amiga, en Bienes Raíces.

Después pasamos al tema de la familia. Le conté de mis cuatro hijos, dos viviendo en Monterrey y dos en Europa, del tiempo que llevaba divorciada,

en fin, un pequeño resumen de mi vida.

Él me dijo que tenía varios años de divorciado y dos hijos ya mayores. Uno, viviendo en Londres y otro en París; que temporalmente estaba viviendo con él en su casa, junto con su esposa e hija, porque la casa que habían comprado, no se las habían entregado a tiempo.

Mientras hablábamos trataba de interpretar su comunicación no verbal. Se portaba amable, pero como midiéndome, analizándome todo el tiempo. Imagino que los hombres también tienen sus reparos al conocer personas en *Tinder*.

Al terminar de cenar me despedí, porque no quería que se me hiciera muy noche, y mientras caminábamos a la estación de metro me preguntó:

—¿Te gusta el cine?

—Me encanta —le respondí sonriendo.

—Dame oportunidad de revisar bien mi agenda y te mando un mensaje para ir uno de estos días ¿te parece?

—¡Perfecto! Espero tu mensaje entonces.

Al día siguiente me escribió diciendo que cerca de mi departamento había unos cines y que había una película muy buena, que si me interesaba ir.

Fuimos el martes, y después a cenar cerca, al café de la esquina de mi departamento.

La plática continuó y resultó que él también era masón, pero parecía serlo en un grado más avanzado que François, pues él tenía el cargo de tesorero, y parte de su trabajo consistía en ir a diferentes países a hacer una especie de auditoría o revisión de las cuentas de las Logias en lugares como Cambodia, Indonesia, Vietnam y países de Europa también.

Me contó que su papá vivía gran parte del año en Suiza, que lo visitaba con frecuencia, y que la familia tenía, también, una casa en Ibiza.

Si buscaba impresionarme, creo que lo logró. Me gustó primeramente que también fuera masón, pues tal como François me había dicho, sabía que son personas curiosas, en búsqueda constante de aprender y servir al prójimo. Su vida parecía estable, emocional y económicamente. El solo hecho de que tuviera una casa en París decía mucho, pues según François era tan costoso que muchos optaban por comprar casa fuera de allí, como había hecho él, aunque hubiera que pasar la semana entera lejos de la familia, trabajando en la capital.

Y por último, viajaba mucho. Y me vi, viajando con él, a lugares que en mi

vida he considerado siquiera ir.

—¡Este sí me gusta Pita! —le dije por teléfono, tan pronto volví al departamento—. Parece reunir todos mis requisitos ¡y más! Y lo mejor, es que ¡parece que yo también le gusto! Me invitó a su casa a cenar, pero le dije que no, que quería conocerlo un poco más. Así que quedamos en tomarnos un café el jueves. Al parecer, es un hombre tan ocupado como François.

—¡Ay, comadre! ¡No andas nada perdida! En la foto está guapísimo. Incluso mas que François, diría yo.

—¡No'mbre! El condenado puso una foto de hace 5 años —le contesté riendo—. Ahora trae el cabello más corto y un pequeño bigote. Aunque sí, tengo que reconocerlo, es muy guapo. Lástima que su inglés no sea tan bueno como el de François. Dice que jamás tomó clases, que lo aprendió solo de oírlo y por lo mismo se le dificulta escribirlo.

—Pues por lo que veo, hasta ahorita no ha tenido problemas en hacerse entender —me contestó riendo a su vez—. Me da gusto que estés un poco mas animada.

—Sí, ¡gracias a René! Porque con los de InterNations fui anoche a una cena que hicieron a cuatro cuadras de aquí y aunque fue divertido y conocí gente de otros países, la verdad, parecía la mamá de todos, eran de la edad de mis hijos. Y el único que ha mostrado interés por mi, enviando mensajes, es un tal Salim, pero en la foto se ve viejo y aparte es musulmán, así que mejor ni le busco por ahí.

—Ay sí, comadre ¡a ese ni lo peles! Oye, me está entrando una llamada, mantenme al tanto de tus noticias, hablamos mañana —me dijo antes de colgar apresuradamente.

Mientras me preparaba para dormir recibí un mensaje de François:

—Iré mañana a París por trabajo. ¿Estarás en tu departamento después de mediodía? Quiero saber si puedo pasar a visitarte.

—¡Claro! Aquí te espero — respondí feliz, olvidándome por completo de René.

Esa noche batallé para dormirme, anticipando con emoción la llegada de François.

LA NUEVA MARA

(2017)

Ante la expectativa de la visita de François, amanecí muy activa el día siguiente. Desayuné y me bañé temprano, cambié sábanas, fui al mercado cercano a comprar algo de vino, fruta, un pollo rostizado y después de revisarme mil veces en el espejo, me senté a esperar.

El corazón se me quiso salir por la boca cuando escuché tocar a la puerta. Fui a abrir y ahí estaba sonriendo, como si nos hubiésemos visto solo un par de horas antes.

Nos abrazamos y empezamos a besar, mientras torpemente nos movíamos hacia la cama y después de disfrutar un buen rato de sexo dulce y apasionado, nos paramos a buscar algo qué comer y beber mientras nos poníamos al tanto de nuestras novedades.

—Pensé que no volverías sino hasta el próximo lunes — le dije.

—Algo surgió en la oficina y como las niñas y yo nos estamos quedando con papá, aproveché para dejarlas con él. La verdad no tengo dinero para llevarlas de vacaciones a ningún lado. Así que la pasamos allí y a la vez le servimos de compañía.

—¿Cuándo regresas con ellas? —pregunté.

—Hoy mismo, salgo en el tren de las 5 de la tarde, así que todavía tenemos tiempo —me dijo sonriendo—. Pero, cuéntame de ti. ¿Qué has hecho estos días? ¿qué lugares has visitado?

—La verdad, no he salido mucho — le respondí tratando de no profundizar en el tema y que no se diera cuenta de que había estado encerrada allí, en depresión, casi todo el tiempo.

—¿Cómo? ¿Ningún museo? —preguntó mientras yo negaba con la cabeza.

—No, nada de museos ni lugares turísticos. Pero me uní a InterNations —le dije con una sonrisa de logro— y antier hubo una reunión en un restaurante aquí cerca, y fui.

—¿Y qué te pareció? ¿Cuánta gente fue?

—Éramos unas ocho o nueve personas. La pasé muy bien, aunque la mayoría era mucho más joven que yo, y habían ido con la intención de practicar su francés. De cualquier forma platicué con algunos, no me aburrí.

—InterNations es una buena forma de conocer gente. Si eso es lo que quieres, debes aprovechar tu tiempo. Y en *Tinder*, ¿conociste a alguien?

—¿En *Tinder*? —suspirando, le dije — no he tenido mucha suerte. Muchos solo están interesados en sexo, raro es el que está dispuesto a ir a comer, tomar una copa de vino y platicar. Pero aún así, conocí a uno que, casualmente es masón, como tú.

—¿En serio? —me miró entre sorprendido y divertido.

—Fue lo que yo pensé —respondí riendo—. ¿Cuáles son las probabilidades de que en una ciudad, así de grande, conozca a otro masón? ¿Hay muchos en París?

—Es que atraes lo que eres. Eres una mujer muy curiosa, con deseos de aprender y eso es lo que viene a ti. Es simplemente la Ley de la Atracción —me dijo, mirándome pensativo—. ¿Que cuántos somos? Creo que alrededor de tres mil. Pero bueno, ¿y qué tal te fue con él?, ¿te gustó?

—Es simpático. Ayer fuimos al cine, pero la mala suerte fue que la película era danesa y los subtítulos estaban en francés, así que no entendí mucho.

—Pero ¡qué tonto! ¿Cómo no checó que fuera una película que pudieras disfrutar tú también? —dijo un poco molesto.

—La verdad no sé. Era una película ganadora de varios premios y tal vez supuso que sería en inglés.

—Bueno, lo importante es que la hayas pasado bien —dijo mientras se servía otra copa de vino—. Tú, sigue conociendo gente, sal con quien quieras. Y si alguno te gusta, como para traerlo, solo me dices para no aparecerme yo por aquí.

—¿Lo dices en serio? —pregunté casi atragantándome con el que yo estaba tomando.

—¡Claro! No veo ningún problema. Mira, tú estás buscando al hombre de tu vida. ¿No es así?

—Sí, claro, pero...

—Te voy a ser honesto —me dijo mirándome seriamente—. Creo que ese empecinamiento que tienes en encontrarlo está condicionado en alto grado, por tu cultura latinoamericana y tu educación religiosa, que ha sido católica.

Entonces, la única forma en que te das permiso de disfrutar sexualmente con un hombre, es porque le asignas a él la etiqueta de: “probablemente es el hombre de mi vida”. En ese aspecto, ya has dado un gran paso. Te estas dando permiso de disfrutar el sexo conmigo porque te atraigo, porque dices que quieres aprender de mí ¡y está perfecto! En Europa —continuó— en general no tenemos la palabra pecado en nuestras mentes todo el tiempo, como ustedes en México. Para nosotros es de lo más normal que, si alguien nos atrae y el sentimiento es mutuo, pasamos a la relación sexual como la continuación lógica de la relación. Así que por eso te digo ¡sal! ¡Conoce gente! Date permiso de disfrutar tu vida y tu sexualidad con quien quieras, ¿ok?

—¡Pero me siento adúltera, Pita! — le conté por teléfono a mi comadre a la mañana siguiente.

—¡No puedo creer que te haya dicho eso! —me decía aún sin salir de su asombro— ¡pero tiene razón! A estas alturas de la vida, con tus hijos ya grandes, tu ex con novia... ¿a quién le vas a hacer daño? ¡Es simplemente fabuloso! Haz de cuenta que te abrió la puerta para que hagas lo que realmente quieras. Y por cierto, si René te vuelve a invitar a su casa a cenar, reconsidéralo. Aunque con mucho cuidado, no vaya a ser un asesino —dijo riendo.

—Es que yo jamás le fui infiel a Rafael en los 32 años de matrimonio. Ni creo que él a mi. La honestidad, la fidelidad y la lealtad son valores muy míos. Y de repente este hombre me dice que por él no hay problema; y lo que son las cosas, ni aún así, me siento cómoda —continué— siento que le estoy siendo infiel a François.

—¿Y a René? — preguntó Pita.

—¿A René? —me sorprendió la pregunta— qué raro, pero a René no. No sé por qué, pero a René no.

Esa tarde terminé aceptando la invitación de René de ir a conocer su casa el siguiente domingo, aprovechando que su hijo y su familia habían salido de vacaciones. Decidimos que cenaríamos en un lugar cercano, porque él iría a visitar a su papá a Suiza la mañana siguiente y volvería hasta el domingo a mediodía.

La cena estuvo deliciosa. Fuimos a un pequeño restaurante donde los

meseros parecían conocerlo. Me aconsejó que pidiera un pato con vino blanco y él cenó una ensalada y una copa de vino. Más tarde nos fuimos caminando a su casa, que estaba más o menos a un kilómetro de ahí. Me mostró con orgullo el pequeño jardín que tenía al frente y, cuando se disponía a abrir la puerta para entrar, le dije:

—Si no te molesta, me voy a fumar mi último cigarro del día antes de pasar, ahorita te alcanzo.

—Tómate tu tiempo. Voy a empezar a encender las luces, para mostrarte la casa.

Al encender mi cigarrillo busqué automáticamente mi teléfono. Tenía una llamada perdida de François y un mensaje.

“Me habría gustado llegar hoy por la noche, pero se me hizo tarde. Llegaré contigo mañana, a mediodía, como habíamos quedado originalmente. ¡Dulces sueños!”

De la noche y mañana siguiente, con René, solo tengo bellos recuerdos. Fue un caballero en todo momento, y los dos nos disfrutamos feliz y relajadamente. Creo que la nueva Mara había llegado para quedarse.

NUESTRA VIDA EN COMÚN

(2017)

Es se día, François llegó al parecer, con intenciones de quedarse. Traía una maleta pequeña con ropa a la que le encontramos lugar en el armario y los cajones. Fue algo que sucedió sin hablarlo a fondo, provenía de un acuerdo tácito de tratar de estar juntos, a partir de ese momento, todo el tiempo que fuera posible.

Las reglas del juego se habían puesto sobre la mesa: yo iba a estar saliendo con quien me apeteciera y, si alguna noche quería recibir a alguien allí, con solo decírselo, él se iría a su departamento, si es que pudiera llamársele así.

Por el momento, él vivía en lo que era el área de servicio de un departamento de su papá, en un área muy residencial a unas cuadras del Arco del Triunfo. Pero era tan pequeña, que solo tenía un lavabo, un sanitario, una cama individual y una pequeña mesa. Por lo mismo, el mío le caía del cielo, pues aparte de que estaba a quince minutos a pie de su oficina, allí había una regadera, lavadora y una pequeña cocina.

Por esos días había encontrado, finalmente, a un amigo con quien compartir el pago de la renta de un departamento con dos recamaras y cocina en el área de La Defense, a unos 30 minutos, en tren, del centro de la ciudad; pero mi ubicación le seguía conviniendo más, así que decidió quedarse conmigo hasta que yo me regresara a México, aunque su contrato de renta iniciara en unas tres semanas.

Empezamos a llevar una vida de pareja en la que él no tenía un horario fijo de salida al trabajo. A veces se iba a las ocho de la mañana, otras a las diez. Y su regreso tampoco era muy predecible. En ocasiones llegaba entre siete y ocho de la tarde, y otras entre nueve y diez.

Como ya lo había percibido, el trabajo y sus hijas eran su pasión. Todas las noches les llamaba por teléfono para preguntar cómo había estado su día. Y hablaba entre quince y veinte minutos con cada una de ellas. Era obvio que

estaba acostumbrado a esa rutina, ya que ellas habían vivido en Isère toda su vida y él trabajaba en París. El que fuera un padre amoroso y dedicado lo hacía crecer, aun más, ante mis ojos.

Una vez que terminaba su llamada a casa, que en ocasiones hacía desde la oficina y en el camino al departamento, todo su tiempo era para mí.

En ocasiones llamaba y decía: Hey, ya voy de camino para allá, ¿quieres que pase a comprar algo? ¿qué tenemos para cenar? O bien: voy muy cansado ¿hay algo para comer ahí? Hoy no quisiera salir.

En otras, desde antes de irse, por la mañana, me decía: Están pasando tal o cual película ¿quieres que vayamos a la función de las ocho de la noche? ¿O prefieres que salgamos a cenar a algún lugar y dejemos el cine para otro día?

En una ocasión, la que eligió la película fui yo. Quería que viera una muy rara que había visto yo con mi hijo Daniel. Se llamaba Mamá. Nos tuvimos que ir en metro, porque el cine en el que la pasaban no estaba cerca y llegamos justo cuando empezaba. La película tenía un tema sombrío, que llenaba al espectador de angustia. A la media hora me dijo al oído:

—¡No puedo más! No quiero ver esta película. Si ya la viste tú, entonces vámonos, a mí no me interesa.

Me sorprendió su reacción pues en toda la vida yo me había salido solamente una vez de un cine. En esa ocasión la película se llamaba El Inquilino, con un tema angustiante, muy parecido al de esta.

—Al cine, a mi me gusta ir a relajarme, a disfrutar una buena historia, o a reírme —me dijo mientras nos alejábamos del cine caminando—. ¿Pero a sufrir? Suficientes cosas en la vida hay ya que nos pueden provocar, aunque no lo deseemos, esas emociones, así que ¿cuál es el caso de venir a pagar para sufrir?

Seguimos caminando callados, tomados de la mano, era una noche de luna llena. Parecía molesto por habernos complicado tanto para llegar al lugar, para nada. Y en eso, se recortó en el horizonte la figura de una Mezquita y su ánimo cambió. Me empezó a contar cosas acerca de esta, y me dijo que a un costado tenían un restaurante donde se comía muy bien, así que nos detuvimos allí para cenar.

Me gustó la forma en que supo sacudirse el mal humor y enfocarse en cosas más agradables, en vez de seguir discutiendo sobre lo mismo.

Los fines de semana que no le tocaba ir a visitar a sus hijas, salíamos a pasear. Le encantaban las tiendas de antigüedades, no podía resistir la tentación de entrar a cualquiera que se cruzara en nuestro camino. Ya dentro, preguntaba por precios de pinturas o armarios del siglo XVIII, se podía pasar más de media hora conversando con los encargados del lugar. Su conocimiento sobre el tema de las antigüedades parecía ser extenso.

En los restaurantes, su trato con los meseros siempre era con extrema amabilidad y, aunque yo supiera que regularmente andaba corto de efectivo, trataba de dejar una propina generosa si el servicio había sido de su agrado.

En ocasiones lo notaba preocupado y fue así como un día me contó cómo iba lo de su divorcio.

—Viví con Caroline cinco años y después decidimos casarnos. Estuvimos casados dieciséis. Y un día por la mañana, de buenas a primeras, me dijo que iba a recibir de su abogada la solicitud para el divorcio.

—Así, ¿sin más ni más?, ¿no hubo una gran pelea previa, algo que fuera la causa? —pregunté, recordando que entre Rafael y yo tampoco la hubo.

—¡Nada! ¡no lo vi venir! Ella allá, y yo acá toda la semana, trabajando, seguramente no ayudó. Tampoco el que Caroline hubiera empezado a tomar clases de yoga... estaba muy metida en eso. Creo que se casó conmigo porque veía en mí a un hombre muy parecido a su padre. Con todo el crecimiento personal y espiritual que seguramente tuvo, llegó un momento en el que la mujer que me había elegido como compañero ya no existía más, y yo parecía estorbarle. Por eso creo que cuando alguien decide casarse, uno debe haber ya “matado” a su padre o su madre... no buscar, en la pareja, reemplazarlo.

—A veces eso pasa —respondí yo, sin saber qué otra cosa decir— ¿y después qué sucedió? Porque dices que esto fue hace ya más de un año.

—Yo perdí mi trabajo, caí en una gran depresión. La casa que habíamos comprado, que era muy grande, con una alberca y habitaciones extras que a veces rentábamos a vacacionistas, se vendió. Y cuando llegó el momento del acuerdo en la repartición de los bienes empezaron los problemas. Ella quiere más cantidad de la que legalmente le corresponde y nos la hemos pasado en litigio desde entonces. Por lo pronto, el juez que lleva nuestro caso, tiene el dinero de la venta de la casa confiscado y no podemos tocar un euro de allí, hasta que todo se resuelva. Por eso es que me quedé sin casa, sin empleo y en depresión. Si no fuera por mi amigo que me ofreció este trabajo, no sé qué

habría sido de mí.

No sabiendo qué decir, me limité a abrazarlo fuerte, y a decirle:

—Fíjate que hace poco escuché una historia. Hablaba de un rey, que se había mandado a hacer un anillo...

En este, había un espacio como para guardar algo. Así que pidió a todos sus sabios y eruditos que pensarán en un mensaje pequeño que le pudiera ayudar en momentos de desesperación total y que le sirviera a él o a sus herederos.

Después de consultar mucho, vino un anciano sirviente que le había cuidado desde siempre que le dijo que, en una ocasión, había conocido a un místico, entre tanta gente que había visitado el palacio. Y que cuando ya se iba, le había dejado un mensaje en agradecimiento.

El sirviente lo escribió en un pequeño papel y le pidió: “no lo leas. Solamente ábrelo cuando todo lo demás falle, cuando te sientas perdido.”

Pasó el tiempo. El reino fue invadido y el rey se vio forzado a huir. Siendo perseguido, llegó al borde de un precipicio. Solo podía arrojarse al vacío o esperar a que llegaran sus perseguidores. Entonces se acordó del anillo y del mensaje que estaba guardado en él. Lo buscó y al abrirlo leyó que decía: ESTO TAMBIÉN PASARÁ.

Al leerlo, se dio cuenta de que ya no escuchaba a sus perseguidores aproximarse. Parecía que habían perdido su pista.

Esto lo vio como una señal milagrosa.

Poco después, reunió a sus aliados y reconquistó su reino.

El día que entró glorioso a la capital, había una gran celebración y su antiguo sirviente iba a su lado. Entonces, este le dijo: “Este momento también es adecuado, vuelve a mirar el mensaje.”

Y el rey le dijo: “pero ¿por qué? Ahora celebro mi victoria.”

Su lacayo le respondió: “es que el mensaje no es solamente para los momentos desesperados, sino también cuando te sientes victorioso. No es solo para cuando te sientes el último. También es para cuando te sientes el primero.”

El rey abrió entonces el anillo y al leer: ESTO TAMBIÉN PASARÁ, dejó de escuchar el ruido de la gente que lo vitoreaba y sintió una gran paz. En ese instante, su orgullo, su ego, desapareció. Fue para él, un momento de iluminación.

Entonces el anciano le dijo: “Siempre recuerda: todo pasa. Ninguna cosa,

ninguna emoción, son permanentes. Acepta siempre lo que llegue a tu vida, es parte de la dualidad de la naturaleza. Grábatelo muy bien en la cabeza y en tu corazón.”

Al terminar de contarle la historia, me sonrió con tristeza y me dijo:

—Es hermoso y cierto, nunca lo había escuchado. Sí, esto también pasará. Me alegra que estés ahora conmigo. Siento una total confianza, como pocas veces he sentido, de abrirte mi corazón y enseñarte lo que hay en él, ¡y en mi cabeza también! ¡No con cualquiera puedo hablar de lo que traigo en la cabeza! —me dijo sonriendo—. Caroline siempre decía: “Ay, ya vas a empezar con tus cosas”

—Es exactamente como yo me siento contigo —le dije apretando fuertemente su mano.

—Me encanta que siempre estés abierta a aprender cosas nuevas, aun y cuando a consideres que algunas van en contra de tu sistema de creencias e incluso parecieran contradecirlas.

—Pero no siempre fui así, lo admito — le dije y bajando la mirada— la vida me ha tirado del caballo varias veces y en cada caída he aprendido algo nuevo.

—¡Pues de eso se trata! —me respondió entusiasmado— de aprender y crecer con cada caída, sin amargarnos por ellas, sino agradeciendo siempre, porque cada vez que nos caemos es una oportunidad de crecimiento y aprendizaje.

LO QUE APRENDÍ: LAS EMOCIONES. ¿POR QUÉ? ¿CÓMO? Y ¿QUÉ? (2017)

Y hablando de aprendizaje, después de haberle hecho mi petición básica: “Enséñame cómo no amargarme si no encuentro al hombre de mi vida”, y de escuchar su respuesta, el tema ya no se volvió a tocar directamente.

En lo que François se enfocó a partir de ese momento, fue a algo a lo que yo, entonces, no le vi sentido. No entendía qué conexión podía haber entre aquello de lo que él me hablaba, y lo que yo le había pedido. No sé si ya tenía muy claro que ese era el camino a seguir o si simplemente pensó que era lo que yo necesitaba; pero jamás lo cuestioné. Me dediqué a tomar lo que me daba.

Cuando volvía del trabajo, después de cenar y platicar de cómo nos había ido en el día, él se quitaba la ropa, se servía un trago y empezaba a hablar como si hubiese preparado el tema que ese día íbamos a discutir. Yo opté por comprar un cuaderno para tratar de anotar las ideas básicas, porque a veces era mucha la información y no quería olvidarla después.

Otras veces, quizá por mis ronquidos o tal vez porque yo tenía la calefacción en veintiséis grados y el pobre se moría de calor (pero jamás se quejó) se levantaba en la madrugada, a eso de las cuatro de la mañana, y abría el refrigerador para sacar el bote de jugo de naranja y darle varios tragos. La luz de la pequeña puerta del refrigerador me despertaba y al notar que él estaba totalmente despierto, me incorporaba en la cama. Entonces, como si fuera la señal de empezar, él continuaba hablando del tema que habíamos estado discutiendo antes de dormir, como si nada.

En ese momento yo encendía la luz, tomaba mi cuaderno y seguía anotando.

Tengo impreso en mi memoria el recuerdo de él, desnudo ante mí, haciendo

diagramas imaginarios en la pared para explicarme la relación entre unas cosas y otras.

Hablábamos y hablábamos... de las 4:00 a las 8:00 de la mañana, cuando se metía a bañar para irse a trabajar.

—Vamos por la vida —me decía— actuando como víctimas, verdugos o salvadores. Tenemos que aceptar el hecho de que los demás nos quieren meter en una de esas categorías, nos quieren ver así. Sin embargo, no somos eso. Esa es la percepción que ellos tienen de nosotros. Y no debemos de confiar en la percepción de los demás, sino ir hacia adentro de nosotros mismos, y descubrir allí quiénes somos realmente. La verdad siempre vendrá de adentro hacia afuera, no al revés. Debemos de descubrir quiénes somos por nosotros mismos, no por lo que el mundo nos diga que somos.

—Esto se relaciona mucho —lo interrumpí— con algo que nos decían una vez en un curso que tomé. Nos hacían cuestionarnos cuántas de las decisiones que habíamos tomado en nuestra vida venían realmente de nosotros mismos, y cuántas cosas habíamos hecho porque eso era lo que se esperaba de nosotros. Ahí me di cuenta de que siempre había tratado de llenar las expectativas que mis padres tenían de mí, después las de mi marido e incluso las de la sociedad en la que vivo.

—¡Exacto! Pero solo en el momento en que nos liberamos de esas expectativas y de las percepciones que los demás tienen de nosotros, es cuando somos realmente libres. Cuando descubrimos y aprendemos a expresar lo que hay realmente en nuestro interior, en vez de dejarnos guiar por lo que los demás nos quieren imponer de una forma u otra. Y esa imposición no la percibimos como una agresión, porque es sutil. Y los demás no lo hacen para perjudicarnos, son simplemente sus expectativas respecto a nosotros. Pero lo importante aquí es descifrar si eso es lo que yo quiero realmente o no.

»Siempre que haya algún suceso o algo que decidir hazte tres preguntas: ¿Por qué?, ¿cómo? y ¿qué? Por ejemplo: Si tuviste una discusión con Gina, pregúntate: ¿Por qué me sentí: triste, enojada, o con miedo (fuera cual fuera la emoción que sentiste) Tienes que identificar, primero, la emoción que experimentaste. Después, pregúntate: ¿Cómo? Cómo reaccioné ante esa emoción. Si dices que fue de enojo, ¿qué haces normalmente cuando te enojas? ¿Cómo reaccionas? ¿Gritas? ¿Te quedas callada? ¿te vas para no seguir discutiendo? Es importante descubrir cómo reaccionas ante el enojo, la

tristeza, el miedo y la alegría.

1.- ¿Escondiste tus sentimientos, no los expresaste?

2.- ¿Los expresaste?

3.- ¿No se los dijiste a Gina sino a alguien más. Es decir, lo evitaste? Que conste, no es un juicio, es descubrir el hecho.

Y finalmente viene la pregunta del ¿Qué? ¿Qué resultó de esa emoción? ¿estás consciente del resultado o no sabes qué resultó de todo eso?

—Ahora, te voy a dejar algo para que trabajes en ello cuando puedas —me dijo, a la vez que dibujaba una especie de estrella polar en la pared—. Vas a revisar cada una de las cuatro emociones básicas: alegría, tristeza, enojo y miedo, pero en relación con: tus papás, hermanos, esposo, e hijos (y a cada uno le asignó un lugar en la estrella: norte, este, sur y oeste, respectivamente). Trata de recordar una anécdota que tenga que ver con cada emoción, con cada uno de ellos, esto es dieciséis anécdotas en total, en las que hayas sentido esas cuatro emociones.

—¿Y por qué con ellos? — pregunté sin terminar de entender.

—Porque de la manera en que manejamos nuestras relaciones con los más cercanos a nosotros, es como manejamos nuestras relaciones con el resto del mundo ¿Por qué sucedió? ¿Cómo me sentí? Y ¿Qué resultó de ello?

»Cuando termines de hacer el ejercicio y veas las similitudes que hay, te darás cuenta de cuál es la emoción que domina, qué la desencadena, cómo la manejas regularmente y a dónde te ha llevado eso. Tienes que hacer consciente qué tipo de emoción ha tenido el efecto más fuerte en tu memoria, aquella que permanecerá en tu corazón hasta el día de tu muerte.

—¡Wow! Pero eso es mucho trabajo.

—Lo sé, a mí me llevó tres meses concluirlo, porque no se puede negar que es doloroso.

—Y ¿cómo quieres que lo haga yo en este tiempo?

—No lo tienes que terminar, pero puedes empezarlo. Cuando tengas tus resultados será más fácil llegar a terapia y decir: sé esto de mí, ahora ¿cómo puedo trabajar en ello para mejorarlo?

—Ok, ok, lo voy a intentar —le dije; pensando que quizá ese era el trabajo que él había hecho para poder curarse de aquel tumor que le habían detectado. Tenía que valer la pena el esfuerzo.

EL INICIO DE LA INTROSPECCIÓN

(2017)

Intenté trabajar en lo que François me había dejado de tarea. Y en verdad fue difícil. Había estado tratando de enterrar mi pasado y de enfocarme en el futuro. El volver atrás y revivir momentos con mi familia, aún y cuando fueran felices, dolía. Ya no tenía un esposo, mis hijos habían elegido su camino lejos de mí, mi papá acababa de morir. El revivir todo eso fue pesado, pero lo intenté. Me concreté a enumerarlos, siendo bastante escueta en la descripción de los mismos, lo que había desencadenado cada emoción, mi reacción a ella, y las consecuencias, con la idea de profundizar más en otra ocasión.

Un día, mientras me enseñaba con mucho cuidado cómo es que se planchan bien las camisas, tal como le había enseñado su mamá, le conté que ya había adelantado algo de mi tarea.

Él, respetando mi privacidad, no preguntó ningún detalle, solo me dijo:

—Es bueno el avance que llevas. Tal vez este lugar y nuestra convivencia actual no te facilita el que puedas continuar, pero cuando vuelvas a casa y tengas oportunidad de estar sola, puedes terminar el ejercicio.

—Pienso irme a San Miguel de enero a abril —le dije— será la ocasión perfecta para trabajar en esto

—¡Ah, por cierto! Toma nota, porque cuando lo termines, responderás estas preguntas: 1.- ¿Cuál es el significado, qué es lo que he aprendido de este ejercicio? 2.- ¿Cómo me siento después de haberlo hecho? 3.- ¿Cómo usaré esta información?

—Sigo sin entender mucho lo que va a resultar de todo esto —le dije pensativa.

—La idea es que aprendas a identificar tus emociones y que estés en contacto con ellas. Generalmente las emociones de alegría son generadas por

lo que entendemos o sentimos como aceptación, por lo tanto, de amor. Las emociones que producen miedo son todas las que provienen de un sentimiento de culpa. Las que provocan enojo, de lo que percibimos generalmente como injusto. Y las que nos hacen sentir tristeza, las que vienen del sentimiento de abandono o rechazo. Todas estas emociones, aun las que percibes como negativas, son buenas, nos protegen. Una vez que las entendemos y aceptamos es cuando llega la alegría.

Así eran nuestras pláticas, yo lo veía como mi maestro, pero él insistía en llamarse Ángel.

—Veme como un ángel, te encontrarás a muchos en tu camino, y a su vez, tú lo serás para otros. Porque la finalidad de todo esto es que siempre nos pongamos al servicio de los demás. Encuentra tu propósito, tu pasión, y una vez que lo hagas, ponte al servicio de los demás. Ese es el fin primordial, si no es que el único.

Nuestra vida en común transcurría apaciblemente. René me había dicho que saldría una temporada de viaje, así que por un tiempo ya no lo vi. Pero salí con otros, regularmente para tomar un café o comer.

Conocí a un maestro de matemáticas de una universidad, autor de varios libros, amable y simpático, al que le acepté después de un par de citas, una invitación a cenar a su casa, solo eso; a un trabajador jubilado de la compañía de luz en Francia, que aprovechó una vuelta a París para tomar un café conmigo y que desgraciadamente hablaba muy poco inglés. Cuando me pidió que nos viéramos de nuevo, le dije que no veía el caso si no nos podíamos entender.

Un medio día comí con un hombre que estaba aún en depresión por el fracaso de su matrimonio y creo que le hizo bien tener con quién hablar.

Y un buen día, decidí aceptar la invitación que finalmente Salim se animó a hacerme. Creo que la hizo en el momento correcto, cuando mi corazón y mi mente estaban más abiertos a todas las posibilidades.

—¿Cómo te fue en tu cita con el musulmán de 70 años —me preguntó François esa noche, mientras preparaba la cena.

—Pues resultó una total sorpresa para ambos —le dije sonriente.

—¿Y eso, por qué?

—Pues porque no tenía 70 años como yo pensaba; la foto que usa en InterNations es pésima, aunque él opina que es de las que más le gusta.

¡Resultó que tenía 46!

—¡Ah! Y eso es un no para ti —me dijo divertido mientras se daba tiempo para servirme una copa de vino.

—Independientemente de para mí, imagina para el pobre que tal vez pensó, por mis fotos, que era más joven. Es que InterNations no es como *Tinder*, ahí no pones la edad.

—¿Se notó que le molestó?

—No! ¡Para nada! —le respondí dándole un trago a mi copa—, ha sido de las conversaciones más interesantes que he tenido. Resulta que originalmente es de Argelia. Llegó aquí hace algunos años, trabaja como traductor independiente para ONG's, y viaja mucho. Como en un principio se concretaba a enviar a su mamá todo el dinero que ganaba y compartía departamento con varios amigos, dice que el tiempo fue pasando y nunca se casó.

—Aún puede hacerlo —me dijo.

—Claro que puede, es muy guapo —respondí sin empacho—, y el tiempo voló mientras encontrábamos todas las similitudes entre el modo de vida en Argelia y en México. Estuvimos cuatro horas platicando, tiempo récord para mí.

—Entonces, ¿te gustó? —me preguntó.

—¡Me cayó súper bien! pero definitivamente es muy chico para mí, él merece encontrar una mujer más joven. Ojalá que lo haga, merece ser feliz.

Pocos días después me llamó René y me preguntó si podía ir a visitarme a mi departamento al día siguiente, por la tarde; que ya estaba de vuelta de su viaje, pero su hijo seguía en su casa. Así que lo comenté con François y me dijo:

—Muy bien, me quedaré en la oficina y tú me avisas cuando se haya ido —me dijo sin inmutarse— después pasaré por ti para que nos vayamos a dormir a casa de mi amiga, la que te dije que está de viaje y, que vive muy cerca de la estación del tren en el que nos iremos mañana a la playa.

—Perfecto, dejaré la maleta lista desde temprano —le dije emocionada ante la perspectiva de nuestro fin de semana juntos, fuera de París.

SALIDAS DE PARÍS Y UNA DISCUSIÓN

(2017)

A la mañana siguiente salimos rumbo a la Baja Normandía, a una pequeña ciudad en la costa llamada Deauville. El trayecto tomó poco más de dos horas. François había reservado un apartamento en Airbnb que resultó ser una pequeña casa, en la parte trasera de otra. Era de dos pisos, con la cocina y la sala en el primero y una recámara con baño, en el segundo.

Era un día frío de noviembre, pero eso no impidió que fuéramos a pasear por la playa.

—Esta ciudad es el lugar a donde los ricos de París han venido desde hace muchos años a pasar el verano —me dijo levantando la voz para hacerse oír en el ruido que hacía el viento—, actualmente se hacen competencias de caballos, festivales de cine y ahora hasta casino hay.

Fuimos a comer a un restaurante que estaba en el muelle, en la bahía, y volvimos al departamento. Al atardecer, François me dijo:

—Veo que el frío te ha calado hasta los huesos, así que no te voy a pedir que me acompañes al mercado. Descansa, ¡ahora vuelvo!

Al poco rato llegó feliz y emocionado, cargando varias bolsas, con un montón de conchas de diferentes tamaños. Puso agua a hervir y empezó a cocinarlas. Yo pensaba para mis adentros : ¿qué es? ¿podré comer eso? Había crecido en Monclova y comido pescado solo en cuaresma —y a fuerzas—, los mariscos jamás habían sido de mi agrado. Ver comer a Rafael ostiones ¡me revolvió el estomago!

—¿Qué es? — le pregunté, tratando de simular algo de emoción. Me dijo en inglés lo que era, pero me quedé en las mismas, pues como no acostumbro a comer nada de eso, las palabras no están en mi léxico.

Pero eran cuatro diferentes cosas y había comprado tres de cada tipo para cada uno. Las únicas dos que reconocí fueron los ostiones y los caracoles, que Stéfano me había dado a probar en nuestro viaje a la Abadía de Saint

Michel. Y no sé si fue mi deseo de no desilusionarlo o qué, pero el caso es que me comí todo lo que puso en mi plato y me supo delicioso. Me quedé pensando esa noche en la infinidad de veces que Rafael me insistía en que probara sus adorados ostiones Rockefeller y nunca accedí.

A la mañana siguiente me eché el abrigo encima de las pijamas, igual que él, y nos fuimos al mercado al aire libre porque me quería mostrar la infinita cantidad de quesos que allí vendían y de los cuales quería llevar varios a París. El mercado estaba en una pequeña plaza, a unas cuadas de donde nos alojábamos, y a pesar de lo temprano que era, había ya muchas personas deambulando por los pasillos en donde exhibían todo tipo de comida, especialmente quesos, frutos del mar y pequeños frascos de jalea hecha en casa.

Al volver al departamento nos encontramos una charola que nuestra anfitriona había pasado a dejar con *croissants*, jugo de naranja, mantequilla y jalea. En fin, guardo hermosos recuerdos de ese viaje a la playa.

Hicimos también otro, a la casa de su padre cerca de Marsella, para festejar el cumpleaños de su cuñada que sería el primero que pasaría sola, pues el hermano de François había muerto hacía solo tres meses.

La casa, a la que allá llaman castillo, era una construcción del siglo XVIII, antigua en verdad, que estaba en una colina en el centro del pueblo. Aparte de la sala, comedor y cocina que estaban en el primer piso, había varias habitaciones en el segundo, una de las cuales era la de François. Otro motivo del viaje fue porque allí, en una especie de bodega que había en una parte lateral de la propiedad, conservaba algunos muebles de la casa que habían vendido y que él iba a necesitar para amueblar el departamento al que se mudaría dentro de poco. Por esa razón había contratado una mudanza que pasaría a recoger los muebles ese domingo por la mañana, pero él tenía que ir para decidir cuáles.

La noche del sábado, para festejar a su cuñada Marie, fuimos a cenar a un restaurante con música de Jazz en vivo.

Al evento acudieron la propia Marie, uno de sus dos hijos que vino a acompañarla, el papá de François y una amiga suya.

Esa noche yo me enojé con él, pues al llegar, se sentó en la mesa frente a mí

y no a mi lado, como esperaba. Y después de una hora de haber llegado, se le ocurrió preguntarme, ya que vio que casi no podíamos escucharnos si hablábamos, que si yo quería que se viniese a sentar a mi lado. Me molestó que ni aun así, ya sentado a mi lado, me diera la mano aunque fuera bajo la mesa, si lo que quería, era no mortificar a su papá.

Esa noche, cuando en la cama me quiso abrazar, me alejé y le dije: ¡No me toques!

Para mi desilusión, pues yo traía la espada desenvainada, lista para pelear, él no preguntó por qué, se limitó a darse la vuelta y se durmió.

Cuando me levanté, a la mañana siguiente, él ya no estaba en la recámara; me metí a bañar y, al salir, bajé a buscarlo. Estaba afuera, terminando de sacar de la bodega las cosas que se llevaría la mudanza.

—Buenos días —me dijo como si nada y sacudiéndose el polvo de las manos.

—Buenos días —contesté todavía con mi cara larga, que él ignoró olímpicamente.

—Ven para que te enseñe todo el terreno y los límites de la propiedad. Esta alberca, que ahorita está cubierta, la disfrutaban mucho mis hijas cuando venimos en el verano; esto, era parte del terreno del vecino, que hace muchos años compró mi papá —y levantando el brazo señaló hacia el valle a lo lejos y dijo—: mira qué vista tan maravillosa. Si algún día tengo el dinero suficiente voy a construir, en esta parte del terreno, una casa de varios niveles que tendrá esta vista, porque nada que pongan enfrente la podrá obstruir.

En eso llegaron los de la mudanza y yo subí a empacar, mientras él los atendía. Comimos en familia y poco después ya íbamos de regreso a París.

Tan pronto llegamos al departamento, yo decidí exponerle mis quejas y la razón por la que estaba enojada, por si él no se había percatado de ello.

Mientras yo, furiosa —aunque ya menos porque habían pasado varias horas y ya me había enfriado— le enumeraba mis quejas, él, sentado en la cama me escuchaba atento y sin que su cara mostrara alguna emoción. Cuando terminé, me dijo:

—Siento mucho que estés tan molesta. Realmente no fue mi intención lastimarte. Esa es tu percepción de las cosas, la mía es la siguiente: no me gustó ese restaurante para la celebración del cumpleaños de Marie. La música estaba muy fuerte, no había oportunidad de platicar. Hasta papá tuvo que

apagar su aparato para oír porque el ruido le lastimaba los oídos. No me di cuenta de que tú querías más atención de mi parte. Lamento mucho que no la hayas pasado bien.

¡Y eso fue todo! Yo realmente quería pelear, pero él había respondido de una manera lógica, razonable y sin agresión. No había mucho más que decir.

Entonces recordé lo que un día me había dicho:

—Si alguien, alguna vez, te la hace de bronca, lo importante es tratar de verlo desde su punto de vista, ya que esa es su percepción de la realidad. Lo único que puedes hacer es exponerles el tuyo, y disculparte si crees que ayude a la solución y que tiene algo de razón. Pero para que haya una pelea se necesitan dos, y lo importante es que tú no te enganches. Solo diles: Esa es TU percepción de las cosas, la MÍA, es esta. Respeto tu punto de vista, pero este es el mío. Normalmente, las cosas no pasan a mayores después de esto.

Y me di cuenta de que tenía razón. Me tuve que serenar, a pesar del volcán que traía hacía varias horas en mi interior. No hubo de otra. Y esa fue la única vez, en el mes y medio de convivencia, que hubo un desacuerdo o discusión.

Sin embargo, esa noche antes de dormirme traté de analizar mis emociones y la forma en que reacciono ante ellas. Me di cuenta de que el sentirme ignorada o rechazada me provoca tristeza y reacciono con enojo. Y eso no ayuda en nada. ¡Nunca! Trataría de interiorizar más en eso cuanto tuviera tiempo, quizá en San Miguel.

TEMBLORES, UN SUEÑO Y EL ADIÓS

(2017)

Se acercaba el día de mi regreso. Varias veces se puso René en contacto conmigo y acordábamos lugar y hora para vernos, pero nunca se concretó. Siempre surgía algo, en el último minuto, y él se reportaba para cancelar y reagendar. Definitivamente era un hombre tan o más ocupado que François.

Sin embargo, a mí no me afectaba tanta cancelación, me di la oportunidad de ir más allá con él con la esperanza de que, por reunir todos los requisitos del hombre que yo buscaba, se diera algo, pero no se dio. No sé si la falta del manejo del inglés fue la causa de que nuestras conversaciones no fueran ni por asomo tan profundas como las que tenía con François, pero me di cuenta de que ese era un requisito que se había agregado a la, cada vez más larga, lista de las de mi hombre ideal: una conexión emocional, intelectual y sexual profundas.

Durante ese tiempo con François, en la plática surgieron también muchos temas como Jung, la sincronicidad, la energía que todos tenemos y nos compartimos, lo que el instinto nos dice y la confianza que debemos de tener en este, las habilidades mentales inconmensurables que poseemos y no sabemos usar y muchas más, que no tuve oportunidad de anotar, pero todo quedó ahí, en un rincón de mi memoria.

Algo especial sucedió ya cuando se acercaba la fecha de mi regreso y tuvo que ver con nuestras relaciones sexuales. Había terminado por acostumbrarme a que, invariablemente, al tener François su orgasmo, él empezara a temblar de pies a cabeza, casi como una pequeña convulsión; como la primera noche que pasamos juntos. En esa ocasión yo me había asustado mucho, pero ese día, y después durante nuestra convivencia diaria, más tarde, él me explicó con más detalle que después de un momento de éxtasis, podría decirse, el cuerpo liberaba energía. Y toda la que seguía ahí se

reacomodaba o realineaba. Solo había que esperar a que pasara.

Para mis adentros pensé que eso no era algo que le pasaba a cualquiera, pues aunque no hubiera estado con una cantidad muy grande de hombres, a ninguno de ellos le pasaba lo que a François.

Sin embargo, una noche, al llegar al orgasmo los dos ¡empecé yo a temblar! No fue ni por asomo un temblor como el de él, que a veces movía la cama, pero el mío fue más prolongado, no me duró unos tres o cinco minutos como a él. Yo simplemente no podía dormirme, aún veinte minutos después, pues me estremecía cuando apenas estaba empezando a conciliar el sueño. Y esto me sucedió unas tres o cuatro ocasiones y, después no sucedió más. No sé si lo reprimí, pensando que tal vez me había sugestionado, pero el caso es que no lo volví a experimentar.

Una noche tuve un sueño que me inquietó: venía bajando de Chipinque en bicicleta, con la montaña a mi derecha, y de repente al salir de una curva vi que venían subiendo muchos carros en los dos carriles y no sabía qué hacer. En el sueño, me crucé al otro extremo de la calle, en dirección al precipicio, pero me alcancé a detener y me quedé en la orillita, viendo pasar a todos los carros hacia arriba.

A la mañana siguiente, se lo conté a François y el me preguntó:

—¿Y qué interpretación le das tú a ese sueño?

—Me angustia mi regreso a Monterrey. Porque me doy cuenta que muchas de mis creencias y actitudes respecto a muchas cosas han cambiado. Especialmente en lo que respecta a moral y religión. Por eso me vi circulando en contra del flujo del tráfico.

—Pero la reacción en tu sueño fue evitarlo y quedarte a un lado viendo los carros pasar —me replicó—, mi consejo es este: incorpórate al flujo del tráfico, pero arriba de él, como flotando. Simplemente fluye. Ni lo evadas, ni te dejes atropellar por él, solo fluye por encima.

Me gustó su consejo. Se escuchaba fácil, habría que ver si sería capaz de ponerlo en práctica.

Los días previos a mi partida, y habiendo agotado ya casi todos los temas que me interesaban —aunque algunos de una manera superficial—, regularmente nos enganchábamos con una serie en Netflix después de cenar, pero justo antes de dormir siempre teníamos nuestro momento de liberación

de energía, pensaba yo feliz.

A veces François me decía:

—Cuando tengas 80 años y nos volvamos a encontrar, me vas a decir: ¿te acuerdas de esto que me dijiste? Pues ¡tenías razón!

—O quizás —le respondía yo riendo— te voy a decir: descubrí que no era cierto, porque hay esto más, que entonces no tomábamos en cuenta.

Y los dos seguíamos riendo y platicando, pero a mí se me oprimía el pecho al darme cuenta de que él, tan pronto me fuera yo, le daría la vuelta a la página y se olvidaría de mí. Yo había sido parte de su propósito: servir al prójimo, y nada más. La vida había permitido que nuestros caminos se cruzaran cuando los dos teníamos algo que ofrecer al otro. El calmó o quizá sin darme cuenta, avivó mis ansias de saber; y yo le di alivio a su energía sexual desperdiciada y un lugar más cómodo y cercano a su trabajo... no sé que más le di. Pero lo que haya sido, el lo retribuyó al mil por uno.

Y así como cuando decidí que quería volver a verlo y el Universo acomodó todo para que se diera, desde la renta mi departamento, la venta de la casa de mi comadre y la facilidad para cambiar mis fechas en San Miguel, de la misma forma, cuando se llegó la hora de volver, momento que yo no quería que llegara, pareció como si el Universo no quería dejar que me fuera.

Un día antes de mi supuesta salida de París, me llegó un mensaje avisando que mi vuelo a Frankfurt (desde donde volaría a Cancún) se había cancelado por mal tiempo. Esa fue una gran complicación, porque aún y previendo yo eso, y haber separado mi vuelo a Cancún para un día después, ya tenía separada una habitación de hotel en Frankfurt que, en automático perdí y aparte ya no me podía quedar más días en el departamento.

Esa noche conseguí un vuelo que saliera muy temprano de París a Frankfurt para dos días después, para llegar dos horas antes de la salida de mi vuelo a Cancún. Y al día siguiente nos fuimos al departamento nuevo de François, donde tenía en su recámara, los muebles apilados en un rincón. Así que se puso a armar la cama y tenderla, y después nos fuimos a pasear a la explanada de la Defensa, donde había una especie de pulga navideña, con un montón de chucherías. No compré nada, más que un aceite especial para dar masajes, y prometió que esa noche me daría uno antes de dormir. Después nos fuimos a cenar por la zona y rematamos con una bebida típica de las

montañas francesas, un vino caliente con especias que le daba un sabor delicioso, y nos devolvimos a su departamento.

Me doy cuenta ahora que, cuando estoy muy triste por la despedida, tiendo a enojarme, porque tal vez de una manera inconsciente prefiero decir adiós enojada a que se me rompa el corazón con un adiós normal. Eso me había pasado en algún momento en las primeras ocasiones que me despedía de Jack, y esa última noche con François me sucedió lo mismo. Fue cuando me dio el masaje, que yo imaginaba que iba a ser algo erótico o romántico y resultó ser uno terapéutico y me dio tal estrujada de cuerpo que le grité que ya no quería nada. Y así nos dormimos. Ahora que me he dado cuenta de la manera en la que reacciono ante esa emoción (cosa que antes ni notaba) y viendo que no resulta bien, tengo que aprender la forma de cómo manejarla de una mejor manera.

Al día siguiente me acompañó a la calle a recibir al Uber que me llevaría al aeropuerto, nos abrazamos, y el adiós fue árido, duro, sin sentido, como son todos los adioses de esta vida.

LA VUELTA A MI REALIDAD: MONTERREY Y SAN MIGUEL (2017-2018)

La idea de regresar a Monterrey antes del 14 de diciembre era porque ese día Mía cumplía un año, pero Gina decidió organizar su fiesta de cumpleaños el sábado anterior a mi llegada, así que ese día se reunió solamente la familia para festejarla.

Le llevé un regalo y un globo, que le encantó. Y la comida transcurrió sin incidentes. Ayudó mucho el que Rafael estuviera allí.

La volví a ver un rato, en Nochebuena, en casa de mi mamá. La habían llevado temprano, antes de dormirla, así que solamente la alcancé una media hora.

Esos días en Monterrey fueron una temporada muy difícil: en tres semanas, viví en cinco lugares diferentes. Hablar de las razones, ocuparían todo el capítulo. Tanto cambio de casa fue motivo de mucho estrés, me sentí como el judío errante; y lo que quería ya, era un lugar estable dónde desempacar a gusto y poderme relajar.

Ahora me doy cuenta de que mi realidad externa solamente reflejaba la desazón interna que, en ese momento, estaba viviendo.

—Te veo rara, comadre —me dijo Pita cuando nos vimos en La Bonne una noche para cenar—, andas muy callada.

—Ya sé, así me siento. Necesito tiempo para pensar, para asimilar todo lo que viví en París.

—Pues ya te vas a ir a San Miguel, no falta mucho. Ya tendrás allá tiempo para pensar, y para escribir.

—Sí, tengo que empezar al menos, como me dijo François. Pero ¡quisiera

irme ya! Todo esto de las posadas y el ver a tanta gente ¡me abruma! —le dije desesperada— tal vez me acostumbré demasiado a estar sola, a hablar solo con una persona o dos al día.

—Pues malamente —me dijo— acuérdate que ya será la posada del grupo en mi casa.

—¡Ya sé! ¡ ya sé! Con lo que me choca tanto festejo, definitivamente soy una grinch. Desde que mis hijos se fueron ya no encuentro motivo para tanto alboroto. ¡Lo que importa es el 25 de Diciembre y ya!

El 23 de diciembre me llamó François por *Skype*, para ver cómo estaba, cómo había llegado. Platicamos por casi una hora y esa fue la última vez que lo vi. Durante el año platicamos por texto o por teléfono en otras ocasiones, pero ya no cara a cara, aunque fuera en la pantalla del Ipad.

En una ocasión que fui a comer a la casa con mis hijos y Rafael, me dijo:

—No creo que sea justo que no puedas ver a Mía, como la veo yo. Cuando Gina sabe que vas a venir, ella dice que no viene. Y así, no hay forma. A menos que mañana nos caigas aquí de sorpresa a la hora del desayuno. Siempre vienen alrededor de las nueve. Llega un poco después, ya que estén aquí.

Así que eso hice. Al día siguiente llegué prácticamente detrás de ellos, pues Gina aún estaba en la planta baja cuando toqué la puerta y fue ella quien abrió.

Al verme, no disimuló el disgusto en su cara y, levantando la voz, dijo:

—¡Me hubieran dicho que Mara venía, para no venir yo!

Rafael bajó las escaleras con Mía en brazos y me la entregó, diciéndole a Gina:

—Tu mamá tiene el mismo derecho que yo a ver a su nieta. Y puede venir cuantas veces quiera.

Y dirigiéndose a mí dijo:

—Pasa, el desayuno ya está listo.

Yo ignoré los comentarios de Gina y subí con mi nieta en brazos, mientras notaba que ella y su marido cuchicheaban al pie de la escalera.

Ritter se nos unió, sentándose al lado de su niña, pero Gina, en vez de desayunar con todos, en el antecomedor, tomó su plato y se fue al comedor a desayunar sola.

El desayuno transcurrió con la normalidad posible dentro de las

circunstancias. Pero, al acabar Gina de desayunar, pasó a un lado de Ritter diciendo:

—¿Ya acabaste? Los espero en el carro.

Y se fue, sin despedirse siquiera.

Ritter se apresuró a terminar y, tomando a la niña en brazos, salió tras ella. Esa fue la última vez que vi a los tres.

Sigue siendo doloroso ver de qué manera esto ha afectado a todos. Nos ha dividido, como el divorcio jamás nos dividió. Porque sus hermanos ahora tienen que decidir a quién quieren ver, si a su mamá o a su hermana. Porque ella no está dispuesta a estar en la misma habitación que yo.

Después de fin de año fui a ver a una mujer que Mony me dijo que alineaba la energía. Estuvimos platicando mucho rato, ella me contó que había ido a la India, me recomendó un libro que hablaba de la energía y los chacras, y aproveché para comentarle lo de los temblores de François y al final, de los míos también.

—¿Te parece que eso es algo normal? —le pregunté—. A mí jamás me había pasado. Y ya no sé si me sucedió simplemente porque me sugestioné o qué.

—Claro que me pasa —me respondió—, durante el acto sexual se mueve mucha energía, y lo puedes percibir muy bien cuando todos tus canales están desbloqueados. La energía simplemente fluye.

Finalmente el 8 de enero me fui a San Miguel. La casa que renté de enero a marzo no estaba tan cerca del centro ni era tan bonita como la que renté de marzo a mayo y que era la que había rentado originalmente y en la que había movido las fechas; pero me sentí feliz con mi soledad, y con Justicia, una perra Pastor Alemán que habían dejado allí para que me hiciera compañía.

Me levantaba tarde, desayunaba, y me iba al centro a leer a la plaza y después a comer.

—Y ¿qué tal San Miguel, comadre? —me preguntó Pita por mensaje de voz a los pocos días—, ¿has visto o conocido a alguien interesante?

—Para nada. Para empezar, el 85% vienen con pareja, y del 15% restante no se hace uno. El promedio de edad es 70 años, y la impresión que me dan los que me ha tocado ver solos es que son del tipo ermitaño o antisocial. Así que por lo pronto, tal vez tenga que esperar a venir cuando tenga 68 años, si

es que para entonces sigo queriendo encontrar pareja —dije soltando la carcajada.

—Ay, pero entonces, ¿te estas aburriendo mucho?

—¡No! ¡Estoy feliz! Fíjate que bajé en *Kindle* y en mi Ibooks varios libros que de una forma u otra tocan los temas de los que a veces hablaba François muy por encimita, como *La ley de la atracción*. Él siempre me decía: Lo que eres, atraes.

»También uno que habla de vivir aquí y ahora, conscientemente, que se llama: *El poder del ahora*. Ese habla de que no debemos vivir anclados al pasado o esperando cosas que están por venir. Que nos anchemos en el presente, y disfrutemos cada momento.

»Otro que me recomendó mucho Larissa que se llama: *Mujeres que corren con los lobos*, que habla de que tenemos que confiar siempre en nuestro instinto; y de eso también hablaba mucho François. Él decía que en las juntas de trabajo, al exponer un plan a su gente, no les preguntaba: ¿qué piensas, sino ¿qué sientes?, tipo: ¿te late?

»¡Ah! Y también encontré el que me recomendó la mujer de la energía, se llama *La anatomía del espíritu* y ese explica de manera muy sencilla qué son los chacras.

—Ay, comadre, ya me mareaste, ya sabes que a mí no me gusta mucho leer, pero cuando nos veamos, me cuentas de qué tratan, ¿te parece?

—¡Eres una arrastrada! —le dije riendo.

—Oye, y bueno, ya antes de colgar, dime: ¿Hiciste ya la tarea que te dejó François?

—No, nada —respondí compungida— ¿sabes? Es que siento que en mi cabeza hay una madeja de estambre hecha nudo. Y no tengo idea de por dónde tirar para entender o asimilar todo lo de París. Me estoy escapando de pensar en eso, en estos libros. Mi cabeza no da para eso ahora.

Al pasar los primeros dos meses volví a Monterrey, a pasar unos días, antes de cambiarme a la segunda casa, que era la de tres recámaras que había rentado originalmente antes de irme a París y en donde podría recibir visitas. De hecho, un par de amigas de la secundaria me iban a visitar a los tres días de que yo me instalara.

A mamá le dio mucho gusto verme, pero desgraciadamente, al segundo día de estar ahí se sintió mal y nos la llevamos al hospital con un cuadro de neumonía que en un principio nos aterrorizó, pues fue la enfermedad que se

llevó a mi papá hacía poco más de un año. Solo que gracias a Dios, en su caso, desde que ingresó al hospital, hubo indicios de mejoría desde el primer momento.

Me quedé todo el tiempo posible con ella ahí, pero aproveché uno que otro rato para salir a verme con amigas. Así que una tarde me encontré con Luisa en La Bonne, mi lugar favorito.

—Sigues rara —me dijo mientras merendábamos—, como que estás pero no estás.

—¡Ya sé! Justo como Eckhart Tolle dice que no debemos de estar. Pero sabes, es que he estado leyendo y metiendo a mi cerebro tanta información nueva que jamás me había atrevido siguiera a explorar, porque yo sentía que iba en contra de mis creencias católicas; y de alguna forma están abriendo mi corazón a cosas nuevas y hermosas que jamás imaginé.

»Pero es una lucha interna la que se está librando dentro de mí tratando de descifrar qué sí y qué no, se opone a creencias que he tenido toda mi vida. He leído a Jung, a Tolle, a Chopra, y a algunos otros.

—Ya los leí a todos —me dijo Luisa mirándome con ternura,—y aunque me educaron como católica, a diferencia tuya, me di permiso de explorar muchas de esas ideas y corrientes que en su momento tú considerabas que alejaban a la gente de Dios. Pero te veía tan cerrada de mente y de corazón que nunca te dije nada. Si tenemos que reconocer algo aquí, es que te he respetado mucho, siempre, y te ¡he tenido la paciencia de un santo! Especialmente cuando andabas en tus etapas de fanatismo total —concluyó soltando la carcajada.

—Pero entonces, ¿estás de acuerdo conmigo que en la mayoría de esto que estoy leyendo, por no decir en todo, no hay nada que vaya en contra del principio básico que es el amor a Dios, a nosotros mismos y al prójimo?

—Nada. Aunque bueno, en muchos libros se habla de otras vidas, o incluso de vidas paralelas, pero imagino que aún no has llegado a eso.

—A lo de otras vidas sí, de vidas paralelas... no. Pero me he hecho el propósito de ya no estar cerrada nunca más a leer, y aprender lo más que pueda. Ya después tendré que ir definiendo con qué me quedo y con qué no. Por lo pronto, ya no tendré filtros en mi mente.

—Pues eso es ya un logro —me dijo levantando su copa hacia mí— ¡brindemos por eso!

EL HIPNOTISTA

(2018)

Regresé feliz a San Miguel, dándome cuenta de que en realidad era la primera vez que vivía realmente sola, pues en París de alguna forma estuve acompañada.

Y cuando reconocí lo que era, me di cuenta de que aquello a lo que había temido toda mi vida lo estaba realmente disfrutando, ¡y mucho!

Por primera vez no tenía a nadie más que a mí misma. Si bien, estaba Salvador, un amigo de la edad de mis hijos y a quien veía dos veces por semana para practicar el inglés, y eso le quitaba lo rutinario a mis días. También es cierto que me visitaron mis amigas de la secundaria unos días, y otros Pita y mi comadre Malena, pero el 80% del tiempo estuve sola.

Leí mucho, vi series en Netflix, y cuando salía a comer aprovechaba para pasear.

Un día, al ir caminando por la Ancha de San Antonio, me encontré un letrero que decía: “Hipnotista”. Vi que supuestamente ayudaba con casos de depresión, problemas alimenticios y para dejar malos hábitos; y recordé que mi comadre Dina me había dicho que ella había logrado dejar de fumar, yendo con un hipnotista. Así que tomé nota del teléfono y más tarde llamé para informarme.

Por un lado me daba miedo caer en un estado de hipnosis tan profundo que quién sabe qué podría pasar, pero como Pita y Malena estaban por llegar, pensé que tal vez ellas podrían acompañarme.

—La sesión dura dos horas y el costo es de 1400 pesos —me dijo la voz por el teléfono.

—¿Dos horas? Y yo que pensaba que me acompañaran unas amigas, pero es un crimen querer que se sienten allí conmigo por dos horas —le dije.

—Sí, son dos horas, la primera sesión, y se recomiendan otras tres de una hora, para mayor efectividad, a la mitad del precio, obviamente.

—Mmmm pues acabo de comprar cuatro paquetes de cigarros, ya cuando me los acabe voy, en unos cuatro días.

—¡No! Puede venir desde mañana, fume todo lo que quiera, es más, fume todo lo que pueda.

—Está bien, mañana voy a las 12:00 del mediodía

Colgué el teléfono animada y esperanzada de poder, por fin, dejar este hábito tan horrible y tan costoso que ponía en peligro mi salud.

Al día siguiente llegué puntualmente a la cita. El hipnotista tenía un marcado acento chilango, era más o menos de mi edad y de mi estatura, y sonreía todo el tiempo. Lo seguí confiada a la parte de atrás del local donde, en un pequeño cuarto, había un escritorio con dos sillas al frente. En la primera me senté yo y en la otra puse mi bolsa.

Encendiendo su computadora, me dijo que necesitaba ciertos datos míos, para abrir mi expediente. Preguntó cantidad de hijos con sus respectivos nombres, nombre de marido o exmarido, y la razón por la que estaba ahí.

«Ah, la fregada —pensé— ¿para qué tanta información? No me vaya a querer este, secuestrar».

—Quiero dejar de fumar —le dije acallando mis reservas—, a una comadre le funcionó y yo quiero intentarlo.

El hipnotista puso una música suave y me explicó acerca de los estados de la actividad cerebral, mostrándome una gráfica en su computadora. Me dijo que hay cinco estados de la misma, pero que era en el intermedio, el ALFA, en el que íbamos a trabajar, porque en ese se podían lograr cambio de hábitos, y que era un estado de hipnosis ligera, como de ensoñación, y que el DELTA era la hipnosis más profunda donde había sanación y experiencias astrales. Pero que conmigo no pasaríamos del estado ALFA.

Eso me tranquilizó, porque no tenía idea de qué eran experiencias astrales y no me quería meter en ese rollo. Yo solo quería dejar de fumar.

—Ahora, por favor, hábleme de usted, de su familia, deme un resumen de su vida hasta ahora.

—¡Ay, Jesús, la verdad no soy muy buena para resumir, pero aquí le va: tengo una hermana divorciada que tiene un hijo, y un hermano soltero de 54 que vive con mi mamá que tiene 87 años. Mi papá murió a los 95 a principios del año. Me casé a los 22, tuvimos cuatro hijos, y al cumplir los 32 años de

casados decidimos separarnos y después divorciarnos. De la separación hace cinco años, del divorcio ya son tres. Después de mi divorcio tuve una relación de casi tres años con una persona; después, un disgusto con mi hija mayor que nos ha alejado y no hemos podido solucionar y, por último, recientemente conocí a otra persona que tuvo un impacto muy fuerte en mi vida. Convivimos por casi dos meses, pero yo regresé a México y aquí estoy.

—Muy bien —me dijo poniéndose de pie—, ahora me gustaría que profundizáramos un poco más en lo que falló en su matrimonio, ¿qué cree que fue? ¿En qué momento se dio cuenta y cómo?

Y cuando empecé a decirle acerca del primer momento en que entendí que mi matrimonio no iba bien, las lágrimas empezaron a rodar por mis mejillas.

—No sé ni siquiera por qué estoy llorando —me interrumpí—: esto ya lo tengo súper trabajado en terapia.

—Es que no es lo mismo trabajarlo desde el consciente, que desde el subconsciente. Por favor —me dijo acercándose a mí—, quiero que cierre los ojos, trate de recordar, vuelva a ese momento: ¿qué hora era? ¿estaba sentada, o de pie? Si estaba hablando con Rafael, ¿qué fue lo que se dijeron?

Y como si estuviera viendo una película, en ese momento reviví todo lo que había pasado aquel día. Y dentro de mí, parecía que se había roto un dique, pues las lágrimas caían sin cesar por mi rostro y hasta mojaban mi ropa.

—Por favor —me dijo,— dígame ¿qué es lo que sintió en ese momento?

—Mucha tristeza —le respondí abriendo los ojos y mirándolo a la cara.

—¿Dónde la sintió?

—Aquí —le dije tocando mi estómago— y aquí —tocándome el pecho.

El hipnotista vino hacia mí y poniendo su mano sobre la que yo tenía en mi estómago, me dijo.

—Ahora quiero que le ponga un color a esa tristeza que sintió ¡dele un color a esa tristeza!

—¡Morada! —le dije entre sollozos—, es morada.

—¿Qué sabor tiene?

—Amargo, muy amargo.

—Bueno, ahora quiero que haga más grande esa tristeza, vea cómo crece, como rodea todo. ¿la puede ver? —me preguntó.

—Sí —asentí sin dejar de llorar.

Y entonces el empezó a dar golpecitos con sus dedos índice y cordial,

primero en mi frente, después en mi sien, en el pómulo, bajo mi nariz, en mi barbilla y finalmente en mi clavícula. Y al acabar reiniciaba el ciclo diciendo, y pidiendo que yo repitiera con él lo que decía:

—A pesar de que estoy muy triste, me acepto tal como soy, a pesar de este profundo sentimiento de rechazo, me amo profunda y completamente, a pesar de este dolor, escojo ser yo.

Y después, volvió a tocar los mismos puntos diciendo en cada uno de ellos:

—Esta tristeza, esta tristeza, esta tristeza, esta tristeza, esta tristeza, esta tristeza... —continuó con los toquecitos—, esta tristeza, todas las tristezas, los rechazos, traumas emocionales, abandonos, faltas de apoyo, todas mis culpas, mis puntos de vista, cargas positivas y negativas y todo lo demás que causó esto, todo está en el pasado, todo fue una creación de mi mente, ya no lo necesito —y al decir eso, me pidió que me tomara la muñeca izquierda con la mano derecha, y siguió— y es seguro dejarlo ir, escojo dejarlo ir y escojo la paz.

—Ahora, respira hondo —me dijo—, pon la mano en tu pecho, y di, al mismo tiempo que exhalas: Paaaaazzzzzz.

Terminé exhausta, pero efectivamente con mucha paz. Pero ahí no paró, me hizo revivir también uno de los momentos más difíciles con Gina: aquel medio día cuando me gritó frente a todos nuestros invitados y fue lo mismo otra vez: identificar la emoción, ubicar en dónde la sentía, darle un color, un sabor, hacerla crecer, y soltar.

Salí de allí a las dos horas, muy relajada y en paz.

«¡Toca cigarro! —pensé—, estuve allí por dos horas, pero qué raro, ¡NO NECESITO cigarro! Toca. Y me lo fumo porque me lo fumo. Porque toca».

De ahí, me fui a comprar unos zapatos y después a comer. Al llegar a la casa me vi en el espejo. ¡Dos rayas negras de rímel bajaban de mis ojos hasta casi la altura de la barbilla!

«¡Qué cabrón! —pensé—, ¿cómo me dejó salir así? Con razón se me quedaban viendo en la zapatería y en el restaurante donde comí. Cuando lo vea la próxima semana le voy a reclamar».

Para cuando fui a la siguiente cita, yo ya me había acabado, con esfuerzo, mis cuatro paquetes de cigarros y no había vuelto a comprar más.

EL SEGUNDO CAPÍTULO

(2018)

Volví tres veces más con el hipnotista a sesiones que, después descubrí, eran básicamente de algo llamado Tapping. En vez de que fueran de una hora, yo siempre me quedé dos, y durante ese tiempo trabajamos muchas cosas.

Descubrí los traumas de mi infancia que dieron pie a ese terror profundo al rechazo, al abandono, a sentirme sola. Me di cuenta de qué tanto me habían lastimado, e incluso marcado de por vida, palabras que escuché durante mi niñez o eventos aparentemente sin importancia. Las entendí, las asumí, las lloré mucho, y las dejé ir.

El aprendizaje que obtuve esos días fue solo el inicio de la introspección. Continué escarbando aun después de que regresé a Monterrey. Extrapolando, me di cuenta de que así cómo mis padres, sin proponérselo (al repetir palabras o conductas heredadas) me habían lastimado, de la misma forma yo había lastimado, y quizá seguía lastimando, mucho a mis hijos. Pero a Gina muy especialmente, porque siendo la mayor, y mucho más sensible que todos sus hermanos, fue el receptáculo de todos los traumas, miedos y complejos que yo tenía a los 25 años, cuando ella nació.

Con mucho dolor he tenido que perdonarme por ello, así como perdoné a mis padres, que me dieron todo lo mejor que sus capacidades y enseñanzas les permitieron. Y después de eso, lo dejé ir... entendiendo que, así como a mí me ha tomado todo este tiempo entender muchas cosas, el proceso de aprendizaje, aceptación y evolución es personal y por lo mismo, solo me queda esperar que Gina viva el suyo y sea capaz de perdonar, soltar y dejar ir. Mientras tanto, solo puedo tenerla en mi corazón y en mis oraciones, siempre.

Después de siete meses a la deriva traté de hacerme una nueva rutina de vida. Empecé a ir al gimnasio y me inscribí en unas clases en la universidad para aprender francés.

Al poco tiempo recibí una invitación para unirme a un taller de escritura que era continuación de un curso que tomé un par de años antes y acepté con mucho gusto, pues en San Miguel había empezado a escribir los primeros capítulos de esta historia, pero me atoré, así que pensé que sería una muy buena motivación para continuar.

Este ejercicio de escribir resultó otra buena manera de seguir haciendo trabajo de introspección y de escuchar por primera vez la retroalimentación a lo que estaba escribiendo, pues me di cuenta de que lograba transmitir mis emociones y sentimientos e impactar a los que escuchaban lo que leía.

Por ejemplo, cuando leí el primer capítulo en clase, una compañera, al enterarse de que era un relato autobiográfico, puso una cara de tristeza tal que me conmovió y más cuando me dijo: lo siento mucho.

Traté de tranquilizarla diciendo: ¡pero estoy bien! ¡La historia termina bien!

También, al principio mi maestra y compañeros se quejaban de que lo que escribía era una especie de crónica, solamente una enumeración de eventos, y yo me excusaba diciendo que solamente era el esqueleto de lo que quería escribir, que ya después profundizaría en ello. Pero la realidad es que había estado evadiendo hurgar, escarbar, pues siempre es doloroso. Sin embargo, fue la única manera en la que logré entender muchas cosas: hasta que las fui poniendo por escrito, hasta que traté de encontrarle un lugar a cada pieza del rompecabezas.

Por ejemplo, Larissa se quejó, cuando leyó el primer borrador terminado, de los capítulos en los que hablaba de mis hijas.

—Mamá, es que parece que estuvieras hablando de alguien más y no de ti. Ni siquiera se nota que te haya dolido e impactado como te impactó.

—Ya sé, ya sé. Pero es que si Gina llega a saber que hablé públicamente de algo tan privado...

—Por algo estas escribiendo el libro bajo un pseudónimo. Y aparte bien sabes que nada que hagas o dejes de hacer va a cambiar la percepción que Gina tiene de ti.

—Es lo mismo que me dijo tu papá.

—¿Qué te dijo?

—Cuando terminó de leer los capítulos que hablan de ustedes me preguntó: ¿estás consciente de que la situación con Gina no se va a arreglar nunca? Es ella la que tiene que cambiar.

—¿Ves? Te lo digo.

—Bueno, pues aceptando ese hecho, tal vez tenga que poner todo lo que pasó con lujo de detalles.

—¡Sí! ¡Saca todo! Aun y cuando después decidas no publicarlo, pero tienes que hacer ese ejercicio de revisión de todo lo que pasó y cómo te afectó.

Así lo hice. Y después llegó el momento de hablar de François y de esos meses en París. Y recurrí a *Whatsapp*, a *Tinder* y a *Messenger* para ayudarme a recordar y comprenderlo. Gracias a Dios también tenía el cuaderno de notas que tomé estando allá, y eso resultó maravilloso.

Al empezar a revisarlas me di cuenta de que había ido haciendo sin proponérmelo, durante esos meses, la tarea que François me había dejado.

Empecé a atar cabos. Entendí entonces por qué me dolían tanto los rechazos de Gina o por qué me molestó tanto el que François me ignorara en la cena del cumpleaños de su cuñada... o por qué reacciono con enojo ante la tristeza de una despedida. También me di cuenta de la cantidad de veces que he evitado mostrar amor, por el temor al rechazo.

Por primer vez empecé a ser consciente de lo que me animaba, lo que me movía en cualquier dirección.

Al revisar las preguntas que François me pidió que respondiera al concluir el ejercicio, finalmente supe qué contestar:

1.- *¿Qué es lo que aprendí de este ejercicio?*

Aprendí a conocerme y descubrir mis motivaciones más profundas.

2.- *¿Cómo me siento después de haber hecho este ejercicio?*

Consciente, liberada y profundamente feliz.

3.- *¿Cómo usaré esta información?*

En primer lugar, viviendo aquí y ahora, conscientemente. Aprovechando cada minuto al máximo. No perdiendo tiempo en lamentaciones por lo que pudo haber sido y no fue. Perdonando y perdonándome, evitando repetir patrones de conducta que he tenido durante toda mi vida y que no me han traído nada bueno y, por último, compartiendo lo que aprendí con todo aquel que quiera escuchar.

Poco tiempo después me fui a cenar con el padre Nicodemo. Quería ponerlo al tanto de todo lo que había aprendido en ese tiempo.

—El resultado de todo esto fue que descubrí a qué le temía y por qué. Enfrenté cada miedo, cada escenario posible y me di cuenta, como decía en alguno de los libros que leí, que el pasado ya no existe y que el futuro es solamente una ilusión, por lo que es inútil perder mi vida y mi tiempo preocupándome por algo que no es y no sé si será. Y lo más importante, padre, es que en este camino de introspección me conocí finalmente y me acepté con todos mis defectos y virtudes, y por fin, después de 61 años, me empecé a amar. ¿Cómo podría haber amado realmente a alguien antes, si no me amaba a mí misma?

»¡Estoy feliz! Pero muy consciente de que este camino de crecimiento y aprendizaje no se acaba. Sin embargo, iré viviendo y disfrutando mi vida a cada instante. Los días ya no pasan sin sentido, todo tiene un para qué, una razón de ser.

—¿Entonces ya no estás buscando al hombre de tu vida? —me dijo sonriendo— ¡Ya eres feliz sin necesitar a nadie!, ¡ya puedes volver a comulgar!

—La verdad no, padre —le respondí guiñándole un ojo—, es cierto que me siento muy feliz y que ya me salí de los sitios de internet donde esperaba conocer a alguien. Pero eso no quiere decir que si un día encuentro a alguien como François, que me haga sentir el deseo de ser mejor, de aprender, de cambiar, de dar, no dudaré un minuto en seguirle. No importa si es por unos días o unos meses, o un par de años. Ya no estoy buscando a alguien con la condición de que tiene que ser para el resto de mi vida. Y creo que eso me descalifica para la comunión, porque sigo sin tener propósito de enmienda, lo sé muy bien.

—Ese François realmente tuvo un impacto muy fuerte en tu vida, ¿verdad?

—Como nunca lo imaginé, padre —le dije poniendo mi copa en la mesa—, ¿sabe? El otro día estaba leyendo algo sobre las almas gemelas... no sé si usted sepa algo de eso. Pero ahí decía que existen diferentes tipos de almas gemelas, y no todas son necesariamente del tipo romántico ni necesariamente terminan juntas; aunque algunas sí. Sin embargo, todas tienen algo en común: son personas que llegan a tu vida y tú sientes que los conoces desde siempre. Y llegan específicamente a enseñarte algo, de alguna manera hacen que tu

vida tome sentido o vaya en una nueva dirección. Algunas permanecen, otras se van una vez que han cumplido su misión.

Casi sin dejar que terminara yo de hablar, el padre extendió su brazo sobre la mesa, y apoyando el codo en ella levantó su mano hacia mí, y yo repliqué su gesto, sonriendo y estrechando su mano:

—Almas gemelas —me dijo el padre con una gran sonrisa— ¿como tú y yo?

—¡Exactamente, padre! Ahorita que se lo estaba explicando me di cuenta de que ¡usted es mi alma gemela también! Usted llegó a mi vida para abrir mi corazón al amor y a la misericordia de Dios, me ayudó a conocerlo y a amarlo. François, por su parte, llegó para ayudarme a conocerme a mí misma. Y fíjese nada más cómo es Dios, la vida, el universo o como queramos llamarle: buscando al hombre de mi vida ¡a la que encontré fue a mí! Y nada mejor me podía pasar.

—Te veo feliz, muy feliz.

—¡Y libre, padre! Me siento libre y muy feliz.

Y aquí acaba el primer capítulo de la historia de la mujer que ya quería morir porque pensaba que seguramente iría al cielo, pues consideraba que se había portado bien, había cumplido con las expectativas que todo mundo tenía de ella; consideraba que había sido buena madre, esposa, amiga, hija y hermana. Y entonces un día se divorció y Dios le cambió la jugada; todavía tenía mucho por aprender, mucho por crecer, muchas personas a las que amar empezando por ella misma, a quien generalmente había relegado al último lugar.

Ahora, a los 61 años, empezaba, como François le había dicho, el segundo capítulo de su vida; y ese sería mucho más interesante que el primero.

EPÍLOGO

(2018-2019)

Hay situaciones en nuestra vida que nos negamos a reconocer abiertamente, preferimos ignorarlas, como si solo por el hecho de no reconocerlas les quitáramos el derecho a Ser.

Pero ahí están, con ellas vivimos, a veces por unos meses, otras por años e incluso por toda la vida.

Y eso me pasó a mí.

Ahora sé que no es la primera vez que me sucede, pero sí es la primera en la que tengo plena consciencia de ello.

De octubre del 2017 a mayo del 2018 pasaron siete meses. En el transcurso de ellos dejé mis seguridades atrás y me lancé a la aventura: a aprender, a crecer; primero a París y después a San Miguel.

Y siete meses duró también el compás de espera (de mayo a diciembre) hasta que pude regresar a París.

Y durante ese tiempo me inventé una realidad alterna. Una en la que creí que ya no necesitaba a nadie para ser feliz, que yo sola me bastaba y que estaba lista para comerme al mundo. Pero me engañaba.

No quería reconocer que no había día en el que no pensara en François, que iba al gimnasio porque quería verme muy bien para diciembre, cuando esperaba volverlo a ver. Que me había metido a clases de francés por el interés que tenía en poder comunicarme mejor con él. Y que me había salido de todos los sitios de internet porque después de conocerlo a él todos los demás me parecían insulsos, superficiales.

Sabía que él no tenía interés en mí, pero poco me importó, no lo quise ver.

—Es que no es amor lo que siento —finalmente me atreví a contarle a Luisa una noche de octubre, mientras me acompañaba a fumar un cigarro al acabar nuestra cena en La Bonne—, no sé qué sea, pero simplemente no

puedo dejar de pensar en él.

—El volver a verlo te va a servir, vas a ver.

—Si es que lo vuelvo a ver —respondí casi al borde de las lágrimas—, rara vez escribe. La última cosa que supe de él fue una felicitación que puso en mi muro cuando subí los resultados de mi primer examen de francés.

—Pues trata de verlo, tal vez es lo que necesitas para poder cerrar ciclos. Escríbele, dile que vas a ir. A ver qué te dice.

—Sí, pero ya cuando esté cerca la fecha, porque si no, es capaz que se le olvida.

Y el tiempo siguió su curso y yo enfoqué toda mi energía en seguir haciendo ejercicio, aprender francés y escribir esta historia.

—Es la primera vez que me voy de viaje con la ilusión de volver —les dije a Pita y a Malena la noche en que cenamos para despedirnos—, me ilusiona mucho la presentación de mi libro.

—Pero entonces, ¿ya lo acabaste? ¿ya terminaste las correcciones que querías hacer? —me preguntó Malena.

—Casi. En realidad me falta solamente reescribir el último capítulo y unos cuantos retoques a otro par; pero estos días, con los preparativos para el viaje y las posadas, he batallado un poco para enfocarme. Espero hacerlo tan pronto llegue allá. Estaré nueve días en París antes de irme con mis hijos para Navidad. Eso es tiempo más que suficiente para trabajar en ello.

—¿Y vas a ver a François siempre?

—La va a ir a recoger al aeropuerto —terció Pita emocionada.

—A menos que lo manden de trabajo a Alemania —dije recordando su respuesta a mi mensaje (y tratando de no tener muchas expectativas).

—Ay, Mara, pues que te vaya muy bien. Y, por favor, mantente en contacto.

Viernes 14 de diciembre

Mi avión aterrizó veinte minutos antes y él llegó cinco minutos después, pero finalmente nos encontramos. Después de un beso cariñoso en la boca nos fuimos a buscar algo que comer antes de subirnos al RER que nos llevaría a la ciudad.

Mientras desayunábamos aproveché la oportunidad de soltar todo lo que desde hacía meses le quería decir, porque no sabía si esa sería la única

ocasión en que lo vería.

Le di las gracias por impulsar los cambios que pusieron en movimiento mi vida en una nueva dirección; le conté lo feliz que me sentía, del libro que estaba terminando de escribir, y también (convencida de que no iba a callarme nunca más, por miedo al rechazo) que no había podido dejar de pensar en él desde que lo dejé un año atrás.

De todo lo que dije, lo que le interesó más fue lo de mi libro. Así que en eso se enfocó nuestra conversación, que continuó en el trayecto a mi hotel, a dejar mi maleta (porque el *check inn* era hasta a la una de la tarde) y después rumbo a su departamento.

Un año había esperado para volver a estar con él y ya de camino de regreso a mi hotel entendí que había idealizado muchas cosas. François era el mismo de siempre. Él no había cambiado, era yo la que había decidido hacer a un lado en mi memoria los aspectos que no me gustaban mucho de él y quedarme con los que valía la pena recordar. Para él, la relación sexual conmigo era simplemente un “compartir”... y para mí era estar con alguien por quien tenía sentimientos. Pero ¿qué sentimientos?

De cualquier manera me sentía feliz y emocionada por el reencuentro. No quería escribir nada, la vida seguía, mil cosas podrían pasar. François había ido a pasar el fin de semana con sus hijas, así que yo me dediqué a pasear y recorrer mis lugares favoritos: el lugar donde me servían un delicioso salmón con arroz y mango, el *Bistrot du Jardin*, el restaurante de la esquina donde preparaban el mejor café irlandés de París, en mi opinión, la panadería de la siguiente cuadra donde compraba los *croissants* que desayunábamos cada mañana, en fin, me sentía en casa de nuevo.

La noche del domingo, François me llamó preguntando si estaba en mi hotel y se vino a quedar conmigo.

Lunes 17 de diciembre

El lunes por la mañana se fue sin decir cuándo nos volveríamos a ver. «Típico de él», pensé. Esa noche no vino ni llamó.

—Seguramente anda muy ocupado por el trabajo. Algo dijo de una junta muy importante que tenía el miércoles. Tal vez anda en eso. Lo más seguro es que se reporte el miércoles, ya que pase la junta —le dije esa mañana a Pita cuando hablamos.

Por mi parte, yo reescribí lo que tenía pendiente, lo envié a Larissa, Luisa y

a Andrea, mi maestra de redacción, para que lo revisaran, y me senté a esperar sus respuestas.

Martes 18 de diciembre

Larissa fue la primera que respondió:

—Está raro, mamá. Como que no estás en contacto con tus emociones. Mi opinión es que no te apures. Olvida que tienes una fecha para presentarlo. Date tiempo para escribirlo.

—Es que cuando lo había escrito la primera vez andaba todavía muy ilusionada con François y ahora me siento diferente.

—Bueno, pues trata de recordar esas emociones, ponte en contacto con ellas y luego escribes.

Frustrada le escribí a Luisa diciendo:

—Se me hace que me olvido del libro por un rato. A Larissa no le gustó y no tengo cabeza para escribir.

—Sí —me respondió inmediatamente—, te lo iba a proponer. Creo que será lo más sano.

Mi maestra, por su parte, no había dado señales de vida. Faltaba menos de una semana para Navidad y era de suponerse.

—A François no lo voy a esperar —le dije ese día a Pita, más tarde—. Me queda claro ya que no está interesado en mí. Si él fuera a México, no digo siquiera a Monterrey, yo movería cielo, mar y tierra para ir a verlo. Él sabe que estoy aquí y no es para mandar un mensaje diciendo: “¿cómo vas?” O “estoy ocupado”. Voy a reabrir mi cuenta en *Tinder*.

—Totalmente de acuerdo, comadre. Igual y conoces a alguien que te guste.

Al tratar de abrir mi cuenta anterior no pude, porque el chip de teléfono que traía era diferente. Así que tuve que hacer un nuevo perfil, sin darme cuenta de que mis parejas anteriores me podrían volver a ver. Decidí pagar los ochocientos pesos extras por ver quién le daba “like” a mi foto. Y esa noche casi se me derrama la bilis cuando veo que François le dio “me gusta” a mi perfil.

—¡Pinche culero, cabrón! —le dije llorando a Pita por teléfono—, yo que pensé que no tenía tiempo de escribirme por lo de su junta de mañana, pero bien que tiene tiempo para meterse a *Tinder*, estando yo aquí.

—Ay, comadre, tú tranquila, tranquila. Te oigo muy mal.

—¡Pues claro que estoy mal! ¡Estoy que me lleva la chingada, porque soy una estúpida que en todo un año no quiso ver las señales que él me mandaba, diciendo que no estaba interesado!

—Sí le interesas, comadre, pero como amiga.

—Pues a un amigo no se le hace esto. Mínimo me lo hubiera dicho a la cara. Aunque tal vez es demasiado prudente y no me quiso lastimar diciéndome no me interesas. Así que esta es su manera de decírmelo.

—A ver, comadre, pero hoy en la mañana me dijiste que ibas a abrir la cuenta en *Tinder* porque ya tenías claro que a él no le interesabas.

—¡Pero él a mí sí! —le dije limpiándome las lágrimas mientras fumaba en el frío de la noche afuera del hotel—, aunque sé que no le intereso, ¡él a mí sí! ¿Pero qué fregados me pasa? ¿Soy una estúpida adicta al rechazo o qué?

—Ay, comadre, trata de calmarte un poco.

—Tal vez esto es lo que necesitaba para que terminara de aceptar la verdad. Porque él durante todo este año jamás me dio una señal de que tuviera por mí otro interés que el de amigos. ¡Todo un año, Pita! ¡Perdí todo un año colgada de una ilusión! Y lo peor, lo peor de todo, es que aunque esté muy enojada con él, sé que no tiene la culpa. ¡La culpa la tengo yo! ¡Por pendeja que me negaba a aceptar lo que tenía ahí enfrente! ¡Ahora sí que no sé cómo acabar el pinche libro! Me voy a olvidar de él. Voy a cancelar todo.

—Ay, comadre, sé que ya es tarde allá —me dijo Pita—vete a dormir y mañana te llamo para ver cómo amaneciste. Lo que necesitas ahora es descansar un poco.

—¡Espera! No te había dicho, pero el día que llegué, cuando nos fuimos a su departamento, dejé allí olvidados mis lentes. De suerte traje otros, pero los buenos son esos. Si mañana no se reporta, el jueves le voy a mandar un mensaje diciendo que por favor me los deje en el hotel. Solo falta que se vaya el viernes con las hijas y me deje a mí sin lentes.

—Ah pues sí. Pero tienes razón, espera hasta el jueves. Igual y te llama mañana.

—Pues que ni me llame ahora, ¡porque lo muerdo! A ver si para el jueves ya me enfrié. Pero bueno, comadre, tienes razón, ya me voy a meter al hotel. Porque la verdad que sí me estoy congelando.

Colgamos y todavía me quedé un rato más en la calle, muerta de frío, fumando un cigarro más. Luego decidí que a partir de ese momento iba a hacer lo que François me había sugerido: abriría la ventana de mi cuarto y

fumaría desde ahí. Estar a las once de la noche parada afuera de un hotel, fumando, podía prestarse a otras interpretaciones.

Jueves 20 de diciembre

Después de un miércoles miserable, en el que siguió mi duelo, el jueves traté de despabilarme un poco y me fui a caminar por el Barrio Latino. Pasar frente a la glorieta de Sant Michel fue sumamente doloroso. Tenía años sin sentir algo así, por cuestiones de amor. Porque la pérdida de Rafael fue gradual, nuestro distanciamiento y la aceptación también. Pero el dolor que sentía en esos momentos era brutal. La realidad me había caído encima como un balde de agua fría.

Después de un rato de vagar, elegí un restaurante para sentarme a comer. Las dos mujeres que atendían allí parecían ser de ascendencia latina, aunque no hablaban mucho español, pero entendían algo. Después de ordenar mi comida le mandé el mensaje a François.

François, antes de que te vayas, ¿podrías por favor dejar mis lentes en la recepción del hotel?

Justo en eso ando en estos momentos :) realmente estamos sincronizados

Gracias.

Los encontré esta mañana en el buró. ¿Estás en el hotel?

No, estoy comiendo.

Ok, yo de aquí voy a ver a un cliente. Un banco.

Ok, buena suerte.

Ocho minutos después:

Lentes entregados :)

Gracias.

Mi frialdad era más que obvia. Normalmente él era el que contestaba con una o dos líneas en los últimos tiempos. Y yo, para variar, me agarraba como tarabilla escribiendo. Pero no esta vez, y él lo notó. Así que cinco minutos después de ese gracias, me llamó por teléfono.

—¡Hola! ¿Cómo vas?

—Bien, gracias.

—Pues yo he tenido una semana de lo más pesada y estresante. He andado muy ocupado, pero creo que debí al menos mandarte un mensaje o darte una llamada.

—Sí —le interrumpí—, sí, sí.

—¿Qué día te vas a Dinamarca?

—Ya te lo dije.

Se lo había dicho y mandado por texto unas tres o cuatro veces.

—Sí, pero ¿cuándo era?

—Este domingo, el 23.

—Ah, pues bueno, yo me voy mañana con mis hijas. Me habías dicho que regresas el dos de enero o algo así, ¿no?

—Sí

—Bueno, pues nos vemos entonces a tu regreso. ¡Feliz Navidad y Feliz Año!

—Gracias, adiós.

Colgué el teléfono y las lágrimas corrieron por mis mejillas. Gracias a Dios tenía la servilleta ahí con la que me empecé a limpiar, tratando de hacer memoria de si estaba usando la misma marca de rímel que cuando fui con el hipnotista o no.

La mujer que me atendía se acercó trayendo otra servilleta y preguntó sonriendo compasivamente:

—¿Estar triste? ¿Estar bien?

Llorando y sonriendo, asentí con la cabeza, agradecida de que una total desconocida se preocupara por si estaba bien.

Es cierto que hay ocasiones en que las mujeres somos terribles unas con otras, pero gracias a Dios, la mayoría de mis experiencias han sido como esta, en que nos ayudamos, nos levantamos unas a otras en momentos de necesidad; siempre hay una palabra de aliento, un gesto, una mirada de

comprensión o sonrisa de cariño.

Viernes 21 de diciembre

El viernes me desperté como a las 8:40 y tal como había sido mi costumbre más o menos frecuente por el último año, tomé mi celular para checar el *Whatsapp* para saber a qué hora se había dormido François la noche anterior.

«Se durmió poco después de la una de la mañana —pensé—, seguramente está saliendo con alguien».

Traté de volverme a dormir otro rato y al cerrar el *Whatsapp* le marqué, sin querer, por teléfono. Inmediatamente colgué. Pero a los pocos minutos recibí un mensaje suyo. Era una foto de un escenario de una puesta de teatro que decía:

—Buenos días, Mara, voy en el tren a casa. ¿Todo está bien? Ayer fui al teatro.

—Lo siento, marqué por error, todavía estoy dormida —fue lo que contesté. Y de hecho, me volví a dormir como hasta las once de la mañana.

Estaba en un estado de total depresión. A eso de las tres de la tarde salí a desayunar, comer y cenar, todo en una sola vez, al café de la esquina, y estando allí, justo cuando había acabado de comer y esperaba que me trajeran mi café irlandés, recibí un mensaje de Luisa.

¿Cómo vas? ¿Todo bien? ¡Te extraño! Si estuvieras aquí nos podríamos ir a comer.

Estoy mal, pero ahí la llevo.

¿Por?

No se esperó a mi respuesta y me llamó. Y le conté lo que había pasado hasta ese momento.

—Lo peor de todo —le dije llorando— es que me doy cuenta de que viví un año colgada de un sueño. Que no soy la mujer feliz y libre que no necesita a nadie. Resulta que no es cierto, que la diferencia es que me conformé con pensar en alguien. Y que pensar en él me bastó por todo este año. Pensando en él me metí a hacer ejercicio para estar bien para cuando viniera. Pensando en él me metí a estudiar francés. Pensando en él me salí de todos los sitios para buscar pareja porque nadie, en mi opinión, le llega a los talones. Y todo este tiempo me engañé a mí misma pensando y diciendo que era feliz estando sola, que no necesitaba a nadie. Y lo que era mi mayor sueño, terminar el

libro en donde hablaba de lo que aprendí gracias a él, ahora lo veo como una misión imposible.

—¡Pues llora! Lloro todo lo que tengas que llorar. Vive tus emociones. Ya después habrá tiempo para que termines el libro. Pero, por lo pronto, a mí me da gusto de que por fin estés viendo la realidad tal cual es. Porque estabas negada, y yo lo veía, pero tú no.

—¿Lo veías y no me lo dijiste?

—Claro, Mara. Eso solo lo puedes ver, reconocer y aceptar tú.

—Y sigo sin aceptarlo. ¿Sabes que a pesar de todo lo que ha pasado, cuando ayer me preguntó qué día me iba a Dinamarca con mis hijos, al colgar pensé que lo había preguntado porque estaba considerando la posibilidad de invitarme otra vez a su casa, para que conociera a sus hijas?

—¿Qué? —preguntó Luisa sorprendida.

—Para que veas nada más a qué extremo estoy de idiota. Es que ni yo misma creo que pueda ser tan pendeja. ¡Pero lo soy! Sigo sin querer aceptar la realidad. Sé que le tengo miedo al rechazo y, sin embargo, soy adicta a él.

—Date tiempo. Aún es muy pronto. Pero a mí me da gusto, porque estás creciendo, estás aprendiendo.

—Ya sé, ya sé que todo es un aprendizaje. Pero cómo duele. Ay, ¡cómo te extraño!

—Ya nos vamos a ver. ¿Cuándo te vas con tus hijos?

—Pasado mañana.

—Está bien. Verlos te va a ayudar en algo a superar esto.

—Sí, me va a ayudar. Porque si no, yo por mí me la pasaba dormida todo el tiempo. La verdad, creo que no voy a ser una muy buena compañía para ellos estos días.

—Pues échale ganas. Date ese respiro. Ya para cuando regreses a París, después de año nuevo, tal vez puedas ver las cosas más fríamente.

—Okay, gracias, Luisa.

—Hablamos luego.

—Sí, adiós.

Domingo 23 de diciembre

Ese día volé a Copenhagen donde me reencontré con Larissa, quien desde agosto estaba estudiando en Amsterdam; y al poco rato llegaron Daniel y su novia Liza. Ella estaba estudiando una maestría en Londres y nos iba a

acompañar también en nuestras vacaciones navideñas. Felices por el reencuentro, nos subimos al tren que nos llevaría al pueblo donde vivía la familia de Katrine, mi nuera; donde pasaríamos la Navidad.

Al llegar allá recibí un mensaje de François que decía:

*Espero que tengas un buen viaje a Dinamarca, Mara. Ojalá
hayas tenido oportunidad de explorar nuevos lugares y disfrutar
París al máximo. Te mando un fuerte abrazo. François.*

Muchas gracias. Igualmente, un abrazo

Los días que pasé con mis hijos me ayudaron mucho en el proceso de pacificación y aceptación. El dolor seguía ahí, latente, pero en el fondo de mi corazón. Después de la Navidad nos fuimos a Aarhus, a la casa que Alex y Katrine habían comprado, y pasamos allí dos noches.

Mi perfil de *Tinder* seguía abierto.

La última noche me escribió un danés, con quien hasta ahora sigo platicando. Sus mensajes diarios son como gotas de rocío en mi llagado corazón.

Esa misma noche recibí también un video que François grabó con sus hijas, deseando feliz año nuevo.

«Seguramente lo grabó para enviarlo a todas las que, como yo, babeamos por él», pensé.

¡Y vaya que se veía guapo en el video! Esto no me ayudaba nada a olvidarlo. Y lo que quería era olvidarlo ya.

Jueves 3 de enero

Al día siguiente de mi regreso a París recibí un mensaje de François preguntando si tenía tiempo para que nos viéramos ese día, y quedamos en vernos a las 6:00 P.M. en el *Bistrot du Jardin*. Pita andaba en un crucero, así que era Luisa la que estaba muy al pendiente de mí esos días.

—Estoy nerviosa —le dije—, ¿tendrá caso volverlo a ver? No sé siquiera lo que le voy a decir.

—¡Sí, velo! Está perfecto, no ensayes nada, simplemente sé tú.

Con mi obsesión con la puntualidad, llegué cinco minutos antes que él, y me dieron una mesa pequeña junto a la ventana. Al poco rato lo vi ahí afuera,

sonriendo y saludando. Mi corazón se derritió.

«¡Dios mío, qué guapo se ve cuando sonrío! ¿Cómo puedo enojarme con él?», pensé.

Llegó sonriente y dominando la conversación, como siempre. Empezó con temas tranquilos y relajados acerca de nuestras mutuas vacaciones, de mis hijos, sus hijas, la salud de su papá. Al poco rato dijo que tenía mucho calor y que estaba incómodo allí, que iba a ver si afuera funcionaban los calentadores, para que mejor nos saliéramos y pudiéramos fumar sin tanto ruido a nuestro alrededor.

Ya afuera, sin el bullicio de tanta gente, no sé si me preguntó cómo estaba o qué, pero al poco rato ya estaba yo diciéndole cómo me sentía.

—La he pasado muy mal estos días, he sentido un montón de emociones. Me caí. Me di cuenta de que estuve todo un año colgada de una ilusión, de un sueño, François. Y quisiera culparte por ello, pero no puedo porque sé que la responsable de todo fui yo. Y ahora siento que no tengo nada. Que no soy quien pensaba que era y, peor aún ¡no sé qué va a pasar con mi libro! ¡Mi libro tenía un final feliz! Pero ese final feliz era también parte de la ilusión.

—Yo lo veo de manera diferente. Tu libro habla de una mujer que tiene el valor de ver dentro de sí y de descubrir quién es, por qué es como es, y que al conocerse a mayor profundidad se da cuenta de que no se había amado a sí misma lo suficiente. Descubre que cada tropiezo en su vida le dejó un aprendizaje, un auto conocimiento más profundo.

»Esto que estas viviendo ahorita, es uno más. ¿Te molesta haber estado viviendo en base a un sueño, a una ilusión? Hay un montón de gente que vive así. Pero si lo ves con cuidado, te darás cuenta de que ese sueño te movió a hacer cosas. Yo recuerdo que cuando nos conocimos en septiembre, y te conté que quería escribir un libro, tú me dijiste que toda la vida habías querido escribir uno tú también, que tenías una idea acerca de lo que querías plasmar ahí, pero que veías muy difícil hacerlo, porque aún no sabías el final. ¿Y qué sucedió después? Que al año siguiente veo en *Facebook* que ya lo escribiste, y no solamente eso, también te metiste a estudiar francés. Ese sueño te movió a hacer cosas que antes no habrías hecho quizá. ¡Bienvenidos los sueños!

»Ahora, lo que está pasando en este momento es que te hiciste consciente de la realidad. Me acabas de decir: “Me caí”. Y sí, la vuelta a la realidad se puede ver como una caída. Pero ahí es cuando crecemos, si lo sabemos

aprovechar. Ahí es cuando evolucionamos. La verdad, yo creo que no venimos a esta vida a ser felices. Creo que venimos a aprender, a evolucionar en el transcurso de la misma. Hay personas que viven colgadas de un sueño, no por un año, sino por toda la vida. Si eso les ayuda a ser mejores, a enfrentar sus miedos y vencerlos, ¡bien por ellas! Si esa fantasía que se inventaron los ata, los anula, los minimiza, generalmente la pasan mal.

»Aprovecha esto que estás viviendo, escribe también acerca de ello. Agrégalo al libro como un epílogo, como me acabas de decir que tal vez hagas, me parece una buena idea.

—Pero es que ya no tendrá un final feliz.

—Pero tendrá tu verdad. Y también con esa verdad se van a identificar muchas de las personas que lo lean.

—¿Por qué nunca me dijiste que no estabas interesado en mí?

—Porque no me lo preguntaste directamente.

—Pero ¿por qué nunca me dijiste qué sentías por mí? —insistí.

—Me gustas mucho, eres una mujer sumamente inteligente, curiosa, que no se conforma con lo que la vida le presenta, le interesa encontrar la conexión en todo lo que sucede. Pero cuando yo llego a hablar con una mujer de mis sentimientos, es porque creo que hay una posibilidad de ir más allá con ella. Hubo momentos hace un año en que sentí que te podía llegar a amar, pero inmediatamente deseché la idea. ¿Por qué? Porque yo necesito a alguien cerca de mí y tú no vives aquí, es más, ni siquiera hablamos la misma lengua. Tú sabes lo que me gusta hablar de cómo me siento, de lo que creo y pienso. Pero aunque domino el inglés, no puedo expresar todo con la perfección como lo hago en francés. Me encanta escribir poemas... Tú jamás los entenderías. Y eso es solo un ejemplo.

Siguió hablando de las mujeres que había conocido en este año. Algunas lo habían despachado de volada diciendo que no querían que las hiciera pensar. Otras no sabían hablar más que de decoración, moda o los hijos (y por supuesto no las volvió a ver una segunda vez). Y otra más, con la que había estado intercambiando mensajes desde principios de diciembre y a quien conoció finalmente en persona un par de días después de que yo llegué. Me dijo que le gustaba mucho, pero que vive en Rouan a una hora de París, y que ese es el gran “pero” que le veía hasta ahorita. Que no creía poder irse a vivir allá y no sabía si ella podría venirse a vivir a París. Y así siguió y siguió,

abriéndome su corazón, hasta que llegó un momento en que le tuve que decir:

—Ya, ya no me cuentes tanto, porque me duele.

Nos despedimos esa noche con el plan de vernos al día siguiente para ir al cine.

Viernes 4 de enero

Cuando llegamos al cine ya se habían agotado las entradas, así que decidimos comprar boletos para la siguiente función que era dos horas y media después. Entre tanto, me dijo:

—Te voy a llevar a un lugar muy bonito que acabo de descubrir hace unos días. Es la terraza en el tejado de la tienda Printemps, que está casi al lado de Galerías Laffayette.

El lugar tenía una vista hermosa de la ciudad. Emocionado me señaló dónde estaba Notre Dame, La Madeleine, La Torre Eiffel, Les Invalides... en fin, François es un enamorado de su ciudad y no puede entender por qué no salgo más a conocer lugares. Yo misma no lo sé. ¿Será por el frío quizás?

Seguramente se había quedado pensando el día anterior acerca de lo que habíamos hablado, porque tan pronto como hubo oportunidad, sacó su teléfono y empezó a dibujar, como era su costumbre, diagramas para que yo pudiera entender mejor.

—Me dijiste ayer que habías pasado estos días con un montón de emociones, básicamente de coraje y tristeza. Normalmente el miedo, ya sea al rechazo, al abandono, nos lleva al enojo. Después del enojo llega a la tristeza.

—Ahí estoy yo instalada ahorita, en ese punto.

—Bien, lo que quiero decirte es que te des cuenta de que las emociones, incluso estas que visualizas como negativas, son tus amigas. ¿Por qué? Porque te ayudan a crecer. Lo que viene después de la tristeza, si la tomas como un aprendizaje, es la alegría.

—Te creo. Algo parecido me sucedió cuando mis hijos se quedaron a vivir con Rafael y yo me fui a vivir sola. Hubo mucho coraje, después una increíble tristeza y después vino la alegría.

—Pero fue tu elección. Porque pudiste haberte quedado instalada por meses y años en la tristeza. Igualmente es tu elección ahora qué hacer con este dolor.

»Entiendo que estás de luto, hubo una pérdida en tu vida. Se acabó tu sueño. Y a propósito de los sueños. Cuando los tenemos se inicia una curva

en la que el ascenso es aprendizaje, experiencias nuevas, llegamos a la cúspide de la alegría cuando creemos que ya conseguimos lo que queríamos, pero poco a poco la curva empieza a descender, cuando nos vamos dando cuenta de la realidad, y finalmente llegamos al suelo. “Me caí”, dijiste. Pues sí, ¡Bienvenida a la realidad! Pero ¿estás consciente de que cuando empezaste a vivir tu sueño estabas en el punto A y ahora estás en el C? ¡Avanzaste! ¡Creciste!

—¿Entonces lo que tengo que hacer ahora es encontrar un nuevo sueño que me mueva como el que me movió todos estos meses?

—Exacto.

—Recuerdo que cuando me dijiste hace un año que al acabar mi tarea buscara un propósito, y en esos momentos pensé que a estas alturas de la vida ya no creía que fuera fácil encontrarlo, pero tú me contaste que tu mamá a los sesenta años había iniciado una ONG enfocada a evitar la tortura a los presos en el mundo. Eso está muy difícil de equiparar, pero creo que ya sé cuál será el sueño al que me aferraré por ahora. Quiero ser escritora. Antes que nada, quiero acabar mi libro. Escribir un libro no me convierte necesariamente en una escritora, pero seguiré haciéndolo y aprendiendo todo lo posible para que no sea el único, y en el camino, mejorar.

Cuando nos despedimos ese viernes por la noche, después del cine, dijo que se reportaría conmigo el fin de semana. La verdad, no importaba ya si lo volvía a ver o no. Lo que nos teníamos que decir, ya se había dicho.

A partir de ese momento volqué toda mi concentración y energía en hacer la corrección que tenía que hacer al último capítulo de este libro, y a escribir este epílogo.

Hubo, por cierto, una discusión con François al respecto, ese último día que nos vimos.

Él opinaba que en realidad, esto no debería de ser un epílogo, sino un tercer capítulo.

—Que no, François, que apenas estoy empezando el segundo.

—¿Pero es que no te das cuenta? Ese lo viviste este año que acaba de pasar! Aprendiste muchas cosas nuevas, creciste, evolucionaste. Tan solo en este mes te tocó aprender muchas otras más. Esto amerita un tercer capítulo.

Seguí reflexionando mucho en eso. Tal vez es verdad que mi nuevo

capítulo inició desde el mismo día que François me dijo que estaba a punto de empezar, porque fue a partir de entonces que comencé a mirar dentro de mí y a tratar de entender lo que había sido mi vida, me descubrí y empecé a amar. Me di cuenta de que, hasta ese momento, simplemente me había dejado llevar por mis emociones. El primer capítulo fue mi vida sin consciencia sobre estas; el segundo, cuando la adquirí.

Pero ¿estaba poniendo en práctica lo aprendido? Tenía que echar mano de mi aprendizaje para poder continuar con mi vida, y sobre todo para terminar este libro:

Ya que en esos momentos me sentía perdida y desmoralizada, recordé lo que una vez le dije a François: “Esto también pasará”, y reflexioné acerca de todas las bendiciones que he recibido de Dios a lo largo de mi vida: la hermosa familia que formé con Rafael, el hecho de que sea tan buen exmarido que cualquier divorciada envidiaría, y la red de familiares y amigos que siempre han estado ahí para apoyarme, escucharme, sostenerme y levantarme cuando he caído.

Dios me ha bendecido con mucha salud y con una vida plena, con muchas comodidades de las que desgraciadamente no todo mundo disfruta. Quejarme, a esas alturas, por lo que me estaba tocando vivir, sería una ingratitud para con Dios, principalmente, y para con todas aquellas personas que conozco y que sé que la vida las ha enfrentado a pruebas realmente difíciles, no solamente emocionales como las mías, sino económicas, de salud —de ellas mismas o de un ser amado—, la muerte de un ser querido o traiciones de familiares y amigos.

Ya que aprendí a amarme como ahora me amo, tenía que dejar de flagelarme por lo que sentí y siento, por François: una admiración tremenda, una fascinación, como después me dijo Luisa.

Sé que merezco encontrar a una persona que me admire y me ame de la misma manera que yo a él. No me conformaré con menos de eso. Estoy muy consciente de que hallarlo será cada vez más complicado porque ahora no estoy dispuesta a aceptar a cualquiera. La urgencia con la que viví los últimos años se ha ido. Gracias a Dios, a ese respecto me siento totalmente en paz. Tal vez el padre Nicodemo tenía razón cuando dijo que si eso es lo que Dios quiere para mí, Él lo pondrá en mi camino. Yo, por lo pronto, lo dejaré de buscar, aunque me conozco y sé que ya cuando se me pase esta desilusión

continuaré con mi búsqueda.

¿Que todo este año viví en base a un sueño? Sí, pero me llevó a lograr cosas que antes había considerado como inalcanzables. Sé que todo depende de mí, de los sueños que yo decida poner en mi mente y en mi corazón. Y en mi corazón ya estaba el sueño de escribir, ni siquiera tuve que ponerlo ahí, es algo con lo que he crecido.

Estoy segura de que llegarán nuevos sueños y nuevas ilusiones a mi vida, y si no llegan solos, saldré a buscarlos. No me quedaré sentada esperando a que la vida pase... no sé qué será lo que me traiga, pero aquí estoy, con la maleta lista, sin nada que me ate para salir al encuentro de nuevos caminos y aprendizajes.

Así que, ¡A VIVIR!

AGRADECIMIENTOS

El escribir ha sido siempre una parte importante de mi vida. En mi infancia hacía una historieta acerca de un changuito y cada día llevaba un nuevo capítulo para venderlo a mis compañeras en la primaria; en las navidades escribía las obras de teatro que después escenificábamos mis primos y yo; y en la secundaria también escribía y a veces mi maestra de Literatura, María Luisa, me dejaba leer a mis compañeros lo que había escrito.

Escribir un libro fue siempre un sueño en mi vida. Pero lo veía muy lejano e inalcanzable, especialmente porque en aquel tiempo dependía uno de que una casa editorial se interesara por lo que habías escrito y decidiera publicarlo.

Gracias a Dios las cosas han cambiado y uno puede autopublicar lo que escribe. Cuando me di cuenta de ello, la idea de publicar algo fue tomando, cada vez más, forma en mi cabeza, empecé a verlo como un sueño que se podía alcanzar.

Si enumerara aquí a cada una de las personas que a lo largo de mi vida me han impulsado a escribir, creo que no acabaría nunca.

Pero si este libro lo pude empezar y acabar fue por cuatro personas, especialmente, que estuvieron de una manera u otra conmigo a lo largo de este proceso, y a quienes agradezco en el alma su apoyo incondicional:

Antes que nadie, a mi hija Larissa, quien a sus veintitrés años tuvo la fortaleza espiritual y emocional para echarse un clavado en mi vida, la valentía de decirme a la cara su opinión sin tapujos y quien me obligó a que siguiera escarbando en mi corazón hasta sacar todo lo que cargué por tanto tiempo.

Mi amiga Luisa, mi psiquiatra personal y confidente, autora de libros; mi Chanoc y fuente constante de apoyo y cariño a través de todos estos años.

Mi maestra Andrea, que tuvo toda la paciencia del mundo conmigo que,

siendo tan intensa como soy, la importunaba a cualquier hora del día o de la noche para que me ayudara con todos los detalles técnicos de la escritura. El hecho de que ella hubiese autopublicado sus propios libros fue una fuente de inspiración y motivación para mí.

Y por último François, quien fue el que tuvo el honor de prender la mecha del cañón que me catapultó a esta aventura. El que estuvo ahí para recoger mis pedazos cuando caí, y quien siempre será una parte muy importante de mi vida. Mi maestro, mi amigo, mi alma gemela.

Gracias a ellos y gracias a cada una de las personas que menciono en este libro, y a las que no menciono, pero que ellas saben quienes son: familiares y amigos que han estado junto a mí a lo largo de estos años, acompañándome en esta aventura de autoconocimiento y de esta nueva vida que Dios me regaló; que me han visto hundida no una, sino varias veces y que me han impulsado a levantarme todas y cada una de ellas.

Y por último, a todos mis amigos de *Facebook* que cuando subía una nueva anécdota me animaban a que escribiera un libro. Cuando pensaba en hacerlo, aparte de querer darme ese gusto, se los quería dar a ellos.

Gracias, gracias, gracias.

© Mara Luna 2019

Primera edición, enero de 2019

Diseño de cubierta y conversión a epub: Verónica Leal.

© Todos los derechos reservados. Queda prohibido cualquier tipo de reproducción de este libro, ya sea en fotocopia o por otros medios electrónicos y/o gadgets, ya sea de forma parcial o total, sin la autorización por escrito del titular de los derechos de autor.